

Teología y Pastoral para América Latina

Vol. XXVIII / N°. 109, abril de 2002



Formación Sacerdotal



medellín

medellín

Teología y Pastoral para América Latina
Revista Trimestral Fundada en 1975

<u>Editor Responsable</u>	Leonidas Ortiz Lozada, pbro. Rector del Itepal
<u>Director</u>	Campo Elías Robayo Cruz, pbro. Vicerrector Académico ITEPAL
<u>Secretario y Suscripciones</u>	Luis Guillermo Pineda Asistente Administración ITEPAL

Nota: El Autor de cada artículo de esta publicación asume la responsabilidad de las opiniones que expresa.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN para el año de 2002

COLOMBIA: \$ 40.000,00
AMÉRICA LATINA: US\$ 55,00
ASIA Y ÁFRICA: US\$ 65,00
EUROPA Y AMÉRICA DEL NORTE: US\$ 75,00

Forma de Pago a la Administración de la Revista

COLOMBIA: Cheque en pesos colombianos a nombre del CELAM.
Consignación en las cuentas bancarias: Granahorrar 1200-37448-4; Colmena: 0102500068995
Bancolombia: Cta. No. 2010196156-2; Las Villas: 01713043-6
(todas a nombre de CELAM)
OTROS PAÍSES: Cheque en dólares americanos sobre Banco de Estados Unidos a favor de CELAM.
Efectivo ó giro postal en dólares americanos.
En cualquier caso favor enviar la constancia de la transacción a:

INSTITUTO TEOLÓGICO-PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA - ITEPAL

Transversal 67 (Av. Boyacá) No. 173-71 / A.A. 253353

Tels: (57-1) 667 0050 - 667 0110 - 667 0120

Fax: (57-1) 677 6521 / E-mail: itepal@celam.org

revistamedellin@celam.org

Bogotá D.C. - COLOMBIA

©

Edición No. 109 - 2000 ejemplares - 2002

ISSN 0121-4977

Impresión: EDITORIAL KIMPRES LTDA.
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Hoy se torna realidad la ilusión de ofrecer a nuestros lectores un número monográfico sobre el apasionante y urgente tema de la *FORMACIÓN Y LA PASTORAL SACERDOTAL*.

En las últimas cuatro décadas la Iglesia ha venido insistiendo en la apremiante necesidad de preparar adecuadamente a sus sacerdotes y por ende a los formadores de aquellos.

Desde el Decreto Optatum Totius del Vaticano II (1965), hasta la Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis, del Papa Juan Pablo II (1992), el clamor ha sido unánime e ininterrumpido a fin de que en los Seminarios se imparta una sólida formación para el ministerio presbiteral.

Cada vez se va descubriendo la necesidad de intensificar también la formación permanente en el campo eclesial. La inicial y permanente tienen entre sí una relación profunda, y ambas constituyen un solo proyecto orgánico de vida cristiana y sacerdotal.

En América Latina y el Caribe, hemos experimentado la necesidad de urgir una estrecha unidad entre la formación inicial y la formación permanente. Lo hemos descubierto a través de los cursos que a lo largo y ancho del continente americano han realizado la OSLAM y el DEVYM, y que últimamente han cristalizado en los Diplomados y Licenciaturas en Teología con énfasis en Formación Sacerdotal que desde hace tiempo viene ofreciendo nuestro Instituto Teológico Pastoral para América Latina del CELAM (ITEPAL).

En la presente entrega tenemos el agrado de compartir una seria reflexión sobre las cuatro dimensiones de la formación sacerdotal (*humana, espiritual, intelectual y pastoral*), tanto en su aspecto inicial como en su contexto permanente. Nuestros autores quieren en efecto, demostrar que no debe haber solución de continuidad entre una y otra. La inicial debe quedar abierta a la permanente y ésta debe volver continuamente a la inicial.

En un primer momento, Monseñor Guillermo Melguizo extiende el telón de fondo al insistir en la integralidad y continuidad de ambas formaciones y en que no hay que confundir la formación permanente con la Pastoral Sacerdotal.

El profesor y psicólogo Gastón de Mezerville afirma con claridad y competencia que la *Formación Humana* es el desafío de la madurez y el fundamento de toda formación.

El Padre Diego Restrepo, experimentado formador, hace un interesante recorrido histórico en el campo de la *Formación Espiritual* de los Presbíteros, y aunque acentúa más la formación permanente, en ningún momento la desvincula de la formación inicial.

La *Formación Intelectual* está a cargo del Padre Michel Gibaud, quien con la claridad que lo caracteriza, nos va llevando como de la mano, desde la formación inicial hasta la permanente, por los campos del Propedéutico, de la Filosofía y de la Teología.

Para la *Formación Pastoral* propiamente dicha, hemos preferido divulgar las Conclusiones de la XVI Asamblea de la OSLAM-México 2000 “Los desafíos del Pastor y su formación inicial: el ser y el quehacer del seminario de mañana”.

Un tema de enorme actualidad y que arroja mucha luz, es el que desarrolla el Padre Andrés Torres, sobre *La Formación Sacerdotal como acción pastoral*, donde se recupera la identidad pastoral del formador.

Esperamos que esta publicación contribuya a incrementar la preocupación por una cada vez más necesaria unidad entre la formación inicial y la formación permanente.

Sumario:

Como afirma el autor: "La formación inicial y la formación permanente no son dos compartimentos estancos"; teniendo su objetivo propio, ambas se encaminan a formar pastores "según el corazón de Dios". Lo cual muestra que, para que el Presbítero se vaya configurando en su vida con Jesucristo, el Buen Pastor, la formación inicial debe estar abierta a la formación permanente y ésta debe mirar a la inicial.

Integralidad y
continuidad de la
formación inicial y
permanente del
ministro ordenado

Mons. Guillermo Melguizo Y.

Vice-rector Pastoral del Itepal - Celam

Introducción:

Los autores que honran la presente entrega de la Revista Medellín, van a desarrollar en su orden las cuatro dimensiones de la formación para el Ministerio Ordenado (formación humana, espiritual, intelectual y pastoral).

Y las presentan tanto en el tiempo y en el espacio que llamamos Seminario (Formación Inicial), como en el proceso de la llamada Formación Permanente.

A mí me corresponde insistir en la continuidad de una y otra, y en la integralidad de todas sus dimensiones en la parábola total de la formación. Es como si hiciéramos un camino de treinta y siete años de Magisterio Eclesial: desde el Decreto Optatum Totius del Vaticano II (1965), hasta la Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis de Juan Pablo II (1992). Magisterio, que desde luego ha progresado y ha logrado una verdadera evolución homogénea y una mayor claridad.

Pero, dado que la temática general del presente número de la Revista es **«La Formación y Pastoral Sacerdotal»**, es preciso ubicar primero la formación dentro de la Pastoral Sacerdotal.

1. De la Pastoral Vocacional a la Pastoral Sacerdotal

1.1 Pastoral Vocacional

6 En la dinámica de la vocación, el hombre se siente interpelado por Dios desde la vida y desde la fe. En efecto, el primer llamado que recibe el hombre es la vocación a la vida. Toda vida es una vocación, escribió Pablo VI en la *Populorum Progressio*: vocación no solamente a vivir, sino a vivir plenamente (con calidad de vida, diríamos hoy), y a dedicar esa vida al impulso de la historia humana.

Pero hay un segundo llamamiento, la vocación a la fe: a creerle a Dios, a ajustar la vida a esa fe, y a dedicar la vida al impulso de la historia de la salvación. El hombre creyente madura en su fe, y en su respuesta busca el lugar en que va a ubicarse en la Iglesia (como laico, como consagrado, como ministro). Estos son, a la hora de la verdad, los tres posibles caminos de una respuesta; caminos y respuestas que se complementan y que se exigen mutuamente.

Y es aquí precisamente donde nace la pastoral vocacional. Así se llama en efecto, la acción constante y coordinada de la comunidad eclesial a fin de que cada uno de sus miembros llegue a la maduración en la fe y sea capaz de descubrir el propio y personal servicio o ministerio que va a prestar en la comunidad a la luz de situaciones concretas del aquí y del ahora, dentro de la vocación general de la misma Iglesia.

Porque es la Iglesia la primera y gran llamada. Ella ha recibido la gran vocación. Ella es, en la mente de San Cipriano, actualizada por la *Lumen Gentium*, la Ecclesia de Trinitate: la comunidad de los llamados por el Padre, para ser reunidos en el Hijo y poder así recibir al Espíritu Santo (Cfr. L.G. 1-4). La Iglesia es entonces, el lugar de los llamamientos y el lugar de las respuestas.

Y en el campo de dichos llamados y respuestas, se ubica la Pastoral Vocacional. Su primera dimensión es la promoción, formación y acompañamiento *inicial*, o sea el impulso que la iglesia da a todos aquellos que todavía están en posibilidad de optar; su segunda dimensión, la *permanente*, incluye la formación continuada y el acompañamiento de los que ya optaron.

Esta pastoral vocacional se preocupa por todos los miembros de la Iglesia: laicos, religiosos y ministros ordenados, que, como lo recordamos antes, constituyen las tres modalidades de respuesta a la fe, las tres maneras de ubicarse en la comunidad eclesial, y los tres caminos para buscar la santidad.

1.2 Formación Inicial

A partir de este momento nos concretamos solamente a la formación con miras al ministerio ordenado. No nos referimos entonces, ni al laicado, ni a la vida consagrada.

Por Formación Inicial entendemos la impartida en y desde el Seminario o Casa de Formación.

Bástenos recordar ahora dos criterios larga y pacíficamente aceptados por la Iglesia, uno de Optatum Totius (O.T.) y otro de Pastores Dabo Vobis (P.D.V):

«Esta formación sacerdotal es, por razón de la propia unidad del sacerdocio católico, necesaria a todos los sacerdotes de uno y otro clero» (O.T. Proemio) y más adelante: «dos Seminarios Mayores son necesarios para la formación sacerdotal. En ellos, toda la educación de los alumnos debe tender a la formación de verdaderos pastores de almas, a ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor» (O.T. 4).

Juan Pablo II lo explicita todavía más:

«La institución del Seminario Mayor como lugar óptimo de formación, debe ser confirmada como ambiente normal, incluso material, de una vida comunitaria y jerárquica, es más, como casa propia para la formación de los candidatos al sacerdocio, con superiores verdaderamente consagrados a esta tarea» (P.D.V 60).

«El Seminario que se representa como un tiempo y un espacio geográfico, es sobre todo una comunidad educativa en camino ... la identidad profunda del Seminario es la de ser, a su manera, una continuación en la Iglesia, de la íntima comunidad apostólica formada en torno a Jesús con la escucha de su Palabra, en camino hacia la experiencia de la Pascua, a la espera del don del Espíritu para la misión». (P.D.V. 61).

Los Documentos del Magisterio coinciden en concluir que todos los aspectos de esta formación, el espiritual, el intelectual, el disciplinar, deben estar conjuntamente dirigidos hacia su finalidad concreta que es eminentemente pastoral.

8

1.3 Formación Permanente

La Formación Permanente se hace en el Presbiterio. La Iglesia Particular es responsable de una formación que acompañe toda la



vida y todo el ministerio del ministro ordenado. Es perfeccionamiento, es profundización, es aggiornamento, es refuerzo si se quiere, pero no es ni repetición ni ampliación de la Formación Inicial. Es ante todo un proceso dinámico de identidad vocacional. Es renovación en la fidelidad. Envuelve la dimensión humana, espiritual, intelectual y pastoral de la personalidad del ministro ordenado.

Las razones que la justifican y que la hacen urgente se derivan, como sabemos, de la misma identidad del ministerio presbiteral, como don del Espíritu Santo que exige ser constantemente reavivado (Cfr. 2Tim. 1, 6).

Los obispos italianos en reciente documento urgen la Formación Permanente *«a fin de que el ministerio no se vuelva un pragmatismo sin alma que produce el síndrome del cansancio físico y psicológico, generador de escepticismo y encerramiento en sí mismo, con pérdida de la pasión por el Reino»*.

Y frente a la tentación de la mediocridad y del activismo estéril proponen la Formación Permanente, intelectual, espiritual y pastoral del sacerdote.¹

El Decreto *Optatum Totius* y la *Ratio Fundamentaliss*², son los Documentos que abrieron el camino de la Formación Permanente en la Iglesia. Ambos están relacionados precisamente con el Seminario, o sea con la Formación Inicial; y se preocupan porque no haya interrupción entre la inicial y la permanente (aunque todavía no se usa este término). Son desiderata muy tímidos todavía en aquel entonces, puesto que, con respecto a la Formación Permanente, ponen el acento sólo en la dimensión intelectual y sólo la piden para el clero joven; y la llaman *«perfeccionamiento de la formación después de los estudios»* (Cfr. O.T. 22 y R.F. 100).

Pero hoy se la mira como la continuación natural y absolutamente necesaria de aquel proceso de estructuración de la personalidad

1 Conferencia Episcopal Italiana *La Formazione Permanente dei Presbiteri nelle nostre, chiese particolari*, mayo 2000.

2 Congregación para la Educación Católica, *Normas Básicas para la Formación Sacerdotal*, 1970.



presbiteral iniciado en el Seminario (Cfr. P.D.V. 71). Porque hay que respetar la intrínseca relación que existe entre la formación que precede a la ordenación y la que la sigue.

No puede haber discontinuidad entre estas dos fases formativas. *«Si hubiese discontinuidad o incluso deformación entre estas dos fases formativas, se seguirían inmediatamente consecuencias graves para la actividad pastoral y para la comunión fraterna entre los Presbíteros, particularmente entre los de diferente edad»*. (P.D.V. 71)

La Formación Inicial y la Formación Permanente no son dos «compartimentos estanco»; no se pueden separar; una no es inferior a la otra; ni la segunda es mayor o mejor que la primera. Cada época de la vida tiene y exige su propia formación. Ambas tienen el mismo objetivo, sólo que se amplían y renuevan de acuerdo con las propias circunstancias, con la edad si se quiere, y sobre todo, con los signos de los tiempos; pero una y otra tienden a formar pastores, sacerdotes para el anuncio del Evangelio al hombre de hoy.

1.4 Pastoral Sacerdotal

Muchas veces confundimos la Formación Permanente con la Pastoral Sacerdotal. Pero esta última va más allá y está por encima de la Permanente.

Tenemos que reconocer que los documentos del Magisterio, especialmente los conciliares, no utilizan la expresión *«Pastoral Sacerdotal»*. Inclusive la terminología de *«Formación Permanente»* es relativamente reciente en la Iglesia, con el agravante de que muchos autores y expositores utilizan indistintamente y con ambigüedad ambas expresiones.

Hoy se quiere unificar la terminología. A partir de la Pastores Dabo Vobis se ha venido aceptando sin discusión el término *«Formación Permanente»*, para todo lo que es formación propiamente dicha, después de la Ordenación Sacerdotal; y *«Pastoral Sacerdotal»* para el cuidado y la atención integral que nos proporcionamos los sacerdotes a nosotros mismos y que impartimos a los demás sacerdotes, sin olvidar la responsabilidad que sobre ella tienen el Obispo y el Presbiterio de cada Iglesia Particular.



Lo cierto del caso es que la Pastoral Sacerdotal incluye, desde luego, la Formación Permanente, pero no se encierra de ninguna manera en ésta última.

La Pastoral Sacerdotal hoy, sería entonces, la misma Pastoral Vocacional en cuanto se preocupa por la preparación, el acompañamiento, el servicio y la renovación integral de los pastores o ministros de la Iglesia, (Obispos, Presbíteros y Diáconos) a fin de que lleguen a ser signos cada vez más claros de Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor, y respondan con eficacia a los retos del Tercer Milenio.

Este servicio y este acompañamiento comprende entonces cuatro vertientes que se integran y enriquecen mutuamente:

- La preparación inicial (formación en y desde el Seminario).
- El apoyo al bienestar integral personal y ministerial del pastor.
- La animación de la fraternidad sacramental.
- La Formación Permanente propiamente dicha de los pastores.

Me atrevo a afirmar ahora:

- que la Formación Inicial, en y desde el Seminario, es el primer peldaño necesario y fundamental de una Pastoral Sacerdotal.
- que el apoyo y el interés real por el bienestar integral tanto en la vida personal como en el ministerio exige servicios completos y estructuras eficientes que busquen la plena realización de los pastores.
- que la animación de la fraternidad sacerdotal sacramental es la Pastoral Sacerdotal en cuanto promueve una íntima hermandad que se debe manifestar en las diversas expresiones y niveles de los Presbiterios.
- y finalmente, que la Formación Permanente es la Pastoral Sacerdotal en cuanto sigue promoviendo la formación humana, espiritual, intelectual y pastoral de los ministros ordenados, pero en una forma integral e integradora.



La Pastoral Sacerdotal se relaciona entonces con las cuatro dimensiones tradicionales: humano-comunitaria, espiritual, intelectual y pastoral, que habría que acentuar en su momento, ya sea en la Formación Inicial, ya sea en la Formación Permanente.

Los grandes vacíos y las grandes equivocaciones tanto de la Formación Permanente en particular, como de la Pastoral Sacerdotal en general, están en que a menudo las hemos separado o desarticulado o las hemos cuadrículado.

Una auténtica Pastoral Sacerdotal debe partir siempre de un presupuesto eclesiológico, de un contexto socio-cultural, y debe ubicarse frente al proyecto pastoral de cada una de las Iglesias Particulares.

La Eclesiología subyacente no puede ser otra que la de la Iglesia Misterio, la Iglesia Comunión y la Iglesia Misión, de acuerdo con el hilo conductor que nos ofrece Pastores Dabo Vobis.

El contexto socio-cultural que la condiciona es la modernidad o mejor la postmodernidad; el ministro ordenado debe descubrir y conocer ese ambiente cultural que con sus grandes retos y enormes posibilidades, espera respuestas de la evangelización.

El proyecto pastoral, tanto de la Iglesia Universal como de las Iglesias Locales, no puede ser otro que el de la Nueva Evangelización. La Pastoral Sacerdotal, conocedora de que no habrá Nueva Evangelización si no hay nuevos evangelizadores (P.D.V. 2 y 82) debe llevar al ministro ordenado a convencerse de que la Nueva Evangelización comienza en sí mismo, mediante una profundización personalizada de la fe que se torna experiencia religiosa personal.

La Pastoral Sacerdotal debe tener también metas muy claras, como por ejemplo, saber:

12

- que la formación humana es el desafío de la madurez y el fundamento de toda formación.
- que la formación espiritual es el desafío de la radicalidad, y es el corazón de toda formación.

- que la formación intelectual es el desafío a la comunión y el instrumento de toda formación.
- que la formación pastoral es la finalidad de toda la formación.

2. Integralidad y continuidad de las dimensiones de la Formación tanto Inicial como Permanente

2.1 En la Formación Inicial

La letra mata pero el espíritu da vida. Este conocido principio es particularmente válido cuando se habla de la formación sacerdotal en sus cuatro dimensiones. Hay el peligro de que por distinguir, separemos y dividamos lo que es y conforma un todo y una sólida unidad. Porque no faltaría quien creyese que se requiere un tiempo para la formación humana y otro para la espiritual etc. etc., o que se necesita un responsable de cada una de estas dimensiones de la formación.

Pues no. Todo el tiempo, todo el espacio, todos los formadores estarán consagrados a la formación en todas su unidades y dimensiones en un solo y mismo espíritu. Hay que mirar siempre las mutuas relaciones e integralidades.

Los documentos de la Iglesia así lo confirman, unos con cierta timidez, pero otros con mayor claridad y definición. Así por ejemplo, con respecto a la Formación Inicial, el Decreto Conciliar Optatum Totius afirma sin ambages: *«la formación espiritual ha de estar estrechamente unida a la doctrinal y a la pastoral»... (O.T. 8).*

Más adelante habla de articulación y armonía entre las disciplinas filosóficas y teológicas y pide que estas lleven al hombre y a Dios; o sea que lo intelectual no se puede quedar en lo meramente intelectual: *«que el conjunto de las disciplinas teológicas y filosóficas se articule mejor y que todas ellas concurren armoniosamente a abrir cada vez más las inteligencias al misterio de Cristo» (O.T.14).*

«Que los alumnos mediante las disciplinas filosóficas lleguen a un conocimiento sólido y coherente del hombre, del mundo y de Dios» (O.T. 15).

La P.D.V. va a pedir la conexión de las dimensiones: «*para que pueda ser pastoralmente eficaz, la formación intelectual debe integrarse en un camino espiritual marcado por la experiencia personal de Dios*» (P.D.V. 56).

Con relación a la formación humana, es interesante observar que O.T. la incluye en el capítulo de la formación espiritual; así por ejemplo en el célebre y clásico acápite que pide estar a la altura de las exigencias de la pedagogía y de la sicología, y aboga por el cultivo de las llamadas virtudes humanas. (cfr. O.T. 11).

Y la Ratio Fundamentalis, que no es otra cosa que una relectura y profundización de la O.T., también desarrolla el tema de la formación humana en el apartado de la espiritual: «*la formación espiritual debe abarcar al hombre entero* (R.F. 51).

Y la P.D.V. es todavía más clara: «*sin una adecuada formación humana toda la formación estaría privada de su fundamento necesario*» (P:D:V. 43).

«La formación humana se cumple en la formación espiritual»
(P.D. V. 45).

En lo que se refiere a la formación pastoral los criterios son todavía más explícitos: «*la preocupación pastoral que debe informar por entero la formación de los alumnos...* (O.T.18).

La R.F. por su parte agrega: «*el espíritu pastoral debe informar enteramente la formación sacerdotal*» (R:F: 94).

Pero progresa el pensamiento y la P.D.V. es sin duda alguna el documento más definido y orientador: «*la finalidad pastoral asegura a la formación humana, espiritual e intelectual algunos contenidos y características concretas, a la vez que unifica y determina toda la formación de los futuros sacerdotes. El proyecto educativo del seminario se encarga de una verdadera y propia iniciación a la sensibilidad del pastor, a asumir de manera consciente y madura sus responsabilidades, al hábito interior de valorar los problemas y establecer las prioridades, y los medios de solución, fundados siempre en claras*



motivaciones de fe y según las exigencias teológicas de la pastoral misma» (P.D.V. 57).

2.2 En la Formación Permanente

La P.D.V. une siempre, respecto de la Formación Permanente, la dimensión humana con la pastoral: *«para que el sacerdote llegue a ser el hombre capaz del encuentro y del diálogo con todos» (P.D.V. 72).* Para que sirva de puente y no de obstáculo.

La Formación Permanente afirma, *«es necesaria también para el ministerio sacerdotal, su autenticidad y fecundidad espiritual» (P.D.V. 72).*

«Esta formación espiritual es el centro vital que unifica y vivifica su ser sacerdote y su ejercer el sacerdocio» (P.D.V. 45).

«Todos los aspectos de la Formación Permanente se deben integrar armoniosamente, alcanzando progresivamente la unidad interior que la caridad pastoral garantiza» (P.D.V. 72).

El Directorio para el Ministerio y Vida de los Presbíteros (1994) que pretende la aplicación práctica de P.D.V., unifica y sintetiza en la vida espiritual, todas las otras dimensiones: *«la vida espiritual del sacerdote y su ministerio pastoral van unidos a aquel continuo trabajo sobre sí mismos, que permite profundizar y recoger en armónica síntesis tanto la formación espiritual, como la humana, intelectual y pastoral» (D.M.V. 70).*

Este mismo pensamiento va a ser desarrollado más adelante con mayor amplitud: *«tal formación (la Permanente) debe comprender y armonizar todas las dimensiones de la vida sacerdotal; es decir, debe tender a ayudar a cada presbítero a desarrollar una personalidad humana madurada en el espíritu de servicio a los demás, cualquiera que sea el cargo recibido; a estar intelectualmente preparado en las ciencias teológicas y también en las humanas en cuanto relacionadas con el propio ministerio, de manera que desempeñe con mayor eficacia su función de testigo de la fe; a poseer una vida espiritual profunda, nutrida por la intimidad con Jesucristo y el amor por la Iglesia; a*



ejercer su ministerio pastoral con empeño y dedicación. En definitiva, tal formación debe ser completa: humana, espiritual, intelectual, pastoral, sistemática y personalizada» (D.M.V: 74).

3. Unidad en la Pastoral Sacerdotal alrededor de la unidad de vida del pastor

Lo que más me interesa acentuar ahora es la unidad que debe existir en la Pastoral Sacerdotal, entre la Formación Inicial y la Formación Permanente, y en ésta última, entre los diversos campos, las distintas dimensiones y los diferentes momentos.

Me atrevería a decir que si no se logró desde el Seminario la unidad de los elementos de la formación, mal se podría lograr en la vida ministerial.

Ser sacerdote, escribía recientemente un Obispo francés, exige una formación integral de la persona: «para asegurar la unidad de los elementos de la formación, hay que llevarlos de frente (afrontarlos). Se trata en efecto, de formar una persona en la que todo lo que constituye y construye al hombre, al cristiano y al pastor 'según el corazón de Dios', debe unificarse en una integración progresiva.

De otro modo, la *formación humana* tendría el riesgo de convertirse en un simple entrenamiento o perfeccionamiento de sí mismo con una finalidad meramente individual;

La *formación espiritual*, en un caminar más preocupado por el encuentro solitario de Dios que por el advenimiento del Reino;

La *formación intelectual*, en una mera especulación que nada tiene que ver con lo que espera el mundo contemporáneo;

La *formación pastoral*, en un aprendizaje práctico de saber hacer las cosas pero sin interés espiritual ni capacidad de discernimiento evangélico.³

3 MARCUS, E. La *Formation des futures pretres* - Centurion - Cerf Editions, París, 1968.

Y es que la unificación de la persona es la meta de toda formación.

Hay una identidad teológica que hay que buscar: ser representación sacramental de Jesucristo Cabeza y Pastor y esta identidad existencial se busca mediante el proceso formativo, que pretende la síntesis personal. Esta se logra cuando se supera la multiplicidad de fuerzas internas que lo arrastran a uno. Cuál sería entonces el elemento unificador? la caridad pastoral⁴.

El Proyecto de vida de todo pastor, de todo ministro ordenado, es la búsqueda constante de su unión con Cristo. Es allí, y solamente allí donde todos pueden encontrar su unidad de vida. A la luz de ésta búsqueda es donde también hay que unificar los diversos aspectos de la formación. Y es que la unidad de la formación procede en primer lugar de su finalidad: La configuración con Cristo para el servicio de la Iglesia y del mundo (P.D.V. 42).

Recordemos que es en la caridad pastoral donde el Concilio unifica la vida entera del sacerdote (P.O. 14). Este numeral catorce es oro en polvo. En torno a esa unidad de vida se organiza la ascesis, la oración, la vida interior y el apostolado del sacerdote.

En efecto, una de las manifestaciones de la problemática sacerdotal, frecuente inclusive entre los buenos sacerdotes, es la falta de unidad en su vida. Esta carencia de unidad de vida se manifiesta por las antinomias y las antítesis, por la falta de síntesis personal; por las tensiones no superadas entre fe y vida, entre acción apostólica y vida interior; se manifiesta también cuando la vida espiritual es solamente un retazo o un paréntesis, y no se integra en la vida; se manifiesta cuando hay doble personalidad, cuando estamos repartidos o dispersos y sobre todo cuando falta autenticidad.

Pues repito, en el número 14 de *Presbyterorum Ordinis*, venciendo la distancia entre acción y vida del sacerdote, es donde el Concilio proclama la caridad pastoral como el lazo de perfección y de unificación de toda la existencia del pastor.

4 HERNÁNDEZ, Alonso Vicente. *La Formación para el presbiterado como superación de antinomias*, Revista Seminarios, vol. 42, n. 41, pág. 293-318, 1996.

Lo mismo acontece con una Pastoral Sacerdotal unificada, integrada e integral. No en compartimentos, en los cuales hoy se imparte la formación humana, mañana la espiritual y dentro de un año la pastoral. De ninguna manera.

La formación humana es de todos los días y es la base de toda formación espiritual. Esta, que es común a todos los cristianos, debe ser para el sacerdote algo central y unificante, también de su ser y de su vida; ese papel unificador del humanismo y de la espiritualidad, que debe ser requerido ya desde el seminario (Formación Inicial), tiene mayor razón de ser en una vida entregada al ministerio (P.D.V. 43 a 45).

La Formación Intelectual también debe ser unificante (P.D.V. 51) en tanto en cuanto llega a ser «la inteligencia de la fe» y se convierte así en elemento unificador de la madurez humana y de la madurez cristiana.

Igualmente, la misma formación intelectual, desde el ángulo de su motivación pastoral, debe ser unificante. Del mismo modo hay que coordinar la formación humana, espiritual e intelectual, en función de una finalidad específicamente pastoral (P.D.V. 57).

Lo que quiero afirmar con claridad para concluir, es que la Pastoral Sacerdotal debe buscar siempre las conexiones; porque la unidad de la formación pide que haya una interacción entre sus diferentes componentes.

Es verdad que cada una de las dimensiones de la formación (humana, espiritual, intelectual y pastoral) tiene su propia especificidad; pero deben interactuar, mutuamente se exigen y mutuamente se complementan; de otra manera, en lugar de coadyuvar al logro de la unidad de vida del pastor, lo van a desparramar todavía más.

18

Lo importante es que no haya entonces solución de continuidad entre la Formación Inicial y la Formación Permanente.

La inicial debe quedar abierta a la Formación Permanente, y ésta debe volver a mirar la inicial. La permanente no debe ser



repetición o ampliación de la primera, sino perfeccionamiento, profundización, aggiornamento y refuerzo espiritual, como un hecho vital, como un proceso continuo y global, para toda la vida y de modo que incluya todas las virtualidades del hombre.

Lo que si está claro es que después del Concilio aparece una doble exigencia: la responsabilidad de la comunidad educativa del seminario y la responsabilidad de las Iglesias Particulares para una pastoral sacerdotal que acompañe toda la vida y el ministerio de todos los pastores.

*Dirección del autor: e-mail: vicepastoral@celam.org
Tel. (57-1) 667-0050/110*



Sumario:

Una necesidad sentida hoy es la de reconocer que la formación sacerdotal y religiosa no termina nunca. Ya que se trata de llegar "a la madurez de la plenitud de Jesucristo", el trabajo formador en esta línea ha de ayudar a fortalecer, profundizar y avanzar en torno a tres preguntas: "¿Quién Soy yo?; Con quién estoy? Y Para qué estoy?".

La dimensión humana
en la formación para
la vida ministerial de
sacerdotes y religiosos

Dr. Gastón de Mézerville

Docente Seminario San Agustín, San José, Costa Rica.

En el primer capítulo de mi libro *Madurez Sacerdotal y Religiosa: Un enfoque integrado entre Psicología y Magisterio* (CELAM, 1999), sostengo la tesis de que psicólogos y pastores tienen un compromiso común de apoyar el crecimiento de las personas hacia su plena madurez humana. Si bien esta madurez puede ser conceptualizada en términos psicológicos o religiosos, a menudo aparentemente excluyentes entre sí, el psicólogo cristiano está llamado a recoger los puntos de convergencia entre ambas visiones del mundo, tras la búsqueda de una síntesis que permita una comprensión más completa del proceso y los alcances que caracterizan el fenómeno de la madurez en el hombre. Este mismo razonamiento aplica, de manera muy concreta, a la formación hacia la madurez sacerdotal y religiosa, cuya dimensión humana fue bastante relegada por mucho tiempo en seminarios y noviciados, aunque hoy en día viene cobrando nueva fuerza, al confirmarse su enorme trascendencia en conjunción con las demás áreas de la formación.

Un enfoque psicológico y magisterial sobre la madurez

Con el propósito de fundamentar el concepto de madurez desde una perspectiva psicológica, pero que sea a la vez compatible con las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia, conviene profundizar en los aportes de los renombrados psicólogos Erik Erikson y Víctor Frankl, quienes han dejado una huella profunda en la Psicología contemporánea.

22

Erik Erikson, como psicólogo de corte psicodinámico e investigador del desarrollo humano en diversas culturas, propone una teoría evolutiva de la personalidad en términos de ocho etapas sucesivas de tipo psicosocial, que caracterizan el crecimiento humano desde la primera infancia hasta la ancianidad. Dentro de este contexto, y con

el fin de analizar el proceso de maduración de la personalidad adulta, resulta particularmente relevante considerar las fortalezas que Erikson plantea para las etapas de la adolescencia, así como de la adultez joven y establecida, en las áreas concernientes a la búsqueda de la identidad, la intimidad y la generatividad.

En cuanto al primero de estos criterios de madurez, Erikson considera que la persona, durante su vida, necesita ir adquiriendo un sentido de identidad personal, que le permita superar la confusión sobre sí mismo y que dé respuesta adecuada a la pregunta de “¿quién soy yo?”, en todas sus posibles resonancias: como persona única e irrepetible, como adulto, como hombre o mujer, como elemento útil de su colectividad, como esposo, padre o amigo potencial, y, en el caso del creyente cristiano, como hijo de Dios y miembro de su pueblo escogido, la Iglesia, según su llamado específico a la vida laical o a la consagración sacerdotal o religiosa.

De esta manera, es sobre la fortaleza del ‘sentido de identidad’ que se fundamenta el ‘sentido de pertenencia’ o intimidad. Erik Erikson lo explica con las siguientes palabras: “La fortaleza adquirida en cualquier etapa se pone a prueba ante la necesidad de trascenderla de modo tal que el individuo pueda arriesgar en la etapa siguiente lo que era más vulnerablemente precioso en la anterior. Así, el adulto joven, que surge de la búsqueda de identidad y la insistencia en ella, está ansioso y dispuesto a fundir su identidad con la de otros. Está preparado para la intimidad, esto es, la capacidad de entregarse a afiliaciones y asociaciones concretas y de desarrollar la fuerza ética necesaria para cumplir con tales compromisos, aún cuando estos pueden exigir sacrificios significativos” (Erikson, 1966, p. 237).

En este punto, por lo tanto, se le plantea a la persona una opción entre la intimidad y el aislamiento. De la fortaleza generada en las etapas anteriores, dependerá en mucho la capacidad de entrega del individuo en relaciones de compromiso de muy diversa naturaleza, tales como el matrimonio, la paternidad, el compañerismo o la amistad, la acción desinteresada en bien de los semejantes y, en última instancia para el creyente, la entrega total de su vida por amor a Dios.

Esta capacidad de entrega íntima y personal, que Erikson plantea como el máximo reto en la vida del joven adulto, conduce al individuo

a la siguiente etapa evolutiva, la cual guarda una estrecha relación con su predecesora: La etapa de la generatividad. Quien ha hallado su propia identidad —‘¿quién soy yo?’—, y, en consecuencia, ha desarrollado la aptitud para la reciprocidad —‘¿con quién estoy yo?’—, se convierte entonces en una persona capaz de generar vida —‘¿para qué estoy yo?’—. En este sentido, Erikson afirma que “el hombre maduro necesita sentirse necesitado, y la madurez necesita la guía y el aliento de aquello que ha producido y que debe cuidar. La generatividad, entonces, es en esencia la preocupación por establecer y guiar a la nueva generación, aunque hay individuos que, por alguna desgracia o debido a dotes especiales y genuinas en otros sentidos, no aplican este impulso a su propia descendencia” (Erikson, 1966, p. 240). En esta etapa de la generatividad, la persona busca superar un estado de estancamiento para trascenderse a sí misma y dejar su huella en la existencia, ya sea procreando un hijo, escribiendo un libro o plantando un árbol, según lo expresa la sabiduría popular. Es así, entonces, que la persona se enriquece en el acto mismo de enriquecer al mundo.

Por otra parte, conviene considerar también la contribución del psicólogo Víctor Frankl, fundador de la llamada ‘Tercera Escuela Vienesa de Psicología’, quien ofreció una aportación muy valiosa a la comprensión psicológica del ser humano, como complemento a la de sus otros dos formidables predecesores: Sigmund Freud y Alfred Adler. Por consiguiente, Frankl, como psicólogo humanista, se propuso ofrecer una visión más completa del hombre desde una perspectiva que incluía lo espiritual. Frankl, al sostener que el elemento realmente fundamental en el hombre es su voluntad de sentido, trasciende los conceptos de ‘principio del placer’ y ‘principio del poder’, propuestos por Freud y Adler, respectivamente, como los principales motivadores de la conducta humana. Para Víctor Frankl, “la búsqueda de significado en el hombre es la fuerza primaria en su vida y no una ‘racionalización secundaria’ de sus impulsos instintivos” (Frankl, 1973, p. 154). En consecuencia no es el instinto el que debe guiar a la persona hacia la búsqueda del significado en la vida, sino el espíritu, cimentado este en creencias, valores y tradiciones fuertes, capaces de llenar el vacío del hombre.

En conclusión, y fundamentados en los aportes de Erik Erikson y de Víctor Frankl, se puede afirmar que una persona madura es

aquella que, al considerarla en un momento determinado de su vida, va desarrollando un sano sentido de identidad, un cálido sentido de pertenencia y fraternidad con sus semejantes, y un sólido sentido de misión como significado último de su existencia.

Finalmente, existe una extraordinaria coincidencia entre estos conceptos propuestos por Erikson y Frankl, con el desarrollo temático de la exhortación apostólica de Juan Pablo II *Christifideles laici*—así como el de sus posteriores documentos *Pastores dabo vobis* y *Vita Consecrata*—. Al definirse aquí la vocación particular y la misión específica de los laicos en la Iglesia y en el mundo, se proponen tres bases fundamentales sobre las que se sostiene la realidad del laicado, y que corresponden respectivamente al contenido de cada uno de los tres primeros capítulos de la citada exhortación apostólica, a saber: “1. La dignidad de los fieles laicos en la Iglesia-Misterio... 2. La participación de los fieles laicos en la vida de la Iglesia-Comunión... 3. La Corresponsabilidad de los fieles laicos en la Iglesia-Misión” (*Christifideles laici*, 1988). Estos tres fundamentos, que coinciden con los conceptos psicológicos de ‘identidad’, ‘intimidad’ y ‘generatividad’, presentados más arriba, nos permiten una mejor comprensión de la madurez humana y cristiana que propone la Iglesia Católica para cada uno de sus fieles, haciéndola extensiva posteriormente a los sacerdotes (*Pastores dabo vobis*, 1992), así como a los religiosos y religiosas (*Vita Consecrata*, 1996), dentro de sus particulares llamados vocacionales en el ámbito eclesial.

La formación para una madurez humana integral

Con el fin de aplicar estos conceptos de madurez al área de la formación humana en seminarios y noviciados, es preciso retomar esta misma triada conceptual eriksoniana de identidad, intimidad y generatividad, asociándola a su vez con otros parámetros de madurez, propuestos por la Psicología y el Magisterio, en las dimensiones humana, ministerial y formativa (Ver Cuadro de Conceptos).

Por lo tanto, se consideran a continuación tres procesos, desarrollados por el autor, en las áreas de la autoestima, el afecto y la adaptación al estrés, los cuales permiten correlacionar la madurez con el

buen ajuste a la vida, en todo lo concerniente a las relaciones de la persona consigo misma, con los demás, y a su manera de enfrentar los desafíos y demandas que le plantea la existencia. En cada uno de estos ámbitos debe profundizarse también en la esfera psicosexual, definiéndose entonces la madurez sexual y afectiva como el logro gradual de una adecuada identidad, mutualidad e integración psicosexual, por parte del seminarista o novicio(a), sacerdote o religioso(a), en las dimensiones cognitiva, emocional, social y moral de su personalidad.

El proceso de la autoestima

Debido a la necesidad de promover una sana autoestima en seminaristas y novicios(as) como parte de su formación humana, es preciso incluir dentro del ámbito de la estima personal elementos actitudinales tales como una apropiada autoimagen, autovaloración y autoconfianza, complementados a su vez por elementos conductuales observables en las áreas del autocontrol, la autoafirmación y la autorrealización. Así, dentro del contexto de un enfoque propio, denominado “Proceso de la autoestima”, esta se define como la percepción valorativa y confiada de sí mismo, que motiva a la persona a manejarse con propiedad, manifestarse con autonomía y proyectarse satisfactoriamente en la vida. Analicemos, pues, cada uno de estos elementos, para aplicarlos al campo de la formación sacerdotal y religiosa:

1. La autoimagen

La autoimagen consiste en la capacidad de verse a sí mismo, no mejor ni peor, sino como la persona realmente es. El mayor problema en esta área es el autoengaño, que puede caracterizarse por una visión ya sea de inferioridad o de superioridad, impidiéndole a la persona, en cualquiera de ambos casos, el tener una imagen realista de sus propias cualidades y defectos. La meta por alcanzar en relación con la autoimagen consiste en la búsqueda del conocimiento propio, de manera que el individuo pueda crecer en su capacidad de percibir equilibradamente tanto los elementos positivos como negativos de su personalidad.

Cuadro de Conceptos

	DIMENSIÓN HUMANA		DIMENSIÓN MINISTERIAL		DIMENSIÓN FORMATIVA	
Identidad	<p>SANA AUTO ESTIMA</p> <ul style="list-style-type: none"> - auto imagen - auto confianza - auto valoración - auto control - auto afirmación - auto realización 	<p>IDENTIDAD PSICOSEXUAL</p> <ul style="list-style-type: none"> - Cognitiva - Emocional - Social - Moral 	SENTIDO DE MISTERIO	<p>CELIBATO como opción LIBRE, en el contexto de una SOLEDAD APACIBLE</p>	MODELO DE IDENTIDAD SACERDOTAL Y RELIGIOSA	<p>FORMADOR DE MADUREZ HUMANA Y ESPIRITUAL</p>
Intimidad	<p>CAPACIDAD DE DAR Y RECIBIR AFECTO</p> <ul style="list-style-type: none"> - Empatía - Respeto - Autenticidad 	MUTUALIDAD PSICOSEXUAL	SENTIDO DE COMUNIÓN	<p>CELIBATO como CANALIZACIÓN sana de la AFECTIVIDAD, en el contexto de una INTERACCIÓN AFECTUOSA</p>	MODELO DE FRATERNIDAD SACERDOTAL Y RELIGIOSA	<p>FORMADOR DE MADUREZ COMUNITARIA</p>
Generatividad	<p>BUEN MANEJO DEL ESTRÉS</p> <ul style="list-style-type: none"> - Objetivar - Controlar - Interpretar 	INTEGRACIÓN PSICOSEXUAL	SENTIDO DE MISIÓN	<p>CELIBATO como opción FUNDAMENTAL Y SIGNIFICATIVA, en el contexto de un PROPÓSITO VITAL existencialmente realizante</p>	MODELO DE CARIDAD PASTORAL	<p>FORMADOR DE MADUREZ ACADÉMICA Y PASTORAL</p>

2. La autovaloración

La autovaloración es apreciarse como una persona importante para sí misma y para los demás. En este sentido, la dificultad que manifiestan muchas personas con baja autoestima es la autodevaluación, asociada quizás con sentimientos de autorrechazo e indignidad personal, lo que gravemente afecta su capacidad para apreciar el significado positivo de sus vidas. Ante este tipo de problema la meta de superación consiste en definir medios adecuados que satisfagan la necesidad de la persona de verse positivamente, de forma que le preste un mayor valor y atención a aquellas dimensiones de su personalidad que son realmente importantes, tanto ante sí misma como ante los demás.

3. La autoconfianza

La autoconfianza se caracteriza por creer que uno puede hacer bien distintas cosas y sentirse seguro al realizarlas. El problema en esta área, por lo tanto, se conceptualiza como la inseguridad personal, unida a sentimientos de incapacidad e impotencia, que repercuten en reacciones de ansiedad, duda y congoja, ante una buena cantidad de las cosas que se emprenden. A este respecto, la meta de superación del individuo consistirá en propiciar una actitud realista de fe en sí mismo, así como en sus propias capacidades personales, junto a una disposición de ejercitarlas de maneras adecuadas para crecer en ellas gradual y satisfactoriamente.

4. El autocontrol

El autocontrol consiste en manejarse de forma apropiada como persona, cuidándose, dominándose y organizándose bien en la vida. Esto implica, en términos prácticos, la capacidad de ordenarse adecuadamente y ejercer el tipo de dominio propio que fomenta el bienestar del individuo y, complementariamente, del grupo a que se pertenece. El principal problema, en estos casos, se manifiesta en una situación de descontrol general, particularmente en las áreas del cuidado personal —en cualquiera de ambos extremos: autodescuido o sobrecuidado—, caracterizado por hábitos indisciplinados de vida y por una falta de habilidad para organizarse tras la búsqueda de las metas



deseadas. Ante esta realidad el cambio que se persigue consiste en la adopción de mejores hábitos de cuidado personal y de patrones de conducta que reflejen una buena disciplina y organización en la vida.

5. La autoafirmación

La autoafirmación puede definirse como la libertad de ser uno mismo y poder tomar decisiones con autonomía y madurez. Este concepto se caracteriza por la capacidad del individuo de manifestarse abiertamente a la hora de expresar sus pensamientos, deseos o habilidades, e incluye a otras capacidades afines tales como la autodirección y la asertividad personal. Este tipo de conductas afirmativas a menudo se ven inhibidas en las personas con baja autoestima, quienes más bien experimentan el problema de la autoanulación, reflejado en una incapacidad para manifestarse con libertad, además de una excesiva dependencia en otros cuando tienen que tomar decisiones personales o realizar diversas actividades. La meta de superación consiste en buscar formas sanas de manifestar el pensamiento y las habilidades personales ante otros, y en conducirse con autonomía, sin caer en los extremos de la sobredependencia o la autosuficiencia exageradas.

6. La autorrealización

La autorrealización, finalmente, consiste en el desarrollo y la expresión adecuada de las capacidades propias, para vivir una vida satisfactoria que sea de provecho para sí mismo y para los demás. En este sentido, las personas con baja autoestima se quejan continuamente de su falta de realización personal, asociando esta queja con una sensación agobiante de estancamiento y esterilidad existencial, lo que les impide desarrollar sus áreas de potencial o realizar aquellas acciones que contribuirían a conferirle un verdadero significado a sus vidas. La meta por alcanzar ante este tipo de problemas exige que el individuo se proyecte de formas concretas a través de distintas áreas de interés, aptitud o compromiso, para así realizarse, ya sea en cosas grandes como pequeñas, y experimentar la satisfacción de ir dejando estampada, de manera personal y significativa, su huella en la existencia.

En conclusión, la aplicación de estos seis conceptos del “Proceso de la autoestima” a la tarea de la formación sacerdotal o religiosa,



pretende contribuir a que los seminaristas y novicios(as) lleguen a verse a sí mismos con claridad, percibirse con agrado y sentirse capaces de aprender y hacer bien muchas cosas. Todo esto deberá reflejarse también en una mayor capacidad de manejo personal, en poder manifestarse con libertad y autonomía, y en proyectarse mediante el desarrollo y la expresión de sus potencialidades, para así ir realizando satisfactoriamente el propósito vital de su existencia.

El proceso del dar y recibir afecto

La persona madura no solo necesita ir adquiriendo una comprensión positiva sobre sí misma y una sana autoestima en cuanto a su identidad personal, para responder coherentemente a la pregunta de “¿quién soy yo?”, sino que debe complementarla con una vivencia satisfactoria que responda al interrogante de “¿con quién estoy yo?”, lo que redundará en un cálido sentido de pertenencia y fraternidad con sus semejantes. Este segundo elemento de la madurez personal, que Erikson define como el sentido de intimidad, se caracteriza operacionalmente tanto por la capacidad del individuo para dar afecto, como por su apertura para recibir el afecto que le ofrezcan otras personas significativas en su vida. Con el fin de describir los principales conceptos que entran en juego para la búsqueda de una vivencia sana en la dimensión afectiva, se propone un enfoque personal denominado “Proceso del dar y recibir afecto”.

Por consiguiente, ante problemas específicos que manifiestan algunos seminaristas o novicios(as) para dar afecto —personas ‘sobre-demandantes de afecto’—, para recibir afecto —personas a quienes ‘incomoda o avergüenza’ el sentirse queridas—, o para intercambiar afecto —personas que prefieren ‘aislarse’ para no entrar en relaciones afectivas—, es preciso plantearse cambios internos y conductuales que propicien una manera más adecuada de relacionarse con los demás, tales como los siguientes.

30

1. El respeto

El respeto puede ser definido como una aceptación incondicional del otro como persona valiosa, única e irrepitible. Solo los individuos

que reflejan una disposición abierta para aceptar a los demás tal y como son, establecen vínculos suficientemente maduros como para permitir que las otras personas se relacionen con ellas de formas cálidas y significativas. En este sentido, es muy importante capacitar a los seminaristas o novicios(as) en una destreza conductual que sea expresión externa del respeto hacia los demás: 'La práctica de la atención'. El saber prestar atención a aquellos con quienes nos relacionamos constituye el primer fundamento de esta actitud de respeto básico, que resulta esencial para las buenas relaciones de afecto interpersonal. Y esto puede hacerse tanto de maneras verbales como no verbales.

2. *La empatía*

La empatía es la capacidad de identificarse con los demás y de ponerse en el lugar de las otras personas, lo que permite sintonizar afectivamente con quienes nos rodean y hacerlos sentirse comprendidos. Esto implica también la capacidad de reconocer los sentimientos propios y los ajenos, así como el poder expresar con palabras el sentido emocional que reflejan tales vivencias. A este respecto, es preciso enseñar a los seminaristas y novicios(as) una destreza específica denominada 'reflejo de sentimientos'. Esta consiste en poner en palabras lo que sienten los demás, como una manera práctica de manifestar esa actitud interna de empatía tan necesaria para establecer vínculos apropiados, lo que a su vez promoverá mejores relaciones para el buen intercambio afectivo en sus vidas.

3. *La autenticidad*

La autenticidad se caracteriza por la congruencia entre lo que las personas piensan, sienten, dicen y hacen. En las relaciones humanas es imprescindible saber qué esperar del otro, para poder así desarrollar la confianza necesaria que posibilite un intercambio profundo y significativo de afecto. Por esta razón, debe darse una prioridad especial a la comunicación de la autenticidad mediante la destreza conductual que se designa como 'expresiones de apoyo oportuno'. Así, para cultivar relaciones auténticas de interacción afectuosa, los seminaristas o novicios(as) deberán aprender a manifestar su afecto mediante gestos o detalles de solidaridad en las circunstancias

apropiadas. De manera que expresiones tan sencillas como una oración, un regalo, una carta, un servicio, una palabra de aliento o la simple presencia personal en los momentos oportunos, resultan ser vitales para las buenas relaciones humanas.

En conclusión, estas tres actitudes del respeto, la empatía y la autenticidad deberían practicarse en las distintas relaciones que cultivan los formandos(as), tanto con sus parientes o compañeros como con aquellas otras personas por quienes experimentan una corriente de admiración y aprecio.

El proceso de adaptación al estrés

El individuo que ha encontrado su propia identidad, contestando a la pregunta de '¿quién soy yo?', y que ha aprendido a relacionarse de manera íntima y personal con los demás, respondiendo así al interrogante de '¿con quién estoy yo?', necesita también proyectarse significativamente en su vida, buscando una respuesta satisfactoria al dilema existencial de '¿para qué estoy yo?'. Esta necesidad de generar vida, como parte del propósito vital de toda persona madura, está también estrechamente relacionada con su capacidad para asimilar sanamente las tensiones y el desgaste que inevitablemente deberá enfrentar para el desarrollo de su misión en la existencia. En este sentido, la buena adaptación al estrés puede considerarse como uno de los parámetros más relevantes que, junto con la autoestima y la capacidad para dar y recibir afecto, contribuyen a una mejor formación en la dimensión humana de todos aquellos seminaristas o novicios(as) que aspiran a vivir una plena vida ministerial.

A este respecto, y como parte del enfoque personal denominado "Proceso de Adaptación al Estrés", resulta primordial que los formandos aprendan a asimilar sanamente los estreses naturales inherentes a una futura misión desgastante y fructífera. Asimismo, todos ellos deberán capacitarse para superar de forma apropiada las reacciones de estrés psicofisiológico que puedan experimentar por dificultades de adaptación en distintos momentos o circunstancias de su ministerio pastoral. Para esto se propone la práctica de tres distintas estrategias de readaptación, consistentes en objetivar, controlar e interpretar

valorativamente los estreses de la vida, tanto en el ámbito personal como ministerial.

1. Las estrategias para objetivar el estrés

La experiencia de una percepción desproporcionada de los eventos estresores y de las propias reacciones de estrés, lleva a muchas personas a evitar el enfrentar aquellas situaciones que les parecen amenazantes, lo que se manifiesta en conductas de huida y abandono de la lucha. Ante esto es preciso desarrollar estrategias que permitan la objetivación de los eventos y reacciones estresantes, con el fin de estimular los recursos apropiados de adaptación que permitan enfrentar y eventualmente superar tales amenazas. Así, los seminaristas y novicios(as) deberían ser capacitados para no caer en una percepción desproporcionada de sus problemas —denominada como ‘fenómeno de extensión—’, mediante el desarrollo y práctica de actitudes sanas de enfrentamiento activo ante las situaciones estresantes.

2. Las estrategias para controlar el estrés

El control personal ha probado ser otro elemento de trascendental importancia para el manejo adaptativo del estrés. El procurar cambiar aquello que es susceptible de ser cambiado puede ayudar a los formandos(as) a superar esa percepción de impotencia y descontrol que a menudo está presente ante los eventos y reacciones estresantes, particularmente en los casos más graves. De lo contrario, esta falta de control tiende a generar una respuesta orgánica excesiva de estrés, que entorpece el uso apropiado de los recursos adaptativos con que pudiera contarse para enfrentar las situaciones amenazantes.

3. Las estrategias para interpretar el estrés

El ‘significado’ es el tercero y último concepto que parece correlacionar altamente con la experiencia del estrés, tanto positivo como negativo, y que consiste en la interpretación valorativa que el individuo hace de las situaciones tensionantes que le toca enfrentar. Por lo tanto, para el logro de una mejor ‘interpretación’ del estrés, debería promoverse en seminaristas y novicios(as) una percepción ‘cualitativamente’ más acertada de las situaciones estresantes, en términos de

los valores y significados que posibiliten una mejor adaptación al estrés. Esto, debido a que cuando las personas le encuentran sentido a sus circunstancias, por muy presionantes o difíciles que estas sean, el nivel del estrés negativo disminuye considerablemente, en comparación con el estrés que experimentan otros individuos, quienes incluso en las mismas circunstancias, las visualizan más bien como absurdas o carentes de significado.

La formación para una madurez afectiva en la vivencia del celibato

Para el logro de una vivencia celibataria sana, el celibato debe enmarcarse dentro del contexto de una opción consciente y libre, que permita canalizar sanamente la sexualidad y proyectarla significativamente hacia la consecución de un propósito vital realizante; constituyéndose todos estos elementos en parte esencial de un sacerdocio y de una vida consagrada realmente maduros. En este sentido, el padre George A. Aschenbrenner, psicólogo y sacerdote jesuita, propone la necesidad de un equilibrio entre una 'soledad apacible' y una 'interacción afectuosa', proyectados hacia una 'misión realizante' y generadora de vida, como el trípode de elementos primordiales que, adecuadamente integrados, posibilitan una vivencia madura y satisfactoria del celibato (Cf. Aschenbrenner, 1985, pp.27-33). Esta visión, estrechamente relacionada con la teoría de Erikson, permite asociar la 'identidad' con la vivencia apacible de la soledad, la 'intimidad' con el intercambio significativo de afecto, y la 'generatividad' con la experiencia de una misión satisfactoria y realizante. Analicemos cada uno de estos elementos:

1. *El celibato en el contexto de una 'soledad apacible'*

Según el enfoque del padre George Aschenbrenner, el aprendizaje para experimentar de forma apacible la soledad y el silencio puede considerarse como un requisito necesario, desde la formación de seminaristas y novicios, para la vivencia plena del 'sentido de misterio' en la identidad sacerdotal y religiosa. Por esto, al analizar el significado de esta 'soledad apacible', él insiste en que "si no se da primacía a la relación central de soledad, a solas con Dios y en Dios,

las relaciones a nivel comunal pueden demandar una prioridad tal que lleguen a confundir, o incluso destruir, la identidad celibataria” (Aschenbrenner, 1985, p. 28), la cual debe estar fundamentada sólidamente en la vivencia de una relación personal de compañerismo con Dios.

2. *El celibato en el contexto de una ‘interacción afectuosa’*

Al abordar este nuevo elemento, el padre Aschenbrenner sugiere la exigencia de un balance entre la ‘soledad apacible’ y una ‘interacción afectuosa’ con los demás, como la fórmula básica requerida para que la persona célibe llegue a experimentar una auténtica paz y satisfacción en su vida a nivel psicosexual. “Aunque la raíz de la identidad celibataria”, explica él, “consiste en un compañerismo con Dios, caracterizado por un tipo singular de soledad, también una vida y una fe corporativas resultan esenciales para un servicio dedicado dentro del contexto del celibato. Puede concebirse el que una persona célibe, aún reconociendo su necesidad crítica por la oración contemplativa, que regularmente mantenga en foco su fe celibataria, debiera orar menos para estar más involucrada con la comunidad, de manera que su celibato se mantenga vivo y entusiasta en aras del servicio” (Aschenbrenner 1985, p.30).

3. *El celibato en el contexto de una ‘misión realizante’*

Un sentido de misión realizante, como la tercera dimensión directamente correlacionada con la generatividad, propuesta por Erikson, constituye también uno de los factores primordiales sobre los que se fundamenta la madurez en la persona adulta —complementando así el sentido de identidad y de intimidad personales—, y en estrecha relación con los otros tres elementos aquí considerados de la soledad apacible, la interacción afectuosa y la misión realizante. El padre George Aschenbrenner lo expresa con las siguientes palabras: “Además de la relación con Dios y con una comunidad religiosa, el celibato también involucra una relación esencial con el ministerio. Un ministerio creativo y responsable relaciona siempre al célibe con otros hombres y mujeres de muchas maneras. Una vez más, esta relación ministerial no constituye ni un lujo ni una conveniencia personal: Es esencial para el celibato...” (Aschenbrenner, 1985, p.29).

En relación con estos mismos tres elementos, el sacerdote y psicólogo mexicano Luis Jorge González concluye también sus propuestas para una vivencia creativa de la sexualidad, afirmando que la “apertura a la experiencia sexual, a la experiencia del otro y a la experiencia que se puede tener de Dios, significa una dinámica relacional muy profunda y amplia. Por lo mismo, todas las energías personales son requeridas por la libertad del individuo para mantenerse en relación consigo mismo, con los otros y con Dios. Y de esta suerte, hay una más alta posibilidad de evitar los desbordamientos sexuales y de emplear creativamente los mejores recursos afectivos” (González, 1981, pp.569-570).

En conclusión, resulta de gran importancia el considerar como parte de la formación sacerdotal y religiosa este ‘trípode de la vida celibataria’, con el propósito de promover una mayor estabilidad afectiva por parte de seminaristas y novicios(as), sacerdotes y religiosos(as), lo que les permitirá enfrentar más exitosamente las dificultades o desafíos de la existencia. Pues, como el mismo Padre Aschenbrenner lo señala refiriéndose a la vida consagrada —pero aplicable también con sus modificaciones a la vida de los célibes en cualquiera de sus formas—, “el celibato, como relación de compañerismo singular con Dios, requiere esencialmente de las otras dos expresiones a nivel comunitario y ministerial. Existe una cierta facilidad otorgada a la vivencia de un celibato maduro, que sólo puede surgir de una integración cuidadosamente balanceada de estas tres relaciones. El celibato no será feliz ni generativo si no logra alcanzar este equilibrio” (Aschenbrenner, 1985, p.33).

La madurez del formador y las áreas de formación en los seminarios

En el documento de *Directrices sobre la preparación de los formadores en los seminarios* (1993), se presentan ciertas características de los formadores, las cuales también pueden sistematizarse conceptualmente asociándolas con las áreas de la identidad, la intimidad y la generatividad, propuestas por Erik Erikson. De esta manera, tales características constituyen una expresión concreta del papel que necesitan reflejar los sacerdotes y religiosos responsables por los seminarios y noviciados en la Iglesia, como ‘modelos’ de identidad, fraternidad

y caridad sacerdotal, al igual que como ‘moldeadores’ o formadores de madurez humana, espiritual, comunitaria, académica y pastoral.

1. El sentido de identidad y la formación para la madurez humana y espiritual en los seminarios

Así como un sólido sentido de identidad humana, cristiana y sacerdotal representa el fundamento sobre el que se afirma la personalidad madura de un formador, su identidad particular, en tanto a la función específica que desempeña dentro de un seminario o noviciado, debe caracterizarse por un tipo de modelaje apropiado para la labor formativa, precisamente en las áreas de maduración humana y espiritual que contribuya a la formación de los candidatos a su cargo. Para esto, el Documento de ‘Directrices’ propone como características fundamentales en la persona del formador un espíritu de fe firme, bien motivada y formada, complementado por una adecuada madurez humana y equilibrio psíquico.

2. El sentido de intimidad y la formación para la madurez comunitaria en los servicios

Al considerarse el sentido de comunión y de interacción afectuosa con los demás, como elementos de la madurez sacerdotal y religiosa dentro de la dimensión Eriksoniana de la ‘intimidad’, resulta claro que el formador debe asumirlos, de manera específica, en su propia vida, para poder convertirse en un buen promotor de fraternidad presbiteral y en un animador auténtico de vida comunitaria entre los seminaristas o novicios. Así lo resalta *Pastores dabó vobis*, cuando su Santidad Juan Pablo II agregaba, a la necesidad de preparación de los formadores en los niveles técnico, pedagógico, espiritual, humano y teológico, una especial aptitud relacionada con el “espíritu de comunión y colaboración en la unidad” (P.D.V., 66). Debido a esto, y en todo lo que se refiere al sentido de ‘intimidad’ del formador, este necesita crecer como ‘modelo’ de ‘fraternidad’ sacerdotal y religiosa, para llegar también a ser un buen ‘moldeador’ de madurez comunitaria en los seminaristas. En este sentido, el Documento de ‘Directrices’ propone como especialmente conveniente en los formadores el cultivo de características tales como espíritu de comunión, una limpia y madura capacidad de amar, al igual que una capacidad adecuada para la escucha, el diálogo y la comunión.

3. *El sentido de generatividad y la formación para la madurez académica y pastoral en los seminarios*

La dimensión académica y la dimensión pastoral, dentro del programa de un seminario, constituyen las áreas de formación que orientan más específicamente a los seminaristas en la dirección de su práctica ministerial como futuros sacerdotes. Por esta razón, el sentido de generatividad del propio formador, como persona y como sacerdote, influirá grandemente en el desempeño de su rol como 'modelo' de 'caridad pastoral', y como 'moldeador' de ese perfil académico y pastoral maduro, que resulta tan necesario para un auténtico ministerio sacerdotal. Para el logro de este propósito, en el Documento de 'Directrices' se sugieren primordialmente en el formador las características de un claro sentido pastoral y una atención positiva y crítica ante la cultura moderna.

Una propuesta para la formación humana en los seminarios

Los siguientes puntos, que pudieran formar parte de una «Agenda Siglo Veintiuno» para la definición de un proyecto formativo en los seminarios o noviciados de América Latina, así como recomendaciones para los primeros años en la vida ministerial, se desprenden directamente del análisis de la «Encuesta sobre el abandono del ministerio sacerdotal por parte de los sacerdotes jóvenes», realizada en los años noventa por el Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM, mediante una consulta con los obispos latinoamericanos (DEVYM, 1994). De acuerdo con la interpretación que el mismo DEVYM hace de esta Encuesta, se llega a la conclusión de que en «el 95% de las respuestas aparece como causa predominante de las deserciones las deficiencias en lo humano-afectivo, con todas sus consecuencias, tanto para la persona como para el ministerio mismo... [Más aún], mirando la globalidad de las respuestas se puede concluir que lo 'espiritual' debe caminar junto con lo 'humano', y que las causas determinantes nacen de lo humano debilitado y no encuentran en lo espiritual un soporte suficientemente bien formado» (DEVYM, 1994, pp. 1-2).



Diez puntos para una mejor formación humano-afectiva en los seminarios

Con el propósito de aportar una respuesta coherente ante las opiniones de los obispos Latinoamericanos consultados en la Encuesta arriba citada, se hace necesario reconsiderar el sistema de formación en los seminarios diocesanos, aplicable quizás también a los seminarios y noviciados religiosos, con el fin de rescatar todo aquello positivo que se está haciendo, pero proponer a su vez la realización de nuevos planteamientos que permitan ofrecer un mejor proceso maduracional. Para esto se plantean los siguientes diez puntos:

1. *Cristianos comprometidos*

La selección de los candidatos a un seminario o noviciado necesita responder al desafío de cómo comprobar elementos de madurez y estabilidad en el ámbito humano, así como en el compromiso cristiano de los aspirantes, sobre los cuales se fundamente un posible llamado a la vida sacerdotal o consagrada.

Ante este desafío, convendría proponer que el proceso de admisión al seminario constate mejor el que los potenciales seminaristas sean cristianos comprometidos por más de dos años en vida eclesial activa de parroquia, pastoral religiosa o agrupaciones laicales. Dentro de este contexto, los candidatos deberían haber tenido una dirección espiritual o asesoría pastoral laical concreta, que se traduzca en una recomendación escrita y pormenorizada sobre su vida, su contexto familiar, su acción apostólica, fortalezas y debilidades, así como las razones para aspirar al ministerio sacerdotal o consagrado. En caso contrario, a tales candidatos debería recomendárseles que se incorporen en un contexto eclesial donde puedan vivir tal experiencia de maduración cristiana, previamente a una nueva solicitud de ingreso.

2. *Grupos de vida*

Ante un panorama generalizado de falta de formación concreta para la vida comunitaria en los seminarios y noviciados, se plantea el desafío de crear estructuras e iniciativas promotoras de auténtica fraternidad durante el proceso formativo, de manera que se dé una



verdadera prioridad al aprendizaje de la amistad y la solidaridad, así como se procura una sólida formación académica y pastoral.

Este desafío requiere de una respuesta en la que se incorpore a los seminaristas, desde el inicio mismo de su proceso formativo, en una dinámica de grupos de vida, voluntariamente conformados y bajo la supervisión de los padres formadores. En estos pequeños grupos, de cuatro a ocho miembros, los integrantes necesitan aceptar responsabilidad concreta por su propio crecimiento y el de sus compañeros en las áreas de oración, relaciones, estudio y servicio (O.R.E.S.), mediante un compromiso de apertura, confidencialidad y solidaridad entre sí, que les permita crecer en verdadera fraternidad y amistad a lo largo de su vida como seminaristas y, posteriormente, como sacerdotes.

3. Orientación psicológica

En muchos de los candidatos al sacerdocio o la vida consagrada tiende a darse una situación comprobada de inmadurez psicológica, agravada a veces por desequilibrios y traumas de tipo emocional, así como por vacíos afectivos y una inadecuada formación del carácter. Todo esto plantea el desafío ineludible de procurar los recursos idóneos de especialistas en el campo de la Psicología, que brinden asesoramiento a los seminarios en todo lo relacionado con la orientación general, el psicodiagnóstico y la psicoterapia individual o grupal, como parte integral del proceso formativo.

Para esto se propone que los seminarios consigan el apoyo de profesionales en psicología u orientación que tengan un compromiso de vida cristiana, y que, a través de un proceso de acercamiento con los encargados de la formación sacerdotal o religiosa, gocen de la confianza de los formadores. Estos profesionales podrían ser sacerdotes, religiosos o laicos, que vengan recomendados mediante una consulta formulada a los obispos, sacerdotes, religiosos y líderes laicales en toda la región que atiende el seminario. Una vez escogidos aquellos profesionales idóneos, estos deberían brindar una asesoría general a los formadores y una atención específica a los seminaristas, mediante un acompañamiento individual, psicodiagnóstico o talleres especializados que promuevan la madurez humana y afectiva.



4. Planes anuales de crecimiento individual (proyecto personal de vida)

En muchos seminarios o noviciados se comprueba la ausencia de un acompañamiento individualizado y sistemático, más allá de la dirección espiritual, que permita al formador constatar el avance de los seminaristas o novicios a su cargo, en cuanto a una maduración integral para la vida ministerial. Se requiere, por lo tanto, considerar como prioritario el desafío de realizar un seguimiento más personalizado, mediante planes individualizados de crecimiento, que pudieran ser desarrollados y evaluados anualmente a lo largo de todo el proceso formativo.

Ante este desafío, y tomando como fundamento las cinco áreas de la formación sacerdotal —a saber, humana, espiritual, comunitaria, académica y pastoral—, el seminarista debería escribir, aproximadamente un mes antes de terminar el año lectivo, su propio plan de crecimiento o 'Proyecto Personal de Vida' para el año siguiente. Este plan, al cual podrían hacerse ajustes finales al comienzo del siguiente año lectivo, debe incluir metas concretas en cada una de las áreas de la formación, y puede ser desarrollado con el apoyo del grupo de vida, así como del formador o director espiritual encargado (incluyendo al psicólogo u orientador que lo atiende, en caso de darse un acompañamiento terapéutico), pero bajo la responsabilidad del propio formando. El 'Proyecto Personal de Vida' de cada año debería incluir, a su vez, una autoevaluación con base en las metas propuestas en el plan del año anterior.

5. Conversión a Jesucristo

Hoy en día los seminarios y noviciados enfrentan un enorme desafío para presentar vivencialmente a Jesucristo como el Dios encarnado, resucitado y vivo entre los hombres, quien muestra el rostro amoroso del Padre y ofrece el don de la presencia de su Espíritu Santo. Es ante este Señor, quien debe ser aceptado como dueño y salvador personal, con quien los formandos necesitan establecer una relación vital y transformadora que les posibilite vivir una vida auténticamente humana y cristiana. En este sentido, debe dársele un énfasis prioritario en toda la vida del seminario o noviciado, y muy



particularmente en los retiros anuales, en la dirección espiritual individual y en los grupos de vida, a la experiencia de una conversión profunda de cada seminarista o novicio(a) a Jesucristo. Para esto, necesitan promoverse formas más vivenciales de oración individual, lectura meditada de la Palabra de Dios, búsqueda de la vida sacramental y expresiones concretas de amor y servicio, como parte integral de una relación de discípulos con el Señor, dueño soberano y salvador de sus vidas. Esto ya lo sugerían algunos obispos y sacerdotes en un Encuentro de OSLAM en 1985, al plantear que se fomente “el aprecio por el silencio y la soledad como ámbito necesario para profundizar en el diálogo con Dios” (en OSLAM, 1995, p. 40).

6. Talleres sobre sexualidad, afectividad y celibato

Diversos estudios muestran que en muchos casos de abandono del ministerio ya existía una carencia, desde los años del seminario o noviciado, que no fue observada, atendida o madurada adecuadamente, para manifestarse luego, de manera mucho más patente y a la vez incontrolable, durante la vida ministerial. Esta situación refleja el claro desafío que enfrentan los encargados de la formación de sacerdotes y religiosos, de ofrecer a los formandos un mejor proceso maduracional en las áreas relativas al conocimiento realista de la sexualidad humana, al manejo sano y equilibrado de la vida afectiva, y a la experiencia satisfactoria del celibato.

Sin embargo, debido a las intensas demandas de la vida académica que se respira en los seminarios, estos temas no pueden ser tratados de forma exhaustiva y existencialmente aplicable dentro del contexto de los cursos programados. Se requiere de otro tipo de metodología, tal como la organización de talleres anuales —probablemente para el comienzo del segundo semestre en que ya los seminaristas están individual y grupalmente más asentados—, de una semana entera de duración, y dedicados exclusivamente a la realización de presentaciones teóricas, testimonios de personas autorizadas, estudio de casos, lectura de materiales atinentes, diálogos en pares o de tipo grupal, etc., mediante los cuales se profundice, año con año, en los factores más relevantes que intervienen para el logro de un adecuado equilibrio en el ámbito sexual y afectivo, así como para la práctica de una vida celibataria productiva y feliz.



7. Foros dialogados

Ante la rapidez de los cambios que ocurren en el mundo contemporáneo, y debido al continuo bombardeo de patrones, valores e ideologías contrapuestas al cristianismo, así como de prácticas consumistas, de situaciones de sobreestimulación ambiental —particularmente en la esfera sexual—, y de tendencias generalizadas de desintegración familiar y social, la Iglesia necesita enfrentar el reto inmenso de ofrecer a sus futuros sacerdotes y religiosos una formación que los prepare, no solo para sobrevivir en tales ambientes, sino para ser capaces de contrarrestarlos y contribuir a su transformación.

Conviene organizar, entonces, como parte de la vida de un seminario o noviciado, y con una frecuencia mensual o bimensual, foros dialogados continuos sobre temas de gran importancia y actualidad, tales como vida de Iglesia, ecumenismo, laicado, sexualidad, celibato, matrimonio y familia, desintegración familiar, economía y política, situaciones de miseria e injusticia, ideologías, tendencias sociales al secularismo, materialismo, hedonismo, consumismo, capitalismo, etc. Estos foros pueden incluir la participación de personas conocedoras de estos temas y que puedan compartir un testimonio vital de compromiso a nivel eclesial, sin excluir tampoco testimonios y posiciones antagónicas, que obliguen a una confrontación de criterios ante la audiencia de formadores y seminaristas. Asimismo, aprovechando las ventajas tecnológicas actuales, los foros podrían consistir frecuentemente en la proyección de videos documentales o películas dramáticas que ameriten un análisis serio de su contenido, en el que intervengan también los formadores, profesores o especialistas invitados, según los temas, para orientar la discusión al respecto. Así podrán recalcar con claridad las áreas de controversia dentro de cada tema, exponiéndose tanto las experiencias constructivas como destructivas que ocurren en la vida real, para ir promoviendo una postura cada vez más madura y crítica ante las realidades que seminaristas o novicios(as) deberán enfrentar en su vida ministerial.

8. Participación del clero

Otro de los grandes desafíos que enfrentan particularmente los seminarios diocesanos consiste, no solo en fomentar un ambiente de fraternidad entre seminaristas que los prepare para apoyarse mutua-



mente en su futuro ministerio —como se mencionaba en el punto sobre los «Grupos de Vida»—, sino también en promover un verdadero acercamiento entre ellos con sus obispos y el resto del presbiterio a lo largo de toda la etapa formativa.

Para responder a esta necesidad, los obispos y sacerdotes de las diócesis representadas en el seminario necesitan participar con mayor asiduidad en la vida seminarística, en actividades formales e informales que permitan un diálogo directo con los seminaristas, de manera que estos puedan ir estableciendo relaciones de familiaridad y confianza con aquellos, así como darse a conocer de manera directa por sus futuros pastores y compañeros en el ministerio.

9. *Relación con los laicos*

La Iglesia actual no puede llevar adelante su misión sin una relación cercana y de mutua colaboración entre laicos, clérigos y religiosos. Sin embargo, los obispos encuestados por el DEVYM encuentran en los sacerdotes jóvenes una falta de patrones adecuados en cuanto a la relación con la mujer, al igual que relaciones de distanciamiento o sobredependencia con sus propias familias, y el establecimiento de relaciones compensatorias e inapropiadas con ciertas familias o laicos adinerados, dejando de lado, por otra parte, a la generalidad del laicado en sus planes de pastoral. Esta situación plantea el desafío específico de «educar al seminarista para una relación sana, positiva, serena y propia de un célibe consagrado, ante la mujer» (en OSLAM, 1995, p. 40), como parte de un desafío mucho más general, consistente en desarrollar mecanismos formativos que promuevan un verdadero proceso maduracional, por parte de los seminaristas, en su relación con los laicos.

Ante este panorama, es vital que los seminaristas entren en relaciones de relativa profundidad con laicos comprometidos de distintas edades y situaciones de vida. Por un lado, deberían participar frecuentemente en ciertos eventos con algún grupo seglar de pastoral juvenil que tenga integrantes de ambos sexos y de las mismas edades que los seminaristas. Asimismo, sería conveniente promover un contacto vivencial con matrimonios y familias cristianas comprometidas que pudieran acompañarlos durante todo su proceso seminarístico, permitiéndoles una relación caracterizada por visitas ocasionales a sus hogares. Todo esto contribuiría a llenar áreas de vacío en el desarrollo

previo a nivel afectivo y a un mejor discernimiento en la decisión vocacional por el sacerdocio o la vida laical.

10. Año de integración comunitaria (año de pastoral)

Para muchos resulta evidente que el esquema de vida de un seminario crea un ambiente demasiado estructurado y protegido, que impide reconocer a tiempo ciertas áreas de inmadurez o deficiencias de personalidad del formando, al igual que ciertos pecados o debilidades aparentemente menores, los cuales no se hacen realmente evidentes sino hasta que el sacerdote se enfrenta solo al mundo exterior tras su ordenación. Esta situación plantea el desafío de cómo incluir, dentro del proceso formativo, una oportunidad de realizar un alto en el camino, de manera que los seminaristas puedan confrontar, sin presiones externas o apoyos excesivos, su propia realidad como personas y su llamado vocacional dentro del contexto de un mundo secularizado, el cual necesitan conocer lo más realísticamente posible, antes de su ordenación diaconal o presbital.

Ante esta realidad, sería humanamente muy enriquecedor que en algún punto avanzado del proceso los formandos tomaran un año fuera del seminario, mediante una experiencia de integración comunitaria en la que pudiera incluirse, según el caso, un medio tiempo de asignación para servir en una parroquia, bajo la supervisión del párroco, y otro medio tiempo de asistencia a cursos libres complementarios a su formación teológica de manera externa. Se insistiría en su participación activa dentro de un movimiento de pastoral juvenil o agrupación laical, así como en un mayor acercamiento, de ser posible, a su propia vida familiar. La evaluación de esta experiencia debería realizarse en varios momentos, durante el transcurso y al final de este año de integración comunitaria, tanto con los compañeros del grupo de vida, como con el párroco supervisor y el formador o director espiritual encargado de cada seminarista.

Tres puntos complementarios para la madurez humana en los presbiterios

Los siguientes tres puntos complementarios, que pudieran asimismo formar parte de esta «Agenda Siglo Veintiuno», tras la búsqueda

de promover una mayor madurez humana, afectiva y espiritual en los sacerdotes y religiosos de nuestro continente latinoamericano, se refieren específicamente a la etapa posterior a la ordenación, aunque aplicables también a la totalidad de la vida sacerdotal o consagrada.

1. *Parroquias modelo*

El imperioso desafío que se les plantea particularmente a los obispos de la Iglesia, consiste en redefinir el inicio de la vida presbiteral como una última etapa de la formación, ya fuera del seminario, pero igualmente planificada, donde los sacerdotes recién ordenados puedan realizar un tiempo de pastoral en el que sinteticen y apliquen todo lo aprendido dentro del contexto de un ambiente relativamente protegido, y que les sirva de puente entre la vida seminarística y la práctica normal del ministerio.

De esta manera, los sacerdotes recién ordenados deberían pasar por una etapa inicial de inserción en la vida ministerial, durante por lo menos un año, que permita su asignación en subgrupos de dos o tres —los cuales convendría que coincidan en su membresía con los grupos de vida del seminario—, en «parroquias modelo», caracterizadas por una intensa vida pastoral, y bajo el cuidado de párrocos cuidadosamente escogidos por su testimonio de vida sacerdotal y por sus dones para la formación de sacerdotes jóvenes en la primera etapa de su ministerio. Esta propuesta de acción requiere, por lo tanto, de ciertos párrocos y parroquias con un «carisma» especial para este tipo de misión formativa, de manera que en cada diócesis se cuente con los recursos necesarios para llevar a cabo anualmente esta labor. Se consideraría, entonces, la designación de algunas «parroquias modelo», en las que un equipo relativamente estable de párroco y vicarios realice un trabajo pastoral amplio, con una buena comunión sacerdotal y dinámicas de acción conjunta, al que se incorporaría anualmente un equipo transitorio de dos o tres sacerdotes recién ordenados, para ser apoyados en el inicio de su ministerio presbiteral. De esta manera, al final de cada año los sacerdotes que terminan esta experiencia serían destinados a nuevas parroquias, dejando su lugar a un nuevo subgrupo de neopresbíteros que inician su vida sacerdotal.



2. Grupos de vida sacerdotal

Ante el desafío impostergable que desde 1985 señalaban los obispos y sacerdotes asistentes al “Encuentro sobre el abandono del ministerio presbiteral”, celebrado en Bogotá, Colombia, de “revitalizar las estructuras ya existentes para la comunión presbiteral y crear nuevas formas (grupos, asociaciones, etc.) que, por su fuerza solidaria y de fraterna amistad, favorezcan el crecimiento humano de los sacerdotes y contribuyan a solucionar sus dificultades”, resulta primordial enfatizar de nuevo la necesidad de “educar a los sacerdotes, para que sean factores de concordia y comunión en el presbiterio, ayudando a superar las dificultades de incomunicación y su consecuente aislamiento” (en OSLAM, 1995, p. 41).

En respuesta a esta necesidad es que han venido surgiendo experiencias de ‘grupos de vida’ en muchos seminarios latinoamericanos, lo que hoy en día constituye un elemento nuevo que va modificando poco a poco la realidad de algunos presbiterios, donde ya aparecen distintas expresiones de grupos fraternos, muchos de ellos conformados desde la etapa seminarística. Se hace necesario, entonces, establecer una pastoral sacerdotal que brinde continuidad a los grupos ya existentes, y que abra nuevas opciones grupales a tantos sacerdotes que podrían beneficiarse grandemente con este tipo de vivencia comunitaria. Para este fin, convendría que los señores obispos consideraran el establecimiento, en las diócesis que presiden, de un programa flexible de ‘grupos de vida sacerdotal’, a partir de asambleas del clero diocesano en las que se describan los fundamentos de tales programas, se analicen conjuntamente las distintas formas en que los grupos fraternos pueden constituirse, y se comenten las diversas dinámicas de relación que pudieran asumir los sacerdotes participantes, como parte de su vivencia fraternal.

3. Formación permanente

Finalmente, podría considerarse como el mayor desafío que enfrenta la Iglesia en los inicios del tercer milenio de la era cristiana, la necesidad de convocar y formar pastores que guíen al pueblo de Dios, ofreciéndoles la formación inicial y permanente que los equipe de manera apropiada, para realizar a cabalidad su misión pastoral en



medio de un mundo secularizado que tanto requiere la presencia del Reino de Dios. En otras palabras, tal y como se define la formación permanente en el *Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros*, esta “es un medio necesario para que el presbítero de hoy alcance el fin de su vocación, que es el servicio de Dios y de su Pueblo” (Directorio, 71).

A este respecto, es claro que la formación sacerdotal y religiosa no termina nunca. Por tanto, la Iglesia necesita inculcar en sus ministros la convicción de que el proceso iniciado en los seminarios y noviciados debe continuar a lo largo de sus vidas. Para esto, los presbiterios deberían organizarse a nivel diocesano, regional y nacional, para definir sus necesidades de formación permanente, a corto, mediano y largo plazo, como parte de un proceso sistemático y personalizado, que les permita realizar cada etapa de sus vidas recibiendo el apoyo necesario para la vivencia de un ministerio fructífero y realizante.

Conclusión

En la carta a los Filipenses, San Pablo presenta la paradoja de Jesucristo quien, teniendo las prerrogativas inherentes a su divinidad, escogió más bien adoptar plenamente la condición humana con el fin de cumplir, hasta las últimas consecuencias, el significado de su misión en la tierra (Fil. 2, 5-11). Ante tal ejemplo de coherencia y madurez, llevadas a su plenitud, San Pablo no cesa de exhortar a los cristianos a recorrer también el mismo camino, “hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Efesios 4, 13). Esta misma exhortación es preciso aplicarla, quizás hoy más que nunca, a la formación en la dimensión humana, a imagen de Jesucristo, que debe ofrecerse en seminarios y noviciados.

48

Por tal razón, convendría recordar nuevamente que las verdades más profundas se expresan a menudo en los términos más simples. Es así que evocando la enseñanza que muchos aprendimos de niños en el viejo catecismo, adquiere hoy un nuevo significado la respuesta a la pregunta de “¿para qué estamos en este mundo?”, la cual rezaba: “Para conocer, amar y servir a Dios, y así llegar al Cielo”. Solo bastaría

añadir, a manera de conclusión, que es en el conocimiento de Dios donde se adquiere la verdadera identidad; en el amor a Dios donde se aprende el amor a los semejantes; y en el servicio a Dios donde se genera vida abundante, para una cosecha de buenos frutos que perdure hasta la vida eterna.

Bibliografía

- Arizmendi Esquivel, Felipe. **“Causas del Abandono del Ministerio Presbiteral en América Latina”**. Boletín OSLAM, No. 28, Santafé de Bogotá, 1995.
- Aschenbrenner, George A. **“Celibacy in Community and Ministry”**, “Human Development”, 1985, Vol VI, The Jesuit Educational Center for Human Development, EE.UU.
- Battisti, Anuar. **“Causas de la Deserción del Ministerio Sacerdotal en América Latina: Presentación”**. Boletín OSLAM, No. 28, Santafé de Bogotá, 1995.
- Congregación para la Educación Católica (para los Seminarios e Institutos de Estudio). **“Directrices sobre la preparación de los Formadores en los Seminarios”**. Roma, 1993.
- Congregación para el Clero. **Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros**. Ediciones Tripode, Caracas, 1994.
- Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) - Departamento de Vocaciones y Ministerios (DEVYM), **“Síntesis de las Principales Causas del Abandono del Ministerio Sacerdotal por parte de los Sacerdotes Jóvenes en el Período de la Formación”**, (Doc. de Trabajo), Santafé de Bogotá, 1994.
- de Mézerville, Gaston. **“Madurez sacerdotal y religiosa: Un enfoque integrado entre Psicología y Magisterio” (Tomos I y II)**. Centro de Publicaciones del CELAM. Santafé de Bogotá, 1999.

Exhortaciones Apostólicas del Magisterio reciente:

- **Christífideles Laici**, “Sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo”, Exhortación Apostólica Postsinodal de su Santidad Juan Pablo II, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1988.
- **Pastores Dabo Vobis**. “Sobre la Formación de los Sacerdotes en la Situación Actual”, Exhortación Apostólica Postsinodal de su Santidad Juan Pablo II, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1992.
- **Vita Consecrata**. “Sobre la Vida Consagrada y su Misión en la Iglesia y en el mundo”, Exhortación Apostólica Postsinodal de su Santidad Juan Pablo II, Ed. San Pablo, Santiago de Chile, 1996.
- Erikson, Erik H. “**Infancia y Sociedad**”, Ediciones Hormé S.A., Buenos Aires, 1966.
- Frankl, Viktor E. “**Man’s Search for Meaning: An Introduction to Logotherapy**”, Pocket Books, New York, 1973.
- González, Luis Jorge. “**Experiencia de Dios y Celibato Creativo a la luz de la actual Psicoterapia**”. Revista Medellín. Santafé de Bogotá, 1981.
- Organización de Seminarios Latinoamericanos del CELAM (OSLAM). “**Causas de la Deserción del Ministerio Sacerdotal en América Latina: Presentación**”. Boletín OSLAM, No. 28, Santafé de Bogotá, 1995.

Sumario:

Aunque con diversos acentos, la formación sacerdotal ha estado ocupando un lugar importante en la vida de la Iglesia. Modelos que estuvieron o han estado vinculados a una unidad teológica, han sido los gérmenes para la formación espiritual permanente de los Presbíteros que hoy, por gracia de este devenir histórico, ha dado fruto en la rica y audaz formación permanente sacerdotal en el campo de la vida espiritual.

Formación espiritual permanente de los presbíteros

Diego Restrepo Londoño, p.s.s.
Rector Seminario Mayor de Cúcuta, Colombia.

1. Evocación

Para quienes ya “peinamos canas” desde hace días y años, hablar de santidad sacerdotal evoca los remotos años de Seminario cuando unos formadores, casi siempre de gran calidad humana y espiritual, nos daban ejemplos concretos de espiritualidad sólida y nos hacían leer “El Sacerdote Santo” del abate Dubois que modeló tantas inquietudes de crecimiento espiritual permanente. A veces, sin embargo, esa santidad sacerdotal era planteada casi de manera a – espacial y a-temporal, como un “en-sí” adquirido de una vez por todas, que podía ciertamente perderse por el pecado mortal o rebajarse por la tibieza, pero que no conocía de contextos socio-culturales, ni de edades, ni de conflictos. Era algo perceptible, sí, pero monolítico y frío y, porqué no decirlo, aburridor y poco estimulante. Los “santos oficiales” de un presbiterio eran pocos y mirados desde lejos con admiración pero también con desconfianza y temor.

2. “Las épocas” de la santidad sacerdotal

Identifico, tal vez sin gran acierto teológico y mucho menos todavía con precisión del lenguaje cartesiano, la “santidad sacerdotal” con la “formación espiritual permanente” de la que nos hablan hoy desde el Vaticano II (PO) y más explícitamente los documentos posconciliares (PDV y Directorio de 1994).

2.1 *El primer milenio*

La Santidad del Clero en el primer milenio, estaba muy vinculada a la vida misma ministerial. Formados en los Presbiterios, o al lado de los obispos y monjes en las escuelas catedralicias y monásticas, la fuerza del Sacramento del orden, la gracia del Espíritu Santo y la urgencia de responder a los desafíos personales y pastorales



produjeron grandes figuras de obispos y presbíteros santos. Sin Seminarios y sin fórmulas muy precisas estos pastores del primer milenio respondieron a una vocación exigente, pero acompañados a veces (lo percibimos por los textos de los Concilios locales acerca de la reforma del Clero) de una nube de presbíteros medio inútiles, mal preparados y que no irradiaban santidad.

El siglo X (edad de hierro de la Iglesia) es claramente indicador de una visión como lo que acabo de describir; y escritos de crudo realismo como los de un San Pedro Damiano en el s. XI permiten descubrir dolorosas y escandalosas lacras morales en el Clero de la época.¹

2.2 La edad media

Los siglos XII y XIII con el resurgir de la teología y la aparición de nuevas formas de vida sacerdotal nos presentan un panorama más esperanzador. Pienso ante todo en los Canónigos regulares y en los órdenes mendicantes (sobre todo Franciscanos y Dominicos) que ofrecen una vuelta a la “apostolica vivendi forma” mediante la ordenación de hombres con experiencia espiritual fuerte, buen bagaje teológico y ardentía apostólica. El sacerdocio ministerial de esa época conoce un vigoroso florecimiento.

2.3 La Reforma Tridentina

Pero será el terremoto de la Reforma Protestante que dividió dolorosamente en dos la cultura y la vida eclesial de Europa, lo que hará germinar del seno mismo de la Iglesia la Contrarreforma (la palabra no es bonita pero sí es clara) tridentina, uno de cuyos pilares fue la reforma de Obispos y presbíteros centrados en la misión

1 Es célebre (incluso figuró en el Índice de libros prohibidos hasta el año 1900) su obra “Gomorra” publicado en 1051 en el que con un lenguaje escabroso fustiga la incontinencia (falta de castidad) y la simonía (negocio con las cosas santas) en los monjes y clérigos de su época, incluidos los de la Curia romana. Así por ejemplo en la Carta II, 1 denuncia la corrupción, a base de dinero (munus a manu), el servilismo interesado (munus ab obsequio) y la adulación a los grandes (munus a lingua) como tres formas de búsqueda de las ambiciones personales. (Cfr. Patol. Latina 144, 257c).



pastoral, alimentados con una cultura teológica renovada, curtidors en una ascesis y disciplina personal adquiridas en el Seminario como matriz formadora.

2.4 El período postridentino

Trento prendió los motores del mundo clerical occidental. Son clásicos los modelos variados dentro de una unidad teológica inconfundible que perduraron hasta el Vaticano II. Recordemos algunos brevemente porque allí están subyacentes los gérmenes de la formación espiritual permanente que hemos identificado con la santidad.

Ante todo, el modelo carolino – ignaciano. San Carlos Borromeo, el obispo reformador postridentino por antonomasia, muy simpatizante de la espiritualidad ignaciana, crea un tipo de sacerdote-pastor integrado en su comunidad, seriamente piadoso y disciplinado, cuyas grandes líneas son fáciles de descubrir aun hoy y que generó hasta nuestros días presbíteros de la talla de Juan Bosco, José Benito Cotolengo, Juan XXIII, Andrés Carlos Ferrari y tantos otros de sobra conocidos.

Este “modelo” difiere muy poco del instaurado en España e Hispanoamérica (con las variables lógicas de este último por ser una Iglesia apenas naciente). Se destacó “el maestro” San Juan de Avila con su producción literaria y su incansable actividad, y como fuente inspiradora – el cartujo de Burgos Antonio de Molina con su libro “Instrucción de sacerdotes”, ampliamente difundido en España y fuera de ella.

La Escuela francesa”, con el Cardenal de Berulle como gran precursor a través de sus obras y de la Fundación del Oratorio, seguida luego por la gran trilogía de San Vicente de Paúl, San Juan Eudes y Juan Santiago Olier, cada uno de ellos formador de sacerdotes y fundador de Sociedades dedicadas a este fin. Imposible dejar de mencionar también a San Francisco de Sales, figura seductora de sacerdote secular del nuevo cuño y de obispo abierto a las corrientes renovadoras que él mismo impulsó.

Todo el “molde” francés de formación presbiteral marcó claramente el estilo sacerdotal de las generaciones postridentinas, en



Europa y en otros Continentes. En ese estilo, con otros nombres y otras exigencias, algo se decía sobre la formación sacerdotal permanente.

Aquí vale la pena recordar, así sea de paso, la figura de Josse Clichtoveo (1472-1543), doctor de la Sorbona desde 1506 y cuya teología del sacerdocio marcó el Concilio de Trento y los sistemas de formación sacerdotal desde Berulle a toda la Escuela Francesa y perduró hasta vísperas del Vaticano II. La idea de “ser sacado del mundo”, es decir, la huída del mundo, constituye el distintivo esencial de esta imagen del sacerdote. El sacerdote es un “ser para el culto”, no para la comunidad y esta culturalidad es la que justifica el celibato, expresión adecuada de esta separación esencial. Toda esta concepción de la “eminente dignidad” del sacerdocio marcó la espiritualidad sacerdotal por varios siglos opacando la dimensión de ministerio o al menos haciéndola muy cerrada. Es necesario comprender esta visión en su raíz para entender el giro teológico y antropológico que trajo la visión espiritual del Vaticano II centrada en la ministerialidad (=servicio) y la pastoralidad (=entrega a la comunidad).²

2.5 Los siglos XIX y XX

Los siglos finales del segundo milenio conocen un renovarse de la figura sacerdotal bajo diferentes aspectos; menciono sólo dos: la pastoralidad y el nacimiento de la espiritualidad del clero diocesano.

Por lo que toca a la pastoralidad, la figura del Cura de Ars (1786-1859) significa una revalorización del ministerio pastoral directo, sobre todo del párroco y del párroco rural; en la otra cara de la medalla aparecían los santos presbíteros religiosos, respaldados por la fuerza de su Instituto y con cargos a veces de cierto brillo que creaban en el sacerdote secular una cierta nostalgia o a veces inclusive con complejo de inferioridad.

2 Cfr. SCHILLEBEECKX, Edward, *El Ministerio eclesial – Responsables en la comunidad cristiana* – Edic. Cristiandad, Madrid, 1983, p. 111-114- COPPENS JOSEPH, *Sacerdocio y Celibato*, obra en colaboración – Edit. BAC, No. 326, Madrid, 1971, pp. 373-412.



Y por lo de la Espiritualidad propia del Clero diocesano, hoy incuestionable, hay que destacar – entre otros muchos nombres – el del Cardenal Mercier, Arzobispo de Malinas. Su amplio prestigio académico como profesor de Lovaina y creador del neo-tomismo le acompañó en su tarea de Obispo-pastor, ampliamente conocedor y estimulador de su clero hasta darle con solidez y claridad de lenguaje las grandes líneas que hoy, después del Vaticano II, son de pacífica posesión.

Es evidente que a estas influencias “desde la base” vinieron a agregarse los documentos pontificios sobre el sacerdocio ministerial con S. Pío X (*Haerent animo*), Pío XI (*Ad Catholici sacerdotii*), Pío XII (*Menti nostrae*) y Juan XXIII (*Sacerdotii nostri primordia*) que prepararon los grandes documentos Conciliares.

2.6 *El Vaticano II y su posconcilio*

Es así como llegamos al Vaticano II. La raíz y fundamento de todo está en las Constituciones. En “*Dei Verbum*”, la revelación como autocomunicación de Dios, con una fortísima impronta bíblica, está a la raíz de toda experiencia espiritual y de fe; viene luego la “*Lumen Gentium*” con su capítulo III sobre la jerarquía (especialmente el No. 28 acerca del presbiterado);³ en *Sacrosanctum Concilium* la liturgia como “ejercicio del sacerdocio de Cristo” (SC 7) fundamenta toda la espiritualidad litúrgica del presbítero y la participación “plena, consciente y activa” de la comunidad. Finalmente, “*Gaudium et Spes*” sobre la Iglesia en el mundo, sienta las bases para una aceptación sana de la secularidad como ámbito propio del presbítero diocesano que no necesita ni evadirse (tentación monástica) ni afiliarse a otros grupos (tentación de integrarse a uno de los grandes, medianos o pequeños Institutos de vida consagrada) para poder vivir a plenitud su ministerio pastoral en medio del mundo como camino propio de santificación y crecimiento personal hasta el final de su vida.

3 De la riqueza de LG se inspiran también “*Christus Dominus*”, “*Presbyterorum ordinis*” y “*Optatam totius*” que diseñan los grandes rasgos del obispo, del presbítero y de la formación sacerdotal. Allí claramente aparecen las insinuaciones sobre la formación posterior al Seminario.

No creo necesario analizar estos grandes textos conciliares y posconciliares por ser de sobra conocidos. Pongamos simplemente el acento sobre LG 28 (fundamento teológico y eclesiológico del presbiterado dentro del contexto de todo el ministerio “eclesiástico” que para el caso es sinónimo de ministerio apostólico) y PO 2-3 que nos da la clave de la naturaleza teológica del presbiterado y de su condición en el mundo así como PO 18-21, fundamento remoto de la hoy llamada formación sacerdotal permanente.

Que hubo y sigue habiendo muchos presbíteros y obispos santos (léase “pastores santos”) lo confirma el brillante elenco de 147 santos canonizados y por lo menos el triple de beatos (incluyendo desde luego los mártires) del siglo XIII al siglo XX.⁴

3. Las cuatro dimensiones de la formación presbiteral hoy

3.1 La cuádruple división (antropología subyacente del presbítero podríamos llamarla un poco pomposamente) aparece ya insinuada en el decreto Optatum totius (Nos. 4-22), a saber:

III. (4-7) Organización de los Seminarios Mayores (dimensión humana o humano-comunitaria)

IV. (8-12): Un cultivo más intenso de la formación espiritual

V. (13-18): Revisión de los estudios eclesiásticos (dimensión intelectual).

VI. (19-21): Fomento de la formación específicamente pastoral (dimensión pastoral).

4 Cfr. REPETTO José Luis, Santoral del Clero secular del siglo XIII al siglo XX – Col. Estudios y ensayos – BAC – Historia – Biblioteca de autores cristianos, Madrid 2000. – Por una omisión lamentable que el mismo autor del libro reconoció en respuesta a una carta que le dirigió, no aparece en el libro el Beato Mariano de Jesús Eusse Hoyos, primer colombiano y sacerdote diocesano, elevado al honor de los altares. El libro es altamente ilustrativo y estimulante.

VII. (22): Perfeccionamiento de la formación después de los estudios (embrión de la formación permanente).

- 3.2 Este mismo esquema lo asume, ampliándolo un poco, la famosa RATIO FUNDAMENTALIS (Normas básicas de la formación sacerdotal: 6 enero 1970), especialmente en los números finales (100-101) cuando habla del perfeccionamiento de la formación sacerdotal en el post-seminario.
- 3.3 Por lo que toca al Código de Derecho Canónico de 1983, con ámbito universal para la Iglesia Latina, es poco relativamente lo que trae a este respecto, sea en la parte de las obligaciones y derechos de los Clérigos (cc. 273-289), sea acerca de los Seminarios (232-272), sea en el tratado sobre el sacramento del Orden (cc. 1008-1054).
- 3.4 Hay que esperar a la exhortación Apostólica postsinodal "Pastores dabo vobis" (25-03-92) para que en el lenguaje eclesial oficial se hable de la formación sacerdotal en sus cuatro dimensiones (cap. V, Nos. 43-59) así como todo un capítulo, el VI y último, igualmente estructurado en las cuatro dimensiones de la formación permanente de los sacerdotes: sus razones teológicas, aspectos, significado, responsables, etc. etc.
- 3.5 Y todavía con mayor precisión, aplicada exclusivamente a los presbíteros, en el "Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros", emanado de la Congregación para el Clero el 31 de enero de 1994. Después de un I Capítulo sobre la Identidad del presbítero, el II se ocupa de la espiritualidad sacerdotal y el III íntegramente dedicado a la formación permanente: principios (Nos. 69-80), organización y medios (Nos. 81-86), responsables (Nos. 87-92) y necesidades en orden a la edad y a situaciones especiales (Nos. 93-97).

58

No me detengo en estos documentos, ya muy conocidos, con el fin de invitar a los destinatarios de este artículo a que los hagan objeto de estudio personal y grupal y se traduzcan en aplicaciones concretas a nivel de los presbiterios diocesanos, de los institutos de vida consagrada y de los diferentes niveles de grupos sacerdotales hoy existentes en todos los rincones del planeta.



4. ¿En dónde estamos?

- 4.1 Es ya un factor positivo el que la FSP (Formación sacerdotal permanente) haya sido incluida en documentos oficiales de la Iglesia y empiece a implementarse en no pocos planes pastorales de un buen número de diócesis; pero no olvidemos que “el papel puede con todo”: no basta escribir los planes sino ante todo realizarlos.⁵
- 4.2 En efecto, algo se ha hecho pero es mucho más lo que falta por hacer. Ante todo, si el fundamento teológico de la FSP es el dinamismo del sacramento del orden (2Tim 1,6) para reavivar el don de Dios que hay en nosotros, ese sacramento debe ser más estudiado y sobre todo asumido vitalmente por los presbíteros; y estos valores tan espirituales son de lenta asimilación, aunque la Iglesia oficialmente la presente como un derecho y un deber (DM VP, 69).

Por otra parte, existe la tendencia al dualismo que, al separar espiritualidad y ministerio, crea actitudes que no llegan al corazón del sacerdote (DMVP, 71): Se trabajan como FSP los aspectos “técnicos” de la Pastoral o de la vida intelectual: cursos, sesiones de trabajo, etc. pero no se atiende a la unidad profunda (PO 14) que debe cultivarse en la vida del presbítero y que tiene su “viga de amarre” en la formación espiritual permanente, y que es “espiritual” precisamente porque proviene de la acción profunda del Espíritu Santo que dinamiza el sacramento del Orden.

- 4.3 Igualmente hay que aceptar y saber incorporar a la FSP en lo espiritual las diversas “escuelas”, sobre todo las que cuentan

5 Sobre los contenidos de la FSP es preciso reconocer que el CELAM ha sido un pionero en este campo. Vale la pena destacar el “Primer encuentro Latinoamericano de formación sacerdotal permanente”, celebrado en Caracas del 29 de mayo al 4 de junio de 1977: sus enfoques y terminología coinciden mucho con documentos romanos posteriores. También del CELAM: “¿Avanza la formación permanente?”, Colección DEVYM, No. 22, Bogotá, 1989, fruto de un encuentro celebrado en Bogotá del 13 al 17 de febrero de 1989. A la reflexión latinoamericana se hizo eco la Conferencia Episcopal de Colombia con tres publicaciones correspondientes a otros tantos eventos, todas ellas de la colección SPEC, a saber: Formación Sacerdotal Permanente I (1978), II (1990) y III (1991).



con reconocimiento eclesial a alto nivel como el Opus Dei, los Focolarinos, el movimiento neo-catecumenal etc. que coexisten con otras corrientes igualmente legítimas pero más “encarnadas”, si se quiere así llamarlas. No podemos desconocer ese pluralismo de métodos pero sí debemos velar porque ninguno de ellos atente contra la unidad del ministerio y vida incrementando el dualismo de que acabamos de hablar creando estilos sacerdotales casi esquizofrénicos.

- 4.4 Imposible dejar de lado las nuevas corrientes de ministerialidad que de alguna manera afectan la FSP: los variados estilos de ejercer el sacerdocio ministerial, los diáconos permanentes y sus necesidades espirituales y pastorales que ejercen su misión pastoral en contextos muy diferenciados. Su espiritualidad tiene que ser asumida en una línea de formación permanente pues todas ellas se fundamentan en el sacramento del Orden que sin perder su unidad profunda se diversifica de manera pluriforme según los diferentes tipos de ejercicio.⁶
- 4.5 Finalmente, la espiritualidad específica de la FSP se vive en un mundo cruzado por la interculturalidad (mosaico de culturas que se entrecruzan afectando variadamente el ejercicio ministerial), la globalización que pretende unificar los comportamientos bajo patrones peligrosamente manipuladores y el proceso de secularización que no puede menos de afectar la carga

6 Respecto de las nuevas formas de ministerialidad es preciso reconocer que la problemática de Europa Occidental (Francia, Alemania, Holanda, Bélgica, Inglaterra) es bastante compleja y a la vez muy diferente de la situación latinoamericana. La escasez alarmante de vocaciones al presbiterado ha llevado a una reestructuración de la Pastoral con amplia intervención de los laicos y religiosos-as junto con una aparente marginación de la figura clásica del presbítero. Esto ha ocasionado una intervención fuerte de la Santa Sede, reflejada en el documento: “Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes”, conjunta de varios dicasterios de la Santa sede del 15 de agosto de 1997.

El problema ha llevado a los obispos y teólogos a buscar líneas de solución, a la vez creativas y fieles al magisterio. Un buen ejemplo de esta línea (con la conciencia de parte de los autores de que responden a una situación típicamente francesa) se halla en el libro: DES MINISTRES POUR L'EGLISE, de Joseph DORE, Arzobispo de Estrasburgo y Maurice Vidal, p.s.s. en colaboración con otros autores -Coeditores: CENTURION/CERF/FLEURUS-MAME, Paris 2001.

espiritual del mundo cristiano y sobre todo la carga del mundo sacerdotal.

5. Lo que podemos hacer

- 5.1 Si estamos convencidos de que “la deseada renovación de toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes, animado por el Espíritu de Cristo” (OT. Pr), tenemos que darle cabida a la FSP espiritual, tanto en los planes pastorales diocesanos como en las Normas Básicas de formación sacerdotal de cada país: los candidatos al presbiterado deben interiorizar desde el Seminario las necesidades y posibilidades de la FSP en cada región.
- 5.2 Es importante que todas estas actividades cuenten con el respaldo económico necesario, ya que los cursos, períodos sabáticos, aportes psicológicos, etc. necesitan financiación suficiente.
- 5.3 Otro factor bien significativo es la “psicologización” de la “FSP en cuanto requiera ayuda psicológica de expertos para la orientación de la afectividad en ciertos momentos de crisis o de conflicto, así como el aporte para las diferentes edades como lo sugiere muy bien el Directorio de la Santa Sede en los numerales 93 al 96. El sacerdote necesita ayuda al comienzo y al final (gerontólogos) así como en las etapas intermedias: la espiritualidad “se encarna” en los diferentes procesos evolutivos ya que – como lo enseña la teología clásica – “la gracia supone la naturaleza” y a ésta hay que ayudarle.
- 5.4 Es claro que no puede descuidarse a los sacerdotes en dificultad, comenzando por una atención muy peculiar a los cinco primeros años de ministerio y que debemos saber echar mano de, los laicos y laicas competentes, no solo ya en Psicología, para los planes de FSP espiritual: si la vocación a la santidad es universal (LG V) nos tenemos que ayudar – en nombre del sacerdocio común o bautismal – a crecer juntos “hasta el estado de hombre perfecto a la madurez de la plenitud de Cristo” (Efes. 4,13).

- 5.5 Aquí tienen una cabida especial los obispos; si bien el principal agente de la FSP es cada presbítero, el obispo como “padre, hermano y amigo” (LG 28) debe poner su mayor esmero en el acompañamiento de sus sacerdotes, recordando el Consejo de Pablo VI a los obispos latinoamericanos cuando en 1968, desde Bogotá, abrió la Conferencia General del Episcopado latinoamericano efectuada en Medellín: “Si un obispo concentrase sus cuidados más asiduos, más inteligentes, más pacientes, más cordiales, en formar, en asistir, en escuchar, en guiar, en instruir, en amonestar, en confortar a su Clero, habría empleado bien su tiempo, su corazón y su actividad” (Bogotá, 24 de agosto de 1968).⁷
- 5.6 Por eso mismo no puede haber una Pastoral diocesana (los Obispos lo saben muy bien) si no se atiende integralmente a los presbíteros a través de todo su ciclo vital: “desde la cuna (en este caso la ordenación sacerdotal) hasta la tumba”. Esto con el fin de que en cada época de la existencia sacerdotal se crezca en humanidad, en vida interior y en espíritu apostólico (el Espíritu Santo acogido por los apóstoles unidos a María): es el quien hace crecer.
- 5.7 Y no es menos delicada la tarea de los formadores de los Seminarios Mayores recordando – como lo hace PDV – que “la FSP es la continuación natural y absolutamente necesaria del proceso de estructuración de la personalidad presbiteral iniciado y desarrollado en el Seminario..... en el cual es preciso preparar la futura formación permanente y fomentar el ánimo y el deseo de los futuros presbíteros en relación con ella, demostrando su necesidad, ventajas y espíritu, y asegurando las condiciones de su realización” (PDV,71).

6. Una espiritualidad de misericordia

La gran encíclica de Juan Pablo II sobre Dios Padre lleva por título “Rico en misericordia” (1980) y en ella el Papa desarrolla hermo-

7 Discurso de Pablo VI en Bogotá. Cfr. “La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio” – 2ª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano – Vol., Ponencias, Secretariado General del CELAM, Bogotá, 1968, p.33.

samente la parábola del hijo pródigo (5-6) con una invitación a que “el rostro genuino de la misericordia sea siempre desvelado de nuevo... ya que ella se presenta particularmente necesaria en nuestros tiempos”. Y cuatro años más tarde en la carta sobre el sentido cristiano de sufrimiento humano (1984) la parábola del buen samaritano resume “el evangelio del sufrimiento” con un comentario que conserva toda su actualidad y belleza (Nos. 28-30).

Me detengo en esta categoría bíblica y sobre todo evangélica de la misericordia porque no puede haber formación sacerdotal permanente en lo espiritual que no esté acompañada del ejercicio paciente y activo de la misericordia. Los presbíteros seguimos siendo hombres débiles, a veces con debilidades que no aparecen por múltiples motivos, y que nos hacen creer o ser vistos como la famosa estatua de la visión de Daniel (2, 29-45) a la que una simple piedrecilla desplomó: a pesar de su ostentosa estructura metálica tenía los pies de barro y se derrumbó estrepitosamente. Los presbíteros necesitamos experimentar la misericordia para poder comunicarla como verdadera experiencia a nuestros fieles. ¿No será el caso del Papa Juan Pablo II con el Arzobispo Milingo – cuando podría haberlo excomulgado y alejado de la Iglesia – un elocuente signo a este respecto?

7. Tras las huellas del Jubileo

Es persistente la invitación del Papa Juan Pablo a trabajar por la santidad universal como fruto del jubileo. La proclamó en “Tertio millennio adveniente” y la vuelve a proclamar, en forma casi obsesiva, en “Novo Millennio ineunte”. El quiere que el mensaje evangelizador de la Iglesia tenga como prioridad, antes que complejas estructuras y organizaciones pastorales, la vocación universal a la santidad y el predominio de la gracia como prioridades absolutas.⁸

No en vano él ha querido multiplicar (aun con fuertes críticas en su contra tanto al interior de la Iglesia como fuera de ella) las

8 En TMA lo desarrolla (ya en 1994) sobre todo a partir de la dimensión trinitaria de los años del Hijo (97), del Espíritu Santo (98) y del Padre (99); y en NMI el tema penetra toda la carta, en especial la II parte (Nos. 29-41): Caminar desde Cristo, con afirmaciones de gran fuerza que el Papa está repitiendo a cada paso en alocuciones y documentos.

beatificaciones y canonizaciones, con una dosis elevada de mártires y una explicitación del martirio como una posibilidad y una gracia para nuestra época.

El incremento del número de presbíteros que estén dispuestos a jugársela toda por Cristo y su reino será el más esplendoroso florecimiento y la más rica fructificación de una audaz y perseverante formación sacerdotal permanente en el campo espiritual. Así nos ayude a obtenerlo María, la siempre fiel, que supo decir “sí” al Señor a través de todas las circunstancias de su vida.

*Dirección del autor: Seminario Mayor San José
A.A. 040
Cúcuta, Colombia*

Sumario:

La formación permanente del Presbítero es una necesidad cada vez más sentida, máxime cuando se trata del empeño por la formación de la persona en su totalidad. Al respecto, la formación intelectual no se debe separar de ninguna de las dimensiones en la formación permanente, antes bien, porque el presbítero necesita crecer, desarrollarse, madurar todas sus capacidades, lo cual implica un conocimiento de sí mismo, es evidente la urgencia de integrar pensamiento y acción, vida y reflexión. Las notas de esta formación intelectual que nos presenta el autor, perfectibilidad, autoafirmación y permanente, indican que es la vida íntegra del presbítero la que se ha de abarcar para lograr el cometido de esta formación.

La formación intelectual

Pbro. Dr. Michel Gibaud

*Director del Instituto de Teología - Universidad Católica.
Asunción - Paraguay*

Cada una de las dimensiones puede tratarse por motivos pedagógicos, en forma separada; sin embargo no se debe olvidar que la formación “empeña a la persona en su totalidad” (PDV 45). Entre cada una de las áreas o dimensiones de la formación (la humano-comunitaria, la espiritual, la intelectual y la pastoral) existe una estrecha interacción.

¿Cómo hablar de formación intelectual sin relacionarla con la formación humano-comunitaria? La misma formación humana, desarrollada en el contexto de una antropología, abarca toda la verdad sobre el hombre (PDV 45). Indudablemente el planteo de la formación y la madurez humanas inciden en la formación intelectual.

También existe una estrecha interacción entre formación espiritual y formación intelectual. De algún modo “la *formación religiosa hondamente personalizada y vivencialmente experimentada*” depende de “una *seria formación teológica*” ¿Podría darse una rigurosa formación teológica sin una profunda vivencia espiritual? Podría darse una *información* teológica exhaustiva y hasta la recepción de la transmisión de una cultura teológica ingente, pero estas no serían “formación”. La dimensión intelectual, que nutre a la espiritualidad, no solamente tiene como finalidad el conocimiento científico teológico, ni siquiera sólo fundamentar la fe, sino, a la vez, que los futuros pastores crean lo que proclaman y vivan lo que creen¹.

Por otra parte la Iglesia tiene “una conciencia cada vez más clara y profunda que la Evangelización es su misión fundamental y de que no es posible su cumplimiento sin un esfuerzo permanente de conocimiento de la realidad y adaptación dinámica, atractiva y

1 MARTIN ABAD, J. “La espiritualidad en la formación para el ministerio presbiteral” en: AA.VV. Espiritualidad del presbítero diocesano secular. Simposio. Madrid. EDICE (Editorial de la Conferencia Episcopal Española), 1987, p. 523

convinciente del Mensaje a los hombres de hoy” (P.85) ¿Cómo plantear esta pastoral sin una buena formación intelectual, sin un aceptable desarrollo y formación humanos, sin una profunda formación y vivencia espiritual? ¿Cómo plantear la caridad pastoral sin una unidad en las dimensiones de la formación? (cf.PO14).

Por otra parte hay que decir que si bien es cierto que la formación intelectual no es separable de las demás dimensiones, tampoco es identificable con ellas².

Aunque más específicamente nos orientaremos hacia la formación intelectual no debemos sobrevalorarla y olvidar las otras dimensiones de la formación, para lograr la formación integral de los Presbíteros (cf. PDV 51).

La formación

¿Cómo definir la formación? De entre las definiciones de formación me agradó la que ofrece Martín Ramírez: “La formación es la tarea de proporcionar a una persona lo que necesite para una tarea humana cualquiera o, en general, para su perfección humana”³. Invertí un poco los términos porque me parece que el valor de la persona va primero y luego la actividad. Así, por formación entiendo la tarea de proporcionar a una persona lo que necesite para su perfección humana y para una tarea, una misión.

¿Cuáles son los motivos de la formación intelectual? Parece una pregunta tonta, sin embargo es fundamental y básica de lo que es una vida personal. Podemos decir que en realidad forma parte del dinamismo humano. Toda persona tiene la necesidad de desarrollar su capacidad intelectual, de perfeccionarse, a la vez siente necesidad de conocer la verdad, para no vivir alienado.

2 Cf. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O. “La formación intelectual para el ministerio apostólico” en: AA.VV. *La formación intelectual de los sacerdotes según «P.D.V.»*, Comisión Episcopal del Clero (España). 1996, p.30.

3 MARTIN RAMIREZ, J. «Formación. (Pedagogía)». Gran Enciclopedia Rialp. Madrid 1979, p. 313.

El primer motivo es el personal. La persona necesita crecer, madurar, perfeccionarse, desarrollar todas sus capacidades; lo cual implica conocimiento de sí mismo, de la realidad circundante; conocimiento y comprensión de los demás. “Decir formación intelectual es, por tanto, sugerir la necesidad de una vida que integra pensamiento y acción, reflexión y vida, interpretación de la realidad exterior y realización de la propia existencia como proyecto, abertura a lo eterno en el hombre e integración de la historia en su novedad perenne”⁴.

En segundo término el motivo es la misión a realizar. Debe ir formando durante toda la vida discípulos para Jesucristo en la Iglesia, ofreciéndoles todos los medios de salvación que existen en la Iglesia. “Para todas las funciones presbiterales, pero de un modo particular para el ejercicio del ministerio de la Palabra, es imprescindible una seria y académica formación intelectual; desde las ciencias humanas hasta la teología de la vida espiritual o de la vida Religiosa, por citar algunas de las asignaturas del arco del plan de estudios, la formación intelectual capacitará en su difícil tarea al “maestro del espíritu” y le irá suministrando no sólo contenidos y criterios, sino también experiencias para asimilarlas él, primero, antes de ofrecerlas, después, como ayuda a los demás”⁵. La misión a la que Cristo llama y manda a sus discípulos-presbíteros exige una profunda inculturación; deben estar inmersos en la realidad cultural, viviéndolo y transformándola. Su misión es estar en medio de la gente para guiarla, para comprenderla, alentarla, sostener su esperanza y nutrir su fe. Estar con la gente es estar con otros creyentes, con agnósticos y ateos y ser capaces de dialogar con todos ellos sin exclusión.

Podemos decir que la formación intelectual se apoya en éstas características comunes:

1. **La perfectibilidad**⁶. El ser humano es perfectible, es decir que puede ir configurando armoniosamente su vida hasta lograr una personalidad coherente con un ideal que para nosotros es Cristo, como hombre nuevo (cf GS 22). Como todo ser vivo

4 GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O. «La formación intelectual...», art. cit. p. 31

5 MARTIN ABAD, Joaquín «La espiritualidad en la formación para ...» art. cit. p. 523

6 MARTIN RAMIREZ, J. «Formación. (Pedagogía)» Op. Cit., p.313

debe ir creciendo, pero al crecer debe encaminarse al logro de su autodominio espiritual. Este perfeccionamiento requiere una pedagogía apropiada con etapas diversificadas tal como suele señalarse en el proyecto de formación presbiteral.

2. **Autoformación.** Nadie puede formarse por otro; es una tarea personalísima que requiere la cooperación activa y libre. El objeto de la formación implica la coexistencia de dos sujetos que se ayudan y complementan: el formando y el formador, si bien no influyen los dos en idéntica medida. El formando ocupa el lugar principal en la formación e implica siempre la libertad y voluntad del sujeto para formarse. Por otra parte, supone que está abierto a la ayuda que le brinda el formador y los medios de formación. Esto requiere una pedagogía con un saber orgánico, sistematizado, con orden y jerarquía, de manera que tenga como resultado una verdadera y auténtica formación.
3. **Permanente.** El crecimiento del hombre y la vida no se detienen; de igual manera la formación. Ésta es un programa para toda la vida de un presbítero. La formación no puede ser una etapa de la vida sino que debe ser un proceso permanente y continuo. La realidad del mundo, la cultura crecen y cambian tan rápidamente que no es posible asimilarlas en un breve momento de las etapas de formación. La fe a medida que el hombre madura necesita de otras razones.

El Presbítero necesita de una permanente actualización en todas las áreas del saber y una permanente formación para los cambios serios, profundos y radicales que desafían al mundo y a la Iglesia.

Este planteo de la formación nos hace comprender la necesidad de un programa de formación presbiteral que abarque desde la formación inicial (en el Seminario) hasta el ejercicio fiel del ministerio que concluye en el encuentro definitivo con el Señor anunciado durante toda la vida.

Esta comprensión de la formación nos hace ver que se tiene que tener un proyecto de formación intelectual que abarque toda la vida de un presbítero y no solamente en referencia a su formación

inicial. En todos los países existe una “Ratio” o “Normas para la formación de los futuros presbíteros” o “Normas básicas para los Seminarios”, pero muy pocos contemplan un plan general que abarque toda la vida del presbítero.

Como veíamos en la formación tenemos un proyecto que dura toda la vida; por tanto nuestros planes de formación tienen también que abarcar toda la vida del presbítero: desde su inicio vocacional, en el Seminario y en su vida de presbítero hasta la muerte. La formación inicial en el Seminario está bastante bien establecida, pero la etapa posterior al Seminario no está nada clara.

Formación inicial

Es necesario plantear un proyecto de formación que abarque todas las dimensiones de la formación. Para eso hace falta tener en cuenta el tipo de formandos que vienen al Seminario ya que el proyecto debe responder a esa realidad que puede ser diversa según los países. Por otra parte existe un peligro que es el de generalizar.

Sin pretender ser exhaustivo, partiendo más bien de la realidad y de la experiencia de los jóvenes que nos llegan al Seminario, describiremos simplemente la realidad; no es un estudio científico sino más bien basado en la experiencia práctica como formador.

Los jóvenes que llegan al Seminario son⁷:

- jóvenes con mucho entusiasmo e ideales. Muchachos muy disponibles y algunos de ellos con muchas cualidades intelectuales, pero muchas veces sin desarrollar.
- jóvenes más bien acostumbrados al “ruido”, a la exterioridad, que tienen dificultades para el silencio, que no soportan el

7 Puede verse la Consulta a los Seminarios de América latina y el caribe (En preparación a la XVI Asamblea OSLAM – año 2000 en Ciudad de México) especialmente las respuestas a la pregunta 6 ¿Cuáles son los rasgos más sobresalientes de los jóvenes que actualmente están llegando a nuestros Seminarios? Hay un gran elenco de respuestas.

silencio y que hace que resulte difícil el recogimiento interior, lo que dificulta el estudio, la lectura seria, reflexiva y profunda. Acostumbrados a la radio, la televisión, las computadoras, los teléfonos celulares, Internet...

- jóvenes que se presentan con muchas lagunas y deficiencias a nivel de estudios en la mayoría de las áreas, pero especialmente en comunicación. Muchos no tienen experiencia de haber estudiado en serio, sin ninguna metodología de estudio.
- jóvenes que no han tenido experiencia de una cierta disciplina de vida. No siempre han tenido experiencias de vida comunitaria participativa, constructiva; están muchas veces más bien marcados por un ambiente competitivo, egoísta, individualista. Dificultad para sentarse a consultar en la Biblioteca, sin disciplina de estudio. Frente a la computadora con internet tienen capacidad de estar mucho tiempo “chateando”. Acostumbrados al “zapping” (con el control remoto de TV se va pasando de un canal a otro sin tener nunca una visión total y de conjunto de la realidad) no tienen una visión total sino que ven parcializadamente la realidad. El criterio de verdad es que una noticia fue publicada por internet o en la TV.
- jóvenes con escasa formación en la fe.

Partiendo de esta realidad general tenemos que hacer el proyecto formativo que abarque toda la realidad del formando; particularmente haremos un esbozo para la formación intelectual. No es una receta, ni pretende serlo; tampoco pretende agotar el tema ni presentar un modelo, presento algunas “pistas” para la formación intelectual; es simplemente un modo como se puede plantear la formación intelectual, partiendo de la realidad de los jóvenes que llegan al Seminario.

Para esto hay que tener en cuenta la gradualidad y la continuidad. No se puede pretender tratar de igual modo al que va al Introdutorio como el que va a Teología; sin embargo tiene que haber una continuidad en la formación, exigencias que son comunes en todas las etapas de la formación. El proyecto tendría que abarcar hasta la etapa de la formación permanente. En dicho proyecto hay que plantear los

objetivos concretos para la etapa, los medios, las actividades para realizar dichos objetivos y los indicadores de madurez para evaluar si se han cumplido los objetivos concretos. Indudablemente los objetivos específicos tienen que estar en consonancia con el objetivo general de cada etapa y con los objetivos de las otras áreas de formación.

En la formación inicial veremos los tres momentos o etapas que conforman normalmente el Seminario mayor: El Introdutorio o Propedéutico, la etapa de Filosofía y la etapa de Teología.

Para el curso Introdutorio

a) *Objetivos específicos para el área intelectual*

- iniciarse en el hábito y metodología de estudio, descubriendo su valor para el desarrollo intelectual de la persona
- desarrollar una lectura interpretativa de los textos leídos
- desarrollar el juicio crítico a través de la lectura y la conversación
- conocer más a fondo la lengua castellana y aprender otras lenguas, especialmente las lenguas de los indígenas
- iniciarse en el conocimiento del latín como base de la estructura castellana
- despertar el interés por todo tipo de manifestaciones culturales y artísticas
- iniciarse en el estudio sistemático y filosófico como base de un pensamiento racional.

b) *Medios y actividades para conseguir los objetivos específicos*

- Asistencia regular y participativa en las clases.
 - Lectura de los libros de textos, lecturas complementarias
 - Clases de metodología para aprender a estudiar organizada-mente.
 - Clases de lectura e interpretación de textos
 - Curso de oratoria.
 - Actividades musicales, ensayo de cantos, formación de un coro, audiciones musicales de autores selectos.
- ü Asistencia a actividades culturales y artísticas. Cine o vídeo debates.

c) Indicadores del nivel de madurez intelectual

- Manifiesta gusto e interés por la lectura, las actividades culturales
- Asiste regularmente a las clases y participa activamente de ellas
- Hace uso de los libros de consulta y comienza a tener sus propios libros.
- Cumple responsablemente con los tiempos de estudio
- Responde con las calificaciones de acuerdo a su coeficiente intelectual superando normalmente todos los exámenes.
- Es abierto y sabe conversar sobre temas importantes manifestando su punto de vista y su opinión, sabiendo hacer crítica constructiva.

Para los cursos de filosofía**a) Objetivos específicos para el área intelectual**

- lograr el hábito de estudio y la investigación descubriendo su importancia para el crecimiento intelectual, personal
- interesarse por todo tipo de manifestaciones culturales y artísticas como forma de enriquecerse personalmente
- compartir conocimientos, materiales de estudio, pastorales, etc., con los compañeros
- conseguir una metodología propia para el estudio, que facilite la asimilación de los contenidos fundamentales de la Filosofía
- tener un conocimiento de los principales sistemas del pensamiento filosófico y desarrollar el espíritu crítico frente a ellos
- lograr que desarrollen una pasión por la búsqueda de la verdad.
- conseguir el hábito de la lectura de autores y de la reflexión filosófica
- lograr una buena base de antropología filosófica, de psicología y pedagogía.

b) Medios y actividades para conseguir los objetivos específicos

- Asistencia regular y participativa en las clases
- Aprovechamiento de los tiempos dedicados al estudio personal
- Participación en las Semanas de estudio y / o culturales
- Desarrollo de debates sobre temas filosóficos de actualidad
- Uso frecuente de la Biblioteca, trabajos prácticos

- Un curso de computación y uso del internet
- Publicación de revistas o murales donde los estudiantes presenten sus inquietudes y conocimientos filosóficos.
- Participación en acontecimientos artísticos y culturales
- Audiciones musicales selectas, videos y cine debates, etc.

c) *Indicadores del nivel de madurez intelectual*

- Manifiesta interés positivo por el estudio y aprovecha el tiempo dedicado a él.
- Frecuenta regularmente la Biblioteca, hace consultas y va haciéndose de su propia Biblioteca personal
- Asiste regularmente a las clases y participa activamente en ellas
- Responde con las calificaciones de acuerdo a su coeficiente intelectual superando normalmente todos los exámenes.
- Manifiesta aprecio por todo tipo de manifestaciones culturales, asiste con frecuencia a esas actividades y participa activamente
- Se interesa por su propia cultura y sus elementos filosóficos propios
- En diálogo y discusión de temas sabe escuchar, discutir, argumentar y se manifiesta abierto.

Para los cursos de teología

a) *Objetivos específicos para el área intelectual*

- profundizar en el estudio de los principales tratados de Teología, adquiriendo así una visión integral del misterio de Dios en Cristo y en el Espíritu santo, de la Iglesia y los sacramentos, del hombre según la visión cristiana.
- formación de un futuro pastor que aplique sus conocimientos teológicos
- fomentar la lectura y reflexión de los libros de consulta para tener así una visión más amplia y complementaria de la materia
- ampliar el horizonte cultural en orden a conseguir una mayor comprensión del hombre y la sociedad, tanto universal como nacional
- ayudarlo a incorporar en su vida y a gustar de todo tipo de manifestaciones culturales y artísticas, como forma de modelar y elevar su espíritu

- incorporar el hábito del estudio y la investigación en orden a tener una mejor preparación para su misión específica
- superar convenientemente todos los exámenes
- aprender algún idioma extranjero que le permita ampliar su lenguaje
- estudiar y valorar los elementos más propios y característicos de su cultura y busca tener una visión de nuestra historia eclesial, de nuestro patrimonio cultural-eclesial.
- aprender a ir inculturando las enseñanzas católicas

b) *Medios y actividades para conseguir los objetivos específicos:*

- Asistencia regular y participativa en las clases
- Dedicar todo el tiempo asignado al estudio desde el inicio del curso
- Lectura de los libros o manuales propios de cada asignatura; lectura de libros de consulta y complementación de las asignaturas
- Consulta y lectura de artículos de las revistas de teología...
- Participación en acontecimientos culturales y artísticos; semanas de teología, debates de cuestiones que son discutibles
- Semana cultural, conciertos, cine o videos debate, etc.
- El trabajo pastoral durante el curso y el de las vacaciones en la diócesis como medios de ir conociendo la realidad pastoral y de ir aplicando sus conocimientos.
- Publicación de una revista de teología, de artículos; confección de murales con presentaciones de cuestiones teológicas

c) *Indicadores del nivel de madurez intelectual*

- Acude normalmente a clase
- Se presenta normalmente a los exámenes sin retrasar su participación y los aprueba de buena manera y según su propio nivel y capacidad
- Se interesa por los nuevos textos que se presentan; frecuenta la Biblioteca y va haciéndose de su propia biblioteca personal
- Gusta de conversar frecuentemente sobre temas de teología y desea compartir sus inquietudes intelectuales con los demás
- Se muestra interesado y sensible a las manifestaciones artísticas, culturales; procura participar en ellas según las posibilidades
- Manifiesta su deseo de seguir formándose y ampliar sus conocimientos, más allá de su etapa del Seminario

- En las conversaciones sabe estar a la altura y participa con sus ideas, manifestando un espíritu delicado y se muestra respetuoso de las opiniones ajenas.
- Mediante la investigación para la disertación escrita (Tesina) expresa su interés, su investigación y su gusto personal por un tema teológico.
- Sabe aplicar sus conocimientos teológicos a la realidad pastoral.

Estos no son sino unos indicadores básicos. En cada Seminario hay que ir viendo el tipo de jóvenes que ingresan y conformar el proyecto de acuerdo a esa realidad, sin olvidar los elementos objetivos del Seminario.

Por otra parte hay que recordar la necesidad de una formación global, y específicamente a nivel intelectual de acuerdo al tiempo que nos está tocando vivir, o mejor aún, intentando una mirada prospectiva para detectar los desafíos actuales y próximos que ha de atender el pastor. Estos jóvenes han sido llamados en este tiempo, y en conformidad con él han de responder al Señor so pena de ser infieles a su condición y al Señor que les llamó. No podemos formarlos pensando en nuestro tiempo de Seminario; tenemos que prepararlos para un tiempo que nosotros ya no vamos a ver, ni a experimentar. Por eso en la formación hay que tener una mirada que va del presente hacia el futuro; ser un poco profetas e ir intuyendo los desafíos futuros y prepararlos para saber enfrentarlos con éxito. Los formadores, como Moisés, han de conducir hacia el futuro, pero también, como el mismo Moisés muchos de nosotros ya no entraremos en esa tierra prometida, ya no experimentaremos ese futuro para el cual les preparamos a los Pastores de mañana.

Por otra parte este tiempo que vivimos nos exige superar la superficialidad, la imprecisión, los sincretismos acriticos. La prisa, el resumen, el “zapping” nos presentan muchas veces la verdad en forma parcial, imprecisa y superficial. Este tiempo nos exige un conocimiento en profundidad, con una precisión que evite ambigüedades. Se cuestiona, se duda del Magisterio pero se acepta como verdad de fe lo que se escucha y se ve en TV, radio, diarios, internet. ¿Cuál es el criterio de verdad con el que mucha gente se ha formado? Hoy en día aceptamos muchas veces como verdadero lo que publican

los medios de comunicación social, que son buenos y necesarios para que presenten una opinión, una información desde la óptica del periodista. Escuché un sacerdote criticar el documento “Dominus Iesus”; le pregunté en qué se apoyaba para hacer esa crítica. En los diarios, me respondió. ¡Ni siquiera había leído el documento!

Hay que recordar que el Presbítero es un testigo de la fe de la Iglesia. Aparte de vivirla, la debe presentar con seguridad, sin ambigüedades, sin imprecisiones de manera que el Pueblo de Dios a él encomendado se forme en la fe teniendo las certezas necesarias. La teología no se sitúa en un ámbito aislado, sino articulado dentro de la fe de la Iglesia. La actividad pastoral también. El presbítero debe reconocerse portador de un mensaje y una tarea que no le son propias sino en cuanto encomendados por quien lo ha llamado y enviado por medio de su Iglesia, en ella, para ella y, desde ella, para el mundo.

El presbítero como miembro de la Iglesia ha recibido la misión de hacer presente a Jesucristo (2 Cor 3,3-5), a transparentarlo porque somos una “carta de Cristo”, y continuar la transmisión de su Mensaje. La continuidad con su misión nos exige fidelidad; no predicar nuestro mensaje sino el de Jesucristo y hacerlo con fidelidad (1 Cor 4,1-2).

El Papa Juan Pablo II presentó la fidelidad con cuatro notas características⁸:

1. **Búsqueda.** La primera dimensión de la fidelidad es la búsqueda constante de la voluntad de Dios, de buscar su rostro. Esta búsqueda se hace en el presente, en la realidad actual y de cara al futuro, no al pasado.
2. **Acogida.** Aceptación de la voluntad buscada y encontrada. Hágase... estoy dispuesto. El hombre no comprenderá nunca totalmente bien y con claridad y certeza absoluta, porque en el fondo es una relación entre personas que va madurando poco a poco, en la medida que van caminando juntos. Es aceptar a Jesucristo, el misterio y darle cabida en uno mismo.

8 Juan Pablo II en México, enero de 1979. María la Virgen fiel. No son sus palabras literales pero sí las cuatro características.

3. **Coherencia.** Es el núcleo de la fidelidad, es lo más difícil. Es vivir de acuerdo a lo que se cree, en concordancia con el misterio aceptado. Es evitar toda ruptura entre lo que se cree, lo que se vive y lo que se predica.
4. **Constancia.** Ser coherente toda la vida y serlo sobre todo en los momentos de dificultad, en la tribulación. Ser fiel a Jesucristo buscado, encontrado y acogido durante todos los días, horas y minutos de la vida.

La vida ministerial del presbítero es vida de fidelidad a Jesucristo; pero no sólo a él sino también a los hombres a los que somos enviados. De aquí también surge la necesidad de una formación permanente: para ser fieles a Cristo y a los hombres de nuestro tiempo hace falta ir conociéndolos a ambos cada vez mejor.

La formación intelectual del Seminario es inicial y no terminal. El Seminario le da la formación básica y garantiza que tiene los conocimientos fundamentales de la doctrina cristiana. No es toda la formación necesaria. Uno no se forma intelectualmente de una vez para siempre. La formación intelectual es un proceso dinámico, permanente, caso contrario o el hombre se muere o se convierte en algo, en una cosa. Este dinamismo no ha de desarrollarse únicamente en una etapa de la vida, sino que ha de abarcarla toda, si bien con diferentes matices y exigencias. Ese proceso debe seguir durante toda la vida y son responsables de esto la Iglesia, los Obispos, los presbiterios, y cada presbítero.

Los formadores-profesores

Para la formación inicial son de importancia fundamental los formadores y profesores (o maestros). Cada uno de ellos tiene sus características propias; uno puede ser doctor o licenciado en tal o cual materia pero eso no le habilita para ser profesor. Se debe saber la materia y **saber enseñar**. Me referiré sobre todo al que enseña en aula, sea profesor o formador-profesor. La carencia de formación psico-pedagógica y la formación para ser profesores de Seminarios o Institutos o Facultades de Teología es notable; hasta ahora se carece

de instituciones que se dediquen específicamente a formar profesores⁹. Podría pensarse en una formación para profesores de los Seminarios como la licenciatura que funciona en el ITEPAL para la formación especializada de formadores de Seminarios. No deben olvidar los profesores que en el proceso de enseñanza-aprendizaje es fundamental el desarrollo de habilidades y actitudes ante la vida.

Para la etapa de Introdutorio tendría que ser un *mystagogo* (iniciador en los misterios de la fe), que vive y enseña a vivir la Sabiduría de Dios (1 Cor 2,7). Debe tener una buena base psicopedagógica, ser capaz de transmitir el hábito de estudio y diversas metodologías de estudio. Pienso que debería hacerse talleres con diversas metodologías para que los estudiantes elijan la que les va bien de acuerdo a su personalidad.

En la etapa de filosofía, aparte de conocer bien la filosofía y los autores actuales, debería ser capaz de enseñar a pensar y a fundamentar los criterios de veracidad. “¿Es más importante enseñar a filosofar que informar a los alumnos sobre los contenidos de los grandes sistemas filosóficos? Fue Kant quien primero planteó el dilema de si lo más importante en la docencia universitaria es transmitir contenidos o bien si el fin que primero debe proponerse el maestro es enseñar a pensar, ejercitar a los alumnos en los hábitos característicos de una metodología moderna”¹⁰. En filosofía se estudian muchas materias que parecen absolutamente abstractas y muy poco “útiles” para la pastoral, según la percepción de los seminaristas, sin embargo el profesor de filosofía no debe olvidarse que mientras “más se ocupe uno de cuestiones especulativas y abstractas, más es necesario educarse en el sentido concreto”¹¹. No es un pensar al vacío, abstracto; es pensar para el diálogo con los demás. En la filosofía “tenemos que pasar de un puro pensamiento pensante a un pensar dialogante”¹².

9 Cf. RUBIO PARRADO, L. «Formación de los formadores de seminarios», *Seminarios* 131 (1994), p.51.

10 ODERO, J. M., «Enseñar teología-enseñar a pensar teológicamente» en AA.VV. *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. XI Simposio Internacional de Teología*. Pamplona 1990, p 853.

11 CUELLAR ROMO, R., «La formación sacerdotal hacia el tercer milenio», *Seminarios* 156 (2000), p.155. Un artículo muy bueno y recomendable, tanto para el formador como para los seminaristas.

12 «ROSENZWEIG, F. *Das Neue Denken*, Berlin 1937, pag 378s. Citado por: WITTSCHIER, Sturm-M^a, *Antropología y teología para una educación cristiana responsable*. Santander 1979, p.18.

Semanas o talleres donde se planteen problemas contemporáneos sobre cuestiones filosóficas pueden ser unas experiencias interesantes para los seminaristas.

Para la etapa de teología el profesor “no puede limitarse a aportar en sus clases materiales documentales sino que ha de esforzarse en enseñar a pensar y a repensar los diversos temas de su asignatura desde la fe, planteándolos de nuevo en toda su viveza”¹³, con una orientación pastoral que ayude a los seminaristas a pensar en el “aterrijaje”, en la practica pastoral de la teología. Debe hacer lo posible para que los seminaristas se familiaricen y adquieran el hábito de pensar teológicamente en base a la Escritura, los Padres, el Magisterio y las razones teológicas, de manera que en su vida de presbíteros sepan afrontar los problemas que se les presenten (teóricos y prácticos) con una mentalidad teológica, cristiana, es decir, con una inteligencia iluminada por la fe.

“Tanto en el caso de los alumnos que en el futuro van a dedicarse a la investigación teológica como en el de aquellos que van a centrarse en otras tareas pastorales ha de proponerse este objetivo durante sus años de formación teológica. En efecto, la continua evolución de situaciones y problemas que caracteriza al mundo actual exige de todo cristiano – y también con más razón de los sacerdotes – una gran vitalidad intelectual, pues esas situaciones y problemas no pueden ser aclarados de modo satisfactorio meramente con la aplicación automática de reglas manidas. Cada problema exige ser entendido en sus concretos presupuestos, iluminándolo desde la riqueza luminosa de la fe cristiana”¹⁴.

Un profesor hoy debe poder hacer uso de la internet. Se plantea una cuestión seria en los Seminarios porque en internet se recibe de todo. Quizás tener algunas computadoras en la biblioteca, con horarios determinados y un profesor que indique los “sitios” en los que se pueden tener artículos, libros, noticias eclesiales. El Vaticano tiene su sitio propio y casi todas las Conferencias episcopales unas páginas.

13 ODERO, J.M., Art.Cit. págs. 855-856.

14 ODERO, J.M., Art. Cit. p. 855.

A los estudiantes les cuesta sentarse a leer un libro, pero se pasan horas en internet. De hecho no se concibe hoy en día un profesor ni un estudiante de teología que no manejen la computadora; esto exige al Seminario el planteo de un laboratorio con computadoras para que los estudiantes puedan hacer uso de ellas.

Tanto los profesores de filosofía como los de teología deben estimular a sus estudiantes para que hagan investigaciones bibliográficas sobre determinados temas, ver que puedan estudiar en grupos y que los planteos de la investigación tengan habitualmente una aplicación pastoral posible.

Formación para el ministerio presbiteral

Inicialmente (en los años del postconcilio) se hablaba de un proyecto de formación de los presbíteros como “un reciclaje” (término horrible: los residuos se reciclan pero no las personas), una “puesta al día” (aggiornamento), hasta que se llegó, felizmente, al concepto de la formación permanente del clero (o de los presbíteros); pero en este proyecto no se contemplaba, habitualmente, la perspectiva global de toda la formación sino que era un plan para responder a ciertas inquietudes o necesidades más urgentes. Hoy en día ya se están haciendo planes de cinco o seis años de formación de los presbíteros en algunos países, pero desconocemos un proyecto de formación intelectual global que abarque desde el Seminario hasta toda la vida del presbítero. La formación permanente “es la continuidad natural y absolutamente necesaria de aquel proceso de estructuración de la personalidad presbiteral iniciado y desarrollado en el Seminario” (PDV 71).

¿Qué entendemos por formación permanente? De entre las diversas concepciones me agradó la presentada por la asamblea conjunta de los Obispos y Sacerdotes del año 1971:

“Entendemos la formación permanente como una actitud y un compromiso personal que nos obligan:

- a conocer las realidades humanas, especialmente los valores y corrientes socio-culturales que más influyen en el pensamiento y la conducta de los hombres de nuestro tiempo;

- a profundizar en la Palabra de Dios, el Magisterio y la teología e interpretar a su luz el acontecer humano;
- a revisar continuamente nuestras actitudes personales y actividades pastorales para adaptarlas siempre a las exigencias del Mensaje y a las necesidades de aquellos a quienes somos enviados”¹⁵.

Se plantea, por tanto una actitud y sabemos que la actitud no es fácil de lograrla. Pero “no puede ser una mera actitud, que podría decirse ‘profesional’, conseguida mediante el aprendizaje de algunas técnicas pastorales nuevas. Debe ser más bien el mantener vivo un proceso general e integral de continua maduración, mediante la profundización, tanto de los diversos aspectos de la formación – humana, espiritual, intelectual y pastoral -, como de su específica orientación vital e íntima, a partir de la caridad pastoral y en relación con ella” (PDV 71). Se trata de nuevo, como en el Seminario de un planteo integrador de todas las dimensiones, aunque planteemos la formación intelectual.

¿Cuáles suelen ser los impedimentos para la formación permanente? Las dificultades para la formación permanente proceden de varios ámbitos; no pretendo agotar los argumentos; presento algunos que escuchamos ordinariamente en las reuniones del clero:

- La falta de una pedagogía y métodos adecuados para seguir formando a presbíteros de distintas edades. Son “rollos” aburridos y cansadores, soporíferos.
- La falta de medios personales (profesores) como materiales (dinero, revistas, libros, etc.)
- La falta de tiempo. Estamos todos sobrecargados de actividades.

15 Asamblea conjunta obispos-sacerdotes. Historia de la Asamblea. Discursos. Texto íntegro de todas las ponencias. Propositiones. Conclusiones. Apéndices. Madrid, B.A.C. 1971, págs. 619-620.

- No se aprende nada nuevo; nos repiten lo mismo que en el Seminario.
- Son “cursitos”, conferencias pero no existe un programa de formación permanente para saber a dónde vamos.
- Tenemos una “pereza mental” (cf. PDV 80), nos conformamos con lo aprendido en el Seminario.
- Son siempre los mismos profesores que no aburrieron en el Seminario.

Esto requiere de nuestra parte una continua conversión.

¿De dónde procede la necesidad de la formación permanente?
Proceden de diversas perspectivas:

- a. **La motivación personal.** Como persona insatisfecha que siente necesidad de seguir creciendo en su dimensión intelectual. Siempre hay algo nuevo que aprender y nadie está formado intelectualmente de una vez para siempre. En el fondo es la motivación vital, que se puede descubrir a nivel personal o con una profundización en la antropología. Sería interesante, mediante la psicología evolutiva contemplar las necesidades intelectuales de los presbíteros para ir respondiendo mejor a sus necesidades específicas desde la formación permanente. El presbítero debe permanentemente renovarse y reavivar el carisma recibido en la ordenación (cf 2 Tim 1,6). “Es una exigencia de la realización personal progresiva, pues toda la vida es un camino incesante hacia la madurez, y ésta exige la formación continua” (PDV 70).
- b. **La motivación de la fe.** El Presbítero es un hombre que vive su fe y es a la vez un testigo de la fe de la Iglesia. En la vivencia de su fe se van produciendo, muchas veces, crisis personales por un desfasaje entre la crisis de certeza en relación con los conocimientos aprendidos durante su formación en el Seminario, o un desfasaje entre su crecimiento o no en la fe y la falta de conocimientos teológicos actualizados. Hay un crecimiento en

la fe al que debe acompañar una madurez personal y una formación teológica actualizada, que responda a las necesidades que surgen de su fe y de su madurez. Pero por otra parte el presbítero es también testigo de la fe de la Iglesia y no sólo debe vivir de esa fe sino que debe enseñarla, explicarla al Pueblo de Dios con una seguridad y una pedagogía actualizada. Tiene que ser capaz de interpretar correcta y adecuadamente esta fe desde la situación y experiencia propia y de su comunidad a la que sirve como presbítero. La PO 19 poniendo el acento en la formación intelectual recomienda que los presbíteros “perfeccionen adecuadamente y sin interrupción su ciencia acerca de las materias divinas y humanas”.

- c. **Motivación pastoral.** En su accionar pastoral ejerciendo su ministerio cultural-santificador, de evangelización, de dirección, como servidor de la comunidad, se da cuenta que debe actualizarse hasta en el lenguaje para que su ministerio sea más eficaz. Métodos pastorales que deben ser actualizados, nuevos movimientos laicales de la Iglesia, el desafío de las sectas y de los nuevos movimientos, la pastoral de conjunto, nuevas formas de llevar una Parroquia, la página parroquial en la internet, el uso de la computadora en la pastoral y en la Parroquia, la asistencia a los divorciados vueltos a casar civilmente, etc. Son sólo unos pocos ejemplos que plantean la necesidad de seguir formándose. “Alma y forma de la formación permanente del sacerdote es la caridad pastoral” (PDV 70).
- d. **Motivación que procede de las ciencias.** El progreso de las ciencias hacen que sea necesaria una formación intelectual permanente. La clonación, los descubrimientos de la microbiología, la presentación del genoma humano, la experimentación genética, por ejemplo, son temas de los cuales hace falta tener un conocimiento básico para saber plantear los aspectos que colisionan con nuestra fe, con nuestros principios morales.
- e. **Motivación social-cultural.** Vivimos insertos en un mundo que tenemos necesidad vital de conocerlo, de comprender especialmente su proceso de evolución social, cultural, técnica, ideológica, etc. El mundo globalizado avanza, los medios de comuni-

cación social hacen que todo se vea y conozca al instante; es importante que el presbítero tenga una visión actualizada del conjunto de movimientos socio-culturales, ideológicos y económicos que más influyen en este dinamismo del mundo y su orientación. Debe conocer la realidad local, nacional e internacional; este conocimiento de la realidad le irá dando una capacidad de participar y ser corresponsable en el avance del mundo según el designio de Dios.

- f. **Motivación eclesial.** En este mundo en movimiento y dinámico esta inmersa la Iglesia. Ella no es indiferente a lo que sucede en el mundo. Este mismo dinamismo se está dando en la Iglesia; el dinamismo es la acción del Espíritu santo que va suscitando nuevos movimientos, estructuras más evangélicas, nuevas formas de evangelización. El presbítero es parte de la Iglesia, la hace visible, es enviado por ella y por lo tanto debe ir conociendo cada vez mejor ese dinamismo que se da en ella.

Sin pretender agotar el tema creo que estas motivaciones nos hacen ver la necesidad urgente de la formación permanente.

¿Quién es el responsable de esta formación permanente? El proceso es personal y comunitario (P.720). Supone una responsabilidad personal; cada uno debe interesarse por seguir formándose en la medida de sus posibilidades si en la diócesis no existe un programa de formación permanente. Pero es también responsabilidad del Obispo y su presbiterio.

En la CD 16 se recomienda a los Obispos que promuevan y cuiden de la formación de los sacerdotes y a este fin favorezcan instituciones e instauren reuniones de formación.

Creo que la formación permanente debe establecerse institucionalmente: el Obispo en la diócesis o la Conferencia episcopal (regional o nacional). Se podría plantear lo siguiente:

1. Hacer un proyecto de formación que contemple varios años, pero no más de diez años. Ver en dicho proyecto la formación necesaria para los diáconos, para los presbíteros en los cinco

primeros años, de cinco a quince años, de más de quince años de ministerio y de los que pasaron treinta años. La división en edades puede variar, pero esto es importante para satisfacer las necesidades de formación que se necesita y en conformidad con la psicología evolutiva.

2. Formar un Equipo multidisciplinario de presbíteros que puedan acompañar el proceso de formación permanente. Dicho equipo puede estar en un local determinado donde acudan los presbíteros o puede ser un equipo que vaya a cada diócesis y localmente realicen el proceso de acompañamiento, enseñanza y orientación.
3. Que cada diócesis se suscriba al menos a diez revistas de teología multidisciplinar (moral, teología, biblia, pastoral, homilética, catequética, espiritualidad, derecho canónico, filosofía) que puedan estar en una biblioteca a la cual tengan acceso los presbíteros. Se puede incluso pensar en fotocopiar algunos artículos y enviarlos a los presbíteros. Igualmente se pueden “bajar” de internet artículos y multiplicarlos para los presbíteros.
4. Se puede pensar en una institución (Facultad, Instituto, Seminario) que ofrezca clases de formación permanente tres días de la semana (martes, miércoles y jueves); especialmente para los más jóvenes. Cabría la posibilidad de otorgar algún título.
5. Podría pensarse en liberar al menos durante seis meses a los presbíteros después de un cierto tiempo de ministerio para que puedan hacer determinados cursos.
6. Podría pensarse en decanatos o sectores de sacerdotes que se reúnan una vez por semana para formarse intelectualmente en base a un programa, algunos artículos o algún texto común preparado para el efecto.
7. Podría pensarse en un trabajo más personal. Preparar un texto para el efecto que responda a los criterios de la formación permanente y enviarlo a cada presbítero.

8. En todos los casos habría que prever una evaluación, ya sea personal como comunitaria.

Pueden plantearse otras muchas alternativas de acuerdo al país o a la región; en esto no hay fórmulas mágicas. Hay que ensayar y seguir la que mejor se adecua al presbiterio.

Sin embargo la formación permanente tendría que tener en cuenta algunos criterios comunes y básicos. Creo conveniente que la formación permanente sea:

- **personalizada.** La formación permanente debe adecuarse y tener en cuenta las peculiaridades de las personas, sus necesidades y posibilidades. La formación permanente debe adaptarse a los presbíteros y no al revés.
- **autoformativa.** Es imprescindible la colaboración del presbítero en la formación permanente; tiene que querer formarse por autoconvencimiento no por imposición. Se requiere su colaboración libre para que el acto de formación sea responsable.
- **realista.** La formación permanente debe responder a necesidades sentidas, vividas por el presbítero. Esa necesidad puede provenir de su persona, de sus intereses vitales o de su actividad pastoral. No repetir lo que ya sabe o repetir lo que se le enseñó en el Seminario.
- **metodología activa.** En la formación permanente no se puede pretender que el presbítero se siente pasivamente a escuchar. Se deben buscar métodos activos donde el presbítero tenga que participar, investigar, buscar respuestas.
- **pastoralista.** Que el presbítero vea que la formación permanente le ayuda a nivel personal y a nivel pastoral. No darle una "receta pastoral", sino hacer que pastoralice lo aprendido. Un ejercicio concreto puede ser pedirle que aplique a un proyecto pastoral tal o cual cosa teórica aprendida.
- **espiritual.** Que sienta que la formación permanente le ayuda a vivir mejor su ministerio, a volver "a su amor primero" (cf. Ap. 2,5), que se sienta renovado en su espiritualidad.

Pienso que son unos criterios generales aunque nos los únicos; estos me parecen importantes tenerlos en cuenta a la hora de hacer un programa de formación permanente.

La formación permanente debe ayudarnos a vivir más plenamente nuestro ministerio con alegría, confianza, seguridad; nos debe ayudar a profundizar cada día más nuestra vocación y crecer en la fe; nos debe ayudar a ser mejores evangelizadores para hacer, con la gracia, más eficaz nuestro ministerio, sin olvidar que esta formación debe abarcar todas las áreas de nuestra vida.

Que la formación presbiteral nos ayude a vivir “por El y para El” (Col 1,16) para que podamos servir como El (cf.Mc.10,41-45) y en el momento del último aprendizaje de nuestra vida podamos decir: “Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer” (Lc.17,10).

Dirección del autor: e-mail:migiwe@pla.net.py

Desafíos del pastor y
su formación inicial;
el ser y quehacer del
seminario de mañana

*Conclusiones de la XVI Asamblea
de la Oslam*

*México D.F. del 28 de octubre al 3 de
noviembre de 2001*



Primera parte: Desafíos del pastor y su formación inicial

a) *Desafíos sobre el ser y quehacer del pastor*

Constituye un desafío descubrir y vivir que:

1. El ser del pastor se arraiga en una experiencia renovada de encuentro con Dios en Cristo, la cual se ha de lograr en la Palabra, en la Eucaristía y en la Comunidad. El quehacer será fruto y consecuencia de este ser-en-Jesucristo Buen Pastor.
2. El ser del pastor se sitúa en la dinámica del Espíritu que todo lo renueva y que abarca toda la vida, mediante el cual ha de ir adquiriendo los criterios del evangelio, que lo lleven una disponibilidad total para la misión.
3. El Ser del pastor se establece y desarrolla a partir de la experiencia fundante del llamado, pero ha de seguir madurando, renovándose en el “amor primero”, a través de la formación inicial, primeramente, y en la formación permanente, luego (Ap. 2,4-5).
4. Para comunicar la fe, el pastor ha de ser antes un creyente, un oyente de la Palabra, un testigo del Misterio. Ser discípulo antes de ser apóstol.
5. El pastor ha de amar intensamente al hombre concreto, en su cultura y situación. Sabrá descubrir y valorar las “semillas del Verbo”.
6. El pastor asumirá vitalmente en su espiritualidad y en su ministerio las palabras de Jesús: “No he venido a condenar sino a salvar”.



7. La condición del ser del pastor es estar dispuesto cuando Dios lo llama y una vez aceptada la llamada tener la disposición para, “dejándolo todo”, seguirlo, comprometer la vida, dar la vida.
8. El quehacer del pastor dependerá eficazmente de esa experiencia amorosa y gozosa con el Señor.
9. El pastor es un ser en relación, lo cual lo compromete a ser con otros (ser en comunidad) y trascender abriéndose al Otro, quien amándolo llena su ser.

b) *Desafíos sobre la comunidad educativa del seminario en su conjunto*

(Comunidad educativa y contexto social y eclesial)

10. Asumir que vivimos “un tiempo que se ha definido no tan sólo como *una época de cambio...* sino más bien como *un cambio de época*”, que se manifiesta en todos los ámbitos de la vida, pero particularmente en la globalización de la economía, de la política y de la cultura, además en el impacto de la cibernética y de los medios de comunicación social. El seminario debe entrar en ese proceso de cambio con sabiduría y prudencia, sin dejarse seducir por la mentalidad consumista y superficial del mundo actual sino dispuesto a responder a las exigencias y aspiraciones más profundas y auténticas de la sociedad humana formando a los pastores del nuevo milenio.
11. Es importante que el seminarista descubra que el mundo a evangelizar es mucho más amplio que los límites de la parroquia o los ambientes eclesiales, por ello se le debe formar sólida y ampliamente, de modo que logre superar los complejos y la inseguridad que otros ambientes puedan provocarle.
12. El seminario es parte de una iglesia particular, con sus gozos y tristezas, angustias y esperanzas. En el proceso formativo debemos recuperar la eclesiología del Vaticano II con su ulterior desarrollo, y destacar la teología y el significado de la Iglesia

□

Particular como horizonte eclesiológico del tercer milenio. La eclesiología que se ha de vivir y enseñar en el Seminario encuentra su fundamento en el misterio trinitario, se hace histórica y visible en el Pueblo de Dios y enriquece su ser en la comunión.

13. El seminario debe ser un modo original (originante) de vivir el misterio de la Iglesia comenzando por el “conviértanse y crean en el Evangelio” y no presuponer esta verdad, afin de que los seminaristas asuman las actitudes de hombres en camino de consagración.
14. Hemos de asumir una antropología acorde con la eclesiología del Vat. II, tal como ha sido planteada en *Gaudium et Spes*.
15. Mantener una actitud de diálogo con toda la comunidad cristiana para saber cómo perciben el Seminario y su proceso formativo.
16. Mantener la comunicación viva y sentida del seminario con los grandes problemas de la gente.
17. Apuntar a una renovación de las estructuras del Seminario para que el candidato crezca en su entusiasmo y entrega por seguir a Jesucristo en el ministerio sacerdotal.

(Equipo de formadores)

18. El obispo es el primer responsable de la formación de su presbiterio, por lo tanto su presencia en la vida del Seminario es importante, tanto para los seminaristas como para el equipo formador.
19. Constituir equipos de formadores estables, integrados y heterogéneos. Han de realizar una verdadera experiencia de unidad y fraternidad sacerdotal que sea signo y testimonio para los seminaristas y el presbiterio diocesano. Se les debe facilitar la realización de sus propios ejercicios espirituales y experiencias de “aggiornamento”.
20. El Equipo formador ha de ser escuchado y atendido en sus demandas, apoyado y animado en sus decisiones, por el obispo y todas las instancias diocesanas.

21. El equipo formador ha de tener su espacio para la oración, la recreación y la formación permanente, de modo que quienes lo conforman puedan crecer y madurar en la vivencia de su ministerio sacerdotal al servicio de la formación.
22. Diferenciar las tareas de formador y profesor sin olvidar que ambos inciden en la formación del pastor. Los profesores han de buscar enlaces y aterrizajes de sus respectivas materias a la pastoral ya sea como aplicaciones prácticas o como principios rectores de la acción pastoral.
23. Que el criterio para constituir un equipo de formadores esté prioritariamente en función de la formación. Al elegirlos se debe contar con su disponibilidad, consultar con el Rector y demás formadores.
24. Liberar al formador de cargos pastorales fuera del seminario.
25. Que el formador cuente con una remuneración suficiente.
26. Que los nombramientos de los formadores sean para un período determinado. Que se garantice continuidad, aún cambiando el Equipo

(Infraestructura del seminario)

27. Que la estructura organizativa del seminario responda a un criterio formativo.
28. Que sea respetada la legítima autonomía del Seminario en bienes económicos, que cuente con recursos suficientes para asegurar la formación integral del seminarista y formadores. Que el funcionamiento del seminario esté garantizado por un presupuesto real.

(Pedagogía y proyecto educativo)

29. El seminario debe ser una comunidad evangelizada y evangelizadora.



30. Hacer un proyecto educativo global, de acuerdo a la Ratio Nationalis, con una metodología participativa donde se especifique la misión institucional del Seminario, las líneas estratégicas para las dimensiones, y se concrete en proyectos específicos. Un Proyecto encarnado en la realidad histórico-sociocultural del país, que respete la gradualidad, que conste de objetivos, contenidos y criterios específicos para cada etapa de formación y que todos los agentes (formadores, seminaristas, etc) estén en sintonía con el mismo y se involucren en él. Un Proyecto que logre sensibilizar a los agentes de pastoral de tal manera que sea asumido en corresponsabilidad por toda la Iglesia particular.
31. Que la comunidad educativa sea coherente, viva la experiencia de comunión, solidaridad, etc., es decir los valores del Evangelio.
32. Todos sabemos qué comunicar o transmitir en la tarea formativa, pero nos falta saber cómo; es decir contar con una mediación pedagógica adecuada y acorde con la realidad social y personal de los candidatos. El Concilio nos da los elementos de una antropología conforme al evangelio y una eclesiología adecuada al proyecto de Jesucristo y de la primera Iglesia. Debemos saber cómo implementarlo.
33. Tener en cuenta en la formación los medios técnicos (computación, Internet) la cuestión del lenguaje, los símbolos y las imágenes propios de los jóvenes. No cerrarse a las nuevas herramientas de crecimiento humano.
34. Un reto permanente será, cómo hacer de la pedagogía de Jesús (pobre, servidor, solidario con su gente) un proyecto educativo que forme a un pastor que sirva en el mundo y en la Iglesia. Cómo formar personas y sacerdotes consistentes en medio de la inseguridad y el relativismo que nos rodea.
35. Cómo ir eliminando el clericalismo que impide la corresponsabilidad de toda la comunidad en la evangelización. Los laicos muchas veces están muy preparados y el joven sacerdote no sabe trabajar con ellos.



36. Ante la pobreza que aumenta, ayudar a los jóvenes a no caer en el aburguesamiento ni en el radicalismo ideológico que los puede llevar a ser más promotores sociales que pastores, sin embargo habrá que formarlos para que sean promotores de un proyecto de sociedad más justo, fraterno y solidario. El desafío es para toda la comunidad educativa del seminario, comenzando por los formadores.
37. Lograr involucrar a la persona, a los laicos, a la mujer en el proyecto educativo.
38. Favorecer la integración equilibrada entre las dimensiones de la formación, capaz de asimilar una visión integral de la persona en el crecimiento de su vocación.
39. Propiciar un ambiente de autoformación en el que el seminarista, protagonista de su formación, vaya creciendo en libertad y responsabilidad.
40. Una formación que tenga presente los carismas personales para asegurar en el candidato un eficaz crecimiento.
41. Lograr formar desde las entrañas, esto es favorecer que se asuman las cosas desde dentro.
42. Una evaluación continua del proceso formativo.
43. Tener en cuenta el valor de la familia en el proceso formativo. Una relación cercana y serena entre el seminario y la familia del seminarista es muy valioso. Es importante que los formadores visiten las familias de los formandos para integrarlos en el proceso educativo porque la familia es agente de formación.

c) *Desafíos sobre la dimensión humana en particular*

44. Ayudar a que cada seminarista logre un auténtico conocimiento y aceptación de su realidad personal como parte de su proceso formativo.



45. Formar hombres integralmente: con capacidad de vivir y de trabajar en común, con capacidad de diálogo, virtudes humanas básicas, conscientes de su dignidad humana, que conozcan y valoren su cultura.
46. Educar en la asimilación e interiorización de la dimensión humana, ayudando a formar personas veraces, sinceras y honestas.
47. Ponderar el criterio de la austeridad de vida formando en la capacidad de usar responsablemente los bienes.
48. Para el crecimiento humano afectivo, apoyar la maduración de la vida en castidad para asumir el carisma del celibato en el marco del proyecto de vida sacerdotal.
49. Educar virilmente a los jóvenes evitando los amaneramientos.
50. Incorporar a la mujer en el proceso de formación sacerdotal, dándole su importancia en la maduración afectiva y educar a los seminaristas en el trato normal y prudente con ellas.
51. Educar en la libertad y para la libertad desde la responsabilidad y de acuerdo a los valores evangélicos.
52. Cuidar la salud física, la higiene y la alimentación.
53. Saber valorar, usar y cuidar el entorno ecológico.
54. Desarrollar suficientemente el sentido de la urbanidad y la educación cívica, así como también la capacidad de autocrítica y la práctica de la corrección fraterna.
55. Ante la problemática familiar de muchos seminaristas, la formación debe propiciar la sanación de traumas y favorecer un ejercicio sano de la autoridad frente al pueblo y en relación con el obispo.
56. Asumir la situación familiar, su origen y su condición social sin desarraigarse de su núcleo familiar ni de su cultura.



57. Ofrecer un acompañamiento personalizado, brindando tiempos de encuentro personal.

d) *Desafíos sobre la dimensión espiritual en particular.*

58. Frente al acento eclesiológico de la Iglesia-misterio, que hace del sacerdote vértice del diálogo entre el mundo y el misterio, es indispensable que el sacerdote sea el primero en tener la experiencia profunda de ese misterio.
59. Hacer que el seminario sea un centro evangelizador donde el formando vaya hundiendo su ser y su hacer en Cristo.
60. El seminarista ha de madurar en la conciencia que su vocación también es misionera y debe vivirla desde el seminario con creatividad, disponibilidad y generosidad, para ser enviado donde la misión de la Iglesia lo necesite.
61. Generar procesos para que el candidato al presbiterado madure en una espiritualidad trinitaria en relación con el Padre amoroso, a través del seguimiento radical de Jesucristo, abierto a las mociones del Espíritu; eclesial, arraigada en la Tradición y en la vida de la Iglesia local; encarnada, facilitando la lectura y el discernimiento de los signos de los tiempos en la cultura de hoy.
62. Iniciar a los seminaristas en un contacto personal con el Señor en el silencio interior y exterior.
63. Favorecer desde el inicio del proceso formativo un crecimiento en la soledad apacible que le permita al seminarista ser hombre de silencio creativo y de oración personal.
64. Es necesario que la formación espiritual tenga en cuenta la formación integral, la dimensión específicamente espiritual y el plan de vida personal que el muchacho debe confrontar constantemente con sus formadores.
65. Se debe insistir en la espiritualidad diocesana. Llegar a vivirla con entusiasmo.



66. Generar un proceso pedagógico para ayudar al seminarista a crecer y madurar en la vida teológica, para que el sentido de fe vaya estructurando su vida y su persona.
67. Los seminaristas ingresan con entusiasmo y generosidad, pero a medida que avanzan en el seminario se van quedando enredados en pequeñeces. Se nos plantea el desafío de hacer que sigan aspirando siempre a una vida verdaderamente evangélica.
68. Crear en el Seminario ambientes y estructuras que posibiliten el encuentro personal con Cristo que convierte y hace vivir en comunión y solidaridad.
69. La vida litúrgica del seminario ha de ser más dinámica, creativa, encarnada y festiva, en sintonía con la vida de la Iglesia y la realidad de los pueblos.
70. Una espiritualidad que haga presentes la mística y la ascesis: gustar el encuentro con Dios y asumir las exigencias del ministerio.
71. Tener en cuenta que los partícipes en la formación son todos los miembros de la Iglesia, no sólo los formadores del seminario.
72. Un desafío: vivir la mística en comunidad, una espiritualidad comunitaria. Vivir la espiritualidad en presbiterio, en profunda comunión con la Iglesia particular.
73. Hacer gran hincapié, ya desde el seminario, en el sentido del presbiterio. Que la formación prepare para vivir en presbiterio como una dimensión constitutiva de su espiritualidad.
74. Ayudar a crecer en un amor apasionado por el mundo, a semejanza del amor del Padre, que tanto amó al mundo que entregó a su propio Hijo.
75. Una espiritualidad sólida que permita vivir el amor célibe en la caridad pastoral movido por los valores del Reino





e) *Desafíos sobre la dimensión intelectual en particular*

Se debe trabajar para que en el seminario se:

76. Cultive el verdadero interés e inquietud intelectual, sabiendo que nuestros jóvenes, y en general nuestra gente, no sigue largos discursos o lenguaje incomprensible para nuestra cultura. Por ello debemos evitar el academicismo.
77. Provea la estructura de pensamiento a través de algún método (cf. Método de D. Feurestain u otro). Y así ofrecer remedios a las diversas deficiencias académicas o intelectuales de los seminaristas.
78. Cree conciencia de que la pastoral requiere una reflexión seria y profunda.
79. Haga conscientes a los formadores y profesores que deben tener una adecuada formación pedagógica, psicológica, etc., pues no basta conocer sus responsabilidades o su materia de especialización.
80. Los formadores, no sólo los seminaristas, conozcan y sepan usar los medios modernos de comunicación, para educar en su uso adecuado.
81. Fomente la honestidad intelectual de los estudiantes, para que su trabajo sea serio y auténtico.
82. Cuide la relación entre los institutos y los seminarios allí donde los centros de estudio son independientes de los seminarios, para no descuidar la síntesis y relación que debe haber entre lo intelectual lo pastoral y demás dimensiones de la formación.
83. Tenga claro qué se quiere formar, si pastores que saben hacer teología o teólogos que hacen pastoral.
84. Para lo anterior ya en el seminario se debería ir distinguiendo las capacidades de cada uno y ver quien sirve para qué ministerio, incluso el de formador, profesor, etc.





85. Reevalúe el *pensum* para ver si es necesario introducir otras ciencias, también humanas, que hoy vemos más necesarias, así como valorar la recta relación entre filosofía y teología, para propiciar el diálogo con la cultura. Que los mismos profesores sean conscientes de esa relación y necesidad.
86. Promueva una educación personalizada y para ello revalorizar la figura y función del director de estudios, no como algo meramente administrativo, sino como una especie de director espiritual en lo académico.
87. Reconozcan los valores educativos de otros elementos que no son precisamente los académicos (por ej. la familia, la convivencia fraterna, etc.).
88. Busquen los medios para atender adecuadamente las crisis producidas por algún motivo intelectual.
89. Desarrollen las pautas para discernir y enfrentar las vocaciones adultas de quienes vienen incluso con sus estudios filosófico-teológicos ya hechos.

f) Desafíos sobre la dimensión pastoral en particular

90. Recomendar y promover candidatos a estudio de especialización (licenciatura-doctorado). Un clero formado tendrá más apertura al diálogo Iglesia Mundo.
91. Propiciar en el proceso formativo del seminario, particularmente en los últimos años, una adecuada transición al presbiterio y a la vida diocesana.
92. Hacer que la experiencia pastoral dinamice las otras áreas de formación.
93. Acompañar personalmente la acción pastoral del seminarista para que aprenda a mirar, leer e interpretar la realidad “con ojos y corazón de pastor”, adquiera sensibilidad pastoral y apertura frente a la realidad.



94. Procurar que los seminaristas, en el transcurso de su formación, hagan experiencia de los diversos servicios que existen en la pastoral.
95. Ayudar a crecer en sensibilidad, poniendo en contacto con las pastorales especiales.
96. Formar en apertura, en actitudes frente a lo nuevo, ya que en y desde el seminario no todo se puede aprender ni prever.
97. Contacto fluido con la pastoral de su diócesis.
98. Incidencia gradual del nuevo presbítero en la pastoral diocesana.
99. Conocimiento permanente de la realidad nacional y mundial.
100. Que sin diluir lo específico de cada área, la “formación del pastor” sea el núcleo unificador del proyecto formativo, y que las estructuras, el estilo y las metodologías del seminario respondan con claridad a estos objetivos.
101. Diseñar un itinerario de formación pastoral integral y progresiva, que enfatice el ser del pastor por encima del quehacer.

Segunda parte: El ser y quehacer del seminario de mañana y los temas pendientes de la formación de los pastores

a) *La identidad (estilo y características) del Seminario para la nueva evangelización.*

102. Queremos un Seminario que se construya a partir de aquella identidad que brota del saberse “la familia de Jesús”, en cuanto lugar de escucha del Maestro, vivencia de la palabra y cumplimiento de la voluntad de Dios (Cfr. Mc. 3, 31-35).
103. Queremos un Seminario que busque reproducir el estilo de “la casa de Nazaret”, marcado por un verdadero clima de silencio, de sencillez evangélica, de vida en familia y de espíritu de trabajo (Cfr. Lc. 1, 39 ss).



104. Queremos un Seminario que se inspire y estructure desde el programa de las Bienaventuranzas, el cual ha de ser asumido como criterio fundante y marco referencial de los procesos formativos (Mt. 5, 1-12).
105. Queremos un Seminario que asuma “la experiencia de Cenáculo” en cuanto abierto a la vida y acción del Espíritu, que es el verdadero protagonista de la formación presbiteral (Cfr. Hch, 2, 1ss).
106. Queremos un Seminario que viva la experiencia de las primeras comunidades cristianas, haciendo posible la comunión, la fraternidad y la solidaridad (Cfr. Hch. 4, 32).
107. Queremos un Seminario capaz de promover la experiencia de encuentro con el Dios de Nuestro Señor Jesucristo en la escucha atenta de la Palabra, en la vivencia plena de la Eucaristía y en la realidad de la Comunidad.
108. Queremos un Seminario que sea escuela viva de Evangelio, a partir de una comunidad formativa que, evangelizándose permanentemente a sí misma, prepare a los pastores para la Nueva Evangelización.
109. Queremos un Seminario que favorezca la experiencia de una Iglesia que se define a sí misma como misterio, comunión y misión.
110. Queremos un Seminario abierto a la Iglesia y al mundo, capaz de asumir, defender y promover la causa del Reino de Dios, del pueblo en sus aspiraciones más auténticas y del hombre en su dignidad más plena.
111. Queremos un Seminario que ayude a adquirir un lúcido discernimiento crítico de la realidad a partir del evangelio.
112. Queremos un Seminario que sea comunidad de fe, en escucha y diálogo con las sugerencias del Espíritu Santo y con los desafíos que la sociedad y las nuevas realidades culturales plantean.



113. Queremos un Seminario que sea “comunidad educativa en camino” que se construye alrededor del Evangelio, en la implementación de procesos personales y personalizantes y en un clima de fraternidad y comunión.
114. Queremos un Seminario que, mediante el respeto y la confianza, posibilite la transparencia y la disponibilidad al discernimiento.
115. Queremos un Seminario capaz de favorecer “la internalización” de los valores esenciales de la llamada del Señor.
116. Queremos un Seminario abierto y alegre, solidario y comprometido con la misión evangelizadora de la Iglesia en el mundo contemporáneo.
117. Queremos un Seminario que asuma con responsabilidad su papel de ser un centro dinamizador de estudios, de investigación y de orientación socio pastoral, de análisis de la realidad, de profundización del dato teológico, para lograr maduración en la fe e iniciación en una verdadera sabiduría evangélica.
118. Queremos un Seminario capaz de ofrecer una formación personal que lleve a asumir a la Iglesia como “Madre y Maestra” y a saber incidir en la transformación del mundo.
119. Queremos un Seminario que ayude a vivir la pobreza evangélica y a crecer en el amor preferencial por los pobres.
120. Queremos un Seminario que enseñe a convivir con lo diverso, en el diálogo y en el respeto.
121. Queremos un Seminario capaz de educar en la sensibilidad del pastor, en la misericordia, en la compasión, en la búsqueda del alejado.
122. Queremos un Seminario capaz de conducir a los candidatos al sacerdocio a una verdadera síntesis vital.



b) *La misión del Seminario para la nueva evangelización*

123. Teniendo en cuenta la indicación de Pastores Dabo Vobis, acompañar vocacionalmente a los futuros pastores para discernir su vocación, corresponder a ella y prepararse para recibir el sacramento del orden (PDV 60-61).
124. Entendemos que la misión de formar *pastores* para la nueva evangelización se especifica en:

(Sobre el seminario en general)

125. Formar integralmente la persona del seminarista, acompañando todo el proceso vocacional del candidato.
126. Asumir el seminario como espacio en el que la Iglesia local realiza una de sus más importantes acciones de pastoral.
127. Acompañamiento personalizado de todo el proceso formativo promoviendo una inserción concreta en sus grupos de referencia.
128. Estructurar el seminario como comunidad ministerial corresponsable, diferenciando pedagógicamente las responsabilidades de la vida del mismo.

(Equipo de formadores)

129. Equipos, estables, integrados (empatía), de diversas edades con formación adecuada y continua, sin cargos pastorales fuera del seminario y con adecuada remuneración.
130. Procurar espacios de encuentro del equipo de formadores para crecer como tal: oración, retiros, recreación.

104

(Pedagogía y proyecto educativo)

131. El proyecto formativo del seminario tiene que responder a la imagen del pastor para la nueva evangelización, teniendo en cuenta el aspecto sociocultural del país.



132. Este proyecto tiene que respetar la gradualidad y diferenciar las distintas etapas formativas, involucrando a formadores, formandos, la familia y los laicos.
133. Tener presente la conveniencia de la utilización de los medios técnicos adecuados para promover una mejor formación (computación, medios audiovisuales).

(Infraestructura del Seminario)

134. Que la estructura edilicia del seminario responda a un proyecto de formación, evitando estructuras que fomenten el anonimato o aislamiento.
135. Que se asegure económicamente el funcionamiento del seminario de modo que se puedan cubrir las necesidades de todas las áreas.

c) *Los problemas apremiantes del Seminario para la nueva evangelización y propuestas de solución*

Problemas apremiantes:

136. El problema eclesiológico que está en la base de todo proceso formativo; las diferentes concepciones eclesiológicas y sus implementaciones prácticas en las diferentes iglesias particulares. Este problema supera el ámbito exclusivo del Seminario, ya que abarca a toda la Iglesia. Pero el Seminario es como la caja de resonancia de la propia Iglesia.
137. Lo mismo vale para la concepción antropológica. No siempre es claro el concepto de hombre al que servimos, el que hemos de formar, etc.
138. Identificar y hasta confundir profesor con formador. No todo buen profesor es necesariamente un buen formador.
139. Necesidad de una dedicación a tiempo completo con presencia efectiva del equipo de formadores en la vida cotidiana del Seminario.

-
140. La constitución del equipo no siempre se da teniendo en cuenta las condiciones del sacerdote para este ministerio y su capacidad de integración al mismo.
141. La presencia y crecimiento de Seminarios supuestamente diocesanos pero que responden a movimientos eclesiales no siempre en búsqueda de una comunión eclesial, sino con una fuerte impronta elitista o separatista.
142. La cuestión económica, ya que al no contar con los recursos básicos necesarios, crea mucha zozobra e inseguridad en quienes deben llevar adelante la tarea formativa.
143. Las repercusiones de la realidad socioeconómica y política, pero sobre todo cultural, en la formación.
144. Necesidad de elaborar un itinerario espiritual progresivo que vaya comprometiendo al joven en su identificación radical con Jesucristo Buen Pastor.
145. La transición entre la vida del Seminario y la inserción en el presbiterio con el comienzo de su actividad ministerial.
146. La maduración de la afectividad y la capacidad de una vida célibe en un ministerio fecundo y realizante.
147. Formar para asumir un estilo de vida en consonancia con la pobreza evangélica.
148. Ampliar el horizonte de la evangelización, más allá de la parroquia, a todos los areópagos del mundo de hoy.
149. Una pastoral vocacional integral, que supere lo meramente funcional y ayude a descubrir las diferentes llamadas del Señor y comprometer toda la vida en la respuesta.

Propuestas de solución:

150. Asumir decididamente la Eclesiología y la Antropología del Vaticano II y del magisterio latinoamericano y nacional en forma integral y no parcializada. Esto como un proceso que involucra



a toda la Iglesia particular y no solamente al Seminario, aunque el Seminario ha de ser como una avanzada en este sentido.

151. Durante el período de formación inicial, detectar y motivar posibles carismas para la formación en los seminaristas avanzados; seleccionar los miembros del equipo teniendo en cuenta el carisma de la persona, con el acuerdo del propio equipo de formadores; presentar el servicio de la formación como un verdadero servicio pastoral eclesial, y por lo tanto dar dedicación total a este ministerio.
152. Que la Iglesia diocesana provea por las necesidades materiales del Seminario y la suficiente remuneración de los formadores, para que los mayores esfuerzos se concentren en animar el proceso formativo y no en la búsqueda de recursos económicos. Animar y concientizar a la comunidad cristiana sobre su responsabilidad en este ámbito. Impulsar la cooperación entre nuestras Iglesias en este sentido.
153. Realizar un estudio acerca de los Seminarios de movimientos, sus relaciones con la Iglesia diocesana y sus proyectos pastorales, su relación con los seminarios diocesanos, y ver posibles caminos de acción.
154. Frente a la inconsistencia y globalización de la cultura actual, formar en un sano y profundo sentido crítico, en una sólida base humana y espiritual, dando el tiempo necesario al proceso personal de cada joven.
155. Que cada seminario elabore su itinerario espiritual progresivo e integral. Contar con formadores capacitados para llevar adelante esta dimensión.
156. En la formación para el celibato ministerial basarse en una visión teológica clara sobre el tema, con una espiritualidad sólida y con el auxilio de las ciencias humanas, en una sana relación con todo tipo de personas en libertad y responsabilidad.
157. Para el comienzo de la vida en el presbiterio, favorecer un tiempo de inserción antes de la ordenación, y acompañar efectivamente a cada uno en sus primeros años de ministerio.



Es esencial un plan diocesano, una mística de la vida presbiteral y asumir decididamente la formación permanente.

d) *Las transformaciones necesarias para el Seminario de la nueva evangelización*

158. En los seminarios con gran número de seminaristas promover y cuidar la formación personalizada y comunitaria, sea continuando las experiencias de las pequeñas comunidades en el mismo recinto o de otra manera, sin comprometer la unidad de régimen.
159. Hacer del seminario una institución más cercana a la vida de la gente, o que se cree conciencia de esta realidad.
160. Que el seminario se abra a las aportaciones que otros agentes eclesiales y sociales le puedan dar (por ej. planes de pastoral diocesanos, familias, etc.); permaneciendo el seminario como agente coordinador de todas estas mediaciones y evitando todo aislamiento.
161. Recalcar que el seminarista es protagonista, autorresponsable de su formación.
162. Revalorar el seminario no como mera institución educativa, sino experiencia familiar, para no uniformar a todos, sino respetar y valorar las capacidades y diferencias de cada uno y a partir de esto integrar toda la formación.
163. Formar y cultivar en los formadores su identidad (no son directores de una pensión).
164. Conectar el Seminario, de alguna manera, a la formación permanente del presbiterio.
165. Preparar al seminarista para enfrentar la realidad de nuestro mundo y sociedad, con todo lo que ello exige. Más aún, prepararlos para tomar la iniciativa e ir al mundo a evangelizar, no que esperen que los demás vengan a ellos.



166. Interiorizar las actitudes del buen pastor en los seminaristas, yendo más allá del activismo.
167. Estos ideales deben verse realistamente, sabiendo que no todo se puede alcanzar fácilmente y por ello no se debe caer en frustración o desánimo.

e) *Los temas pendientes para la formación de los pastores de la nueva evangelización en América Latina*

168. La dimensión misionera de la Iglesia debe permear todo el proceso formativo y toda la vida del seminario, para contar con presbíteros conscientes de que son ordenados para servir a la iglesia universal.
169. Qué sacerdotes, para qué Iglesia y qué sacerdotes para qué pastoral: La formación y su relación con la Iglesia local.
170. Que la integración de los laicos en el proceso formativo sea más permanente y efectiva.
171. Asimilar una Eclesiología de iglesia servidora y pobre, que genere pastores capaces de escuchar.
172. Formar un pastor que responda a la diversidad creciente en la sociedad, capacitado para dialogar con el mundo moderno y pueda ser así agente de unidad.
173. Reformular el humanismo que capacite para el diálogo con el mundo moderno.
174. Revisión permanente de los mapas curriculares, de manera que vayan respondiendo a los retos que continuamente surgen en la sociedad.
175. La formación hoy y su relación con los Mass Media: conocimiento, uso correcto, relación equilibrada con ellos.
176. Formar en la humildad para que el seminarista sepa que no conoce todos los temas y no tiene todas las soluciones a los



problemas; que sepa ayudarse de los demás en temas y problemas que le rebasan.

177. Necesidad de estar al tanto, de conocer y fomentar, los carismas que van saliendo entre los muchachos y de buscar un equilibrio entre los carismas personales y una visión de conjunto de la formación, aún cuando no vayan en la línea de los carismas y gustos personales.
178. Relación del Seminario con los nuevos movimientos e incidencia de los seminaristas que provienen de estos movimientos en el seminario. Diálogo con esas realidades eclesiales insoslayables.
179. Necesidad de asumir las normas establecidas en cuanto a los seminaristas provenientes de otros seminarios.
180. Inserción del nuevo presbítero en la diócesis y en el presbiterio; relación del seminario con la formación permanente.
181. Cómo lograr que durante el seminario, lo que va recibiendo, se vaya interiorizando.
182. Integración de la familia del propio seminarista en el proceso formativo.
183. Cómo sanar las carencias e inconsistencias familiares, afectivas, personales, etc., con la ayuda de las ciencias humanas como la psicología y otras. Ayudarlos a afrontarlas y constatar su proceso de crecimiento.
184. La participación de la figura de la mujer en el proceso formativo.

Sumario:

Es una acción pastoral, la acción formadora de los encargados de la formación sacerdotal? La pregunta se hace porque en el fondo se desconoce que la acción de los formadores en los seminarios es una acción eminentemente pastoral, ya que la Pastoral "es el ejercicio de la acción salvadora de Jesucristo a través de la Iglesia en las circunstancias concretas que viven los hombres". Por lo que podemos decir, que "la pastoral de las pastorales se desarrolla, se vive en los Seminarios".

La formación sacerdotal como acción pastoral

P. Andrés Torres Ramírez

Secretario ejecutivo DEVYM - CELAM.

Introducción

Con mucha frecuencia, en las conversaciones entre presbíteros, se filtra la idea de que quienes sirven en el Seminario como formadores no hacen pastoral. No siempre se hace explícita esta afirmación, sin embargo, es el trasfondo que se puede reconocer en frases como las siguientes:

- *“Yo pensaba que al salir del Seminario me dedicaría a la pastoral, pero, apenas pasados dos años de mi ordenación, mi obispo me envió al Seminario”* (un formador que comparte su experiencia en un curso).
- *“Yo estaba feliz en la pastoral y ahora vengo con mucho gusto a servir en el Seminario”* (un párroco en su primera misa como Rector del Seminario).
- *“Después de un semestre de estudio, conviene que los seminaristas tengan un encuentro con pastores”* (un formador opinando sobre un encuentro de seminaristas y párrocos).
- *“¿Ustedes no hacen ninguna actividad pastoral?”* (un capellán castrense a un grupo de formadores).

Según estas expresiones, pareciera que el formador no hace pastoral en el Seminario; que el Seminario no es un centro de pastoral; y que el seminarista, al encontrarse con sus formadores, no se encuentra con pastores.

Estas concepciones erróneas, conscientes o inconscientes, pueden dar lugar a una disminución o exaltación, sin fundamento, de la labor del formador en el Seminario y favorecen una diferenciación irreal, así como una toma de distancia inútil, entre los equipos de



formadores y el resto del presbiterio, todo lo cual daña o debilita la comunión afectiva y efectiva de un presbiterio.

Los prejuicios que se derivan de estas concepciones erróneas favorecen la resistencia de los presbíteros, sobre todo de quienes tienen ya alguna experiencia de pastoral parroquial, para servir como formadores en el Seminario, ya que los conducen a considerar tal servicio como un paréntesis en su quehacer pastoral.

Los preconceptos latentes en aquellas expresiones justifican la carencia de modelos pastorales en la persona de los formadores, lo cual reduciría la formación auténticamente pastoral de los futuros sacerdotes al carecer de paradigmas al interior de la misma comunidad educativa.

1. La formación sacerdotal desde los elementos indispensables de la Pastoral

Un camino para facilitar la comprensión de la tarea de la formación sacerdotal como acción pastoral es partir de los elementos indispensables que han de estar presentes en toda acción pastoral y en la definición que de ella se haga. Si la tarea de la formación sacerdotal reúne estos elementos indispensables, es por que se trata de una verdadera acción pastoral. Por otro lado, estos elementos indispensables de la pastoral nos pueden permitir reconocer si el desempeño de un formador es, o no, el adecuado.

Del número 103 del Directorio para el Ministerio Pastoral de los Obispos podemos proponer una descripción de pastoral: Pastoral es la actividad apostólica de todo el pueblo de Dios en forma comunitaria y coordinada, que tiene como fin no sólo llevar a los hombres el mensaje y la gracia de Cristo, sino también animar y perfeccionar el mundo y el orden temporal con el Espíritu del Evangelio.

De otra forma, quizá más sencilla y general, puede decirse también que: Pastoral es el ejercicio de la acción salvadora de Jesucristo a través de la Iglesia en las circunstancias concretas que viven los hombres.



De ambas descripciones podemos sacar en claro que los elementos indispensables de la pastoral y de su definición son: Jesucristo, la Iglesia y el Hombre.

Los tres sujetos se relacionan en la pastoral en cuanto que ésta es una acción.

1.1 Acción (“acción salvadora”, “actividad apostólica”)

En la teología pastoral o teología práctica se emplean con frecuencia los términos *acción pastoral* y *práctica pastoral*. En el uso cotidiano se suelen emplear ambas expresiones sin distinción; sin embargo, conviene hacer algunas precisiones.

El término *acción* corresponde al verbo hacer o realizar; con él se intenta sustituir el término *práctica* que da la idea de repetición de un trabajo o ejercicio hecho rutinariamente mediante una cierta destreza y que se opone a *teoría* o conocimiento que capacita para ejecutar algo.

Esta primera indicación nos da la oportunidad de dejar claro que la acción pastoral no es una mera *práctica* como repetición de un trabajo que llega a hacerse de forma rutinaria. Tampoco es una *práctica* opuesta a *teoría*, pues la acción pastoral entraña una teología pastoral como trasfondo doctrinal.

Aún cuando en la formación sacerdotal se pueden experimentar muchas actividades un tanto rutinarias, la verdadera tarea formativa va más allá de la rutina, pues tiene que atender a personas concretas que, en el devenir de la historia y en un contexto en cambio, plantean nuevos desafíos; dicha situación exige un discernimiento permanente e imaginación creativa por parte del formador. Por otro lado, la formación que ha de favorecer la comunidad educativa del Seminario, y cada formador dentro de ella, posee también un trasfondo doctrinal, el cual está contenido en los documentos de la Iglesia, de forma particular en la Exhortación Apostólica “Pastores Dabo Vobis”, donde tal doctrina se encuentra especialmente integrada y sistematizada.

Al considerar la acción como integradora de los tres elementos indispensables de la pastoral, conviene una precisión más. Hemos



de estar muy atentos a no oponer la acción pastoral a la contemplación, como si fueran excluyentes; más bien hemos de tener claro que la acción se ha de derivar de la contemplación. De esta manera, la “vida contemplativa”, si lo es de verdad, es también activa y viceversa, ya que sólo posee la verdad y la contempla quien de hecho la vive.

La tarea de la formación en un Seminario exige del formador tanto la acción como la contemplación.

1.2 Jesucristo (“acción salvadora de Jesucristo”, “el mensaje y la gracia de Cristo”)

La acción pastoral es actualización de la praxis de Jesús en orden a establecer el Reino de Dios por y en obediencia al Padre; es el ejercicio de la acción salvadora de Jesucristo.

De esta manera tenemos claro que la pastoral es cristocéntrica, ha de tener a Jesucristo como centro y como modelo. Como consecuencia, la formación sacerdotal, en cuanto acción pastoral, ha de ser cristocéntrica también.

La praxis de Jesús entraña la proclamación del *kerigma*, así como el desarrollo de la *didajé*; incluye el servicio, ministerio o *diakonia* para edificar la nueva humanidad de los hijos de Dios; comprende la *koinonia* de los discípulos en comunión con la Palabra, el afecto fraternal, los bienes y la Eucaristía; y contiene la celebración de la *leitourgia*, especialmente como comida, anticipo del banquete del Reino.

La tarea del formador incluye, debe incluir, la proclamación constante del *kerigma* y el desarrollo de la *didajé* en las diversas etapas en las que acompaña a sus formandos; entraña, debe entrañar, en diversas formas, el servicio o *diakonia* para favorecer la *koinonia* en la vida de la comunidad educativa del Seminario y para cultivar esta actitud en sus estudiantes; finalmente, su tarea contiene la *leitourgia* que ha de ser el centro de la vida del Seminario.

Jesús mismo se presenta como el buen Pastor que guía al rebaño con la palabra y enseña a los doce; el formador entonces se ha de



preparar, remota e inmediatamente, para el ministerio de la Palabra y ha de desempeñar este ministerio en el Seminario.

Jesucristo garantiza la verdad de su enseñanza con el testimonio supremo de sí mismo, se ofrece en sacrificio para comunicar una vida abundante; el formador ha de acompañar su enseñanza con el testimonio, ha de aceptar los sacrificios que implica su tarea y ha de prepararse para el ministerio de la santificación que ha de ejercer en el Seminario, haciendo presente el testimonio supremo de nuestro Salvador.

Jesucristo guía a las ovejas en la unidad y da una atención especial a los doce; el formador ha de prepararse para guiar, gobernar al estilo de Jesucristo y ha de hacerlo cada día en el Seminario, en medio de la comunidad que le ha sido confiada.

En la introducción al capítulo quinto de la Exhortación pastoral "Pastores Dabo Vobis", el Papa concede una importancia capital a la formación de los candidatos al sacerdocio, asemejándola al tiempo que Jesús dedicó a la formación de sus apóstoles, antes de enviarlos a predicar y a expulsar a los demonios (Cfr. PDV. 42).

La tarea de la formación sacerdotal continúa en el tiempo la acción de Cristo que Marcos indica con las siguientes palabras: *"Subió al monte y llamó a los que él quiso: y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios"* (Mc 3,13-15).

Se puede reconocer el acompañamiento vocacional de los apóstoles por parte de Jesús en las palabras del Evangelio: *"para que estuvieran con Él"*. Después de haberlos llamado y antes de enviarlos; es más, para poder mandarlos a predicar, Jesús les pide un *tiempo* de formación, destinado a desarrollar una relación de comunión y de amistad profundas con El, un tiempo de catequesis más intensa que al resto de la gente (cfr. Mt 13,11) un tiempo que les permite ser testigos de su oración al Padre (cfr. Jn 17,1-26; Lc 22, 39-45).

Jesús Buen Pastor es modelo de Pastor formando pastores. Jesús no es sólo Buen Pastor cuando ve a las multitudes, también lo es



cuando sigue un proceso pedagógico con los Doce, y lo es en forma especial en cuanto que a ellos les va a encomendar una tarea especial.

La acción formativa es verdadera acción pastoral pues se trata del ejercicio de la acción salvadora de Jesucristo en una comunidad específica. El tener a Jesucristo como centro y modelo de su tarea formativa le exige al formador vivir una experiencia permanente de encuentro con Él, especialmente en su Palabra, para comprender la Revelación, meditarla y saberla expresar a través de sus palabras y sus actitudes.

1.3 Iglesia (“a través de la Iglesia”; “actividad apostólica de todo el Pueblo de Dios”)

La acción pastoral, lo hemos dicho arriba, es actualización de la praxis de Jesús en orden a establecer el Reino de Dios por y en obediencia al Padre; es el ejercicio de la acción salvadora de Jesucristo. Pero quien actualiza esta praxis es la Iglesia; quien realiza el ejercicio de la acción salvadora de Jesucristo es la Iglesia.

Sin olvidar que el Buen Pastor es Jesucristo, que Él es el único Mediador y Salvador, hay que afirmar, igualmente, que la Iglesia, como comunidad local y universal, es quien hace la acción pastoral con una mediación ministerial y derivada.

Todo agente de pastoral, y el formador en cuanto pastor, ha de asumir las consecuencias que se derivan del ser y quehacer de la Iglesia en el mundo. Y ya que la actividad pastoral está destinada por su naturaleza a animar a la Iglesia, que es esencialmente “misterio” “comunidad” y “misión”, la formación sacerdotal, en cuanto acción pastoral, deberá conocer e incluir estas dimensiones eclesiales (cfr. PDV 59).

Retomando ahora estas tres dimensiones eclesiales en el esquema de la formación sacerdotal podemos evidenciar algunas consecuencias:

a) *Confesamos que la Iglesia es Misterio. (Cfr. LG cap. I; PDV 59)*

Esto quiere decir que la Iglesia es obra divina, su fuente y origen es la Trinidad (cfr. LG 2-4; AG. 2-4). No nace por voluntad de los hombres, su origen es trascendente.



El formador ha de tener claro que el crecimiento de la Iglesia, y de cada uno de sus miembros, así como el desarrollo de la obra de la Salvación, a ella encomendada, es obra de la gracia. El formador ha de ejercer su ministerio en la conciencia de entregar su vida responsablemente a una obra que se le encomienda; pero también en la conciencia de ser, como lo señala el evangelista San Lucas (Lc 7,10), un siervo inútil que no hace sino lo que debe hacer y, por tanto, ha de abrirse al Misterio de la Iglesia alejando de sí toda vanagloria.

De esta misma confesión, Iglesia - Misterio, se ha de entender que la Iglesia es sacramento de Salvación, realidad teándrica (cfr. LG 8), signo visible que comunica la gracia.

El formador, entonces, ha de desempeñar su ministerio en el Seminario asumiendo la paradoja de la encarnación, con su riqueza y con sus limitaciones, superando una acción desencarnada; pero también ha de evitar el reducir su acción a la pura promoción humana; en todo momento ha de tener presente que, como miembro y ministro de la Iglesia misterio, es vehículo de la gracia que configura a los seminaristas con Cristo Cabeza y Pastor.

De la confesión de la Iglesia como Misterio se deduce que el ejercicio de la acción salvadora de Jesucristo que la Iglesia realiza, empieza aquí y ahora, pero no se agota en el aquí y en el ahora.

Si la Salvación se inicia aquí y ahora, el formador deberá procurar crecer en el propio camino de santidad y favorecer el cultivo de la santidad de sus formandos desde el conocimiento y aceptación de la propia cultura y del momento que vivimos en la historia; pero al mismo tiempo, dado que la salvación no se agota en el aquí y ahora, el formador mismo se ha de abrir al aún no de la salvación y ha de encaminar en este sentido a sus alumnos.

Esto quiere decir que la Iglesia es unidad en la diversidad por la fuerza del Espíritu. Lumen Gentium número seis nos presenta diversas imágenes de la Iglesia y en todas está presente la unidad en la pluralidad.



Como consecuencia, el formador, conciente de su acción pastoral desde y para la Iglesia comunión, ha de aceptar la pluralidad de personas, la variedad de sus procesos y sus culturas, de tal manera que pueda favorecer la unidad en la pluralidad, no en la uniformidad, de personas y grupos.

En la Iglesia existen carismas y ministerios (cfr. CH L 18-24). Como consecuencia, el formador ha de conocer valorar e integrar la pluralidad de vocaciones, carismas y ministerios, lo cual se ha de reflejar también en la integración del equipo formador.

El ministerio ordenado, configuración con Cristo Pastor, no es un fin, sino medio (cfr. PDV 13). El sacramento del orden no coloca al ordenado por encima, sino en diferente responsabilidad, autoridad y servicio ante el pueblo de Dios. Como consecuencia, el formador, como todo ministro ordenado en su respectivo campo, en la acción pastoral de la formación sacerdotal deberá destacarse por sus actitudes de confianza, sencillez, paciencia, comprensión, buen trato, capacidad de escucha, etc.

El ministerio ordenado tiene un carácter relacional, vive de la comunión y para la comunión. Como consecuencia, el formador, como todo ministro ordenado en el ejercicio de su ministerio, en la acción pastoral de la formación deberá colaborar con el obispo como hijo, con los presbíteros como hermano y con los laicos, y especialmente con los seminaristas, como Padre (cfr. PO 7-9).

c) *Confesamos que la Iglesia es misión (PDV 59)*

Esta confesión nos permite tener presente que Jesucristo es el primer evangelizador, el primer enviado del Padre, quien a su vez envió a los apóstoles. Como consecuencia, el formador deberá cultivar la caridad de Jesucristo Pastor, primer evangelizador.

El centro del mensaje y obra de Jesucristo es el Reino (EN 7-8). Como consecuencia, el formador, desde el desempeño de su ministerio procurará disponibilidad, fidelidad y generosidad por el Reino, dispuesto a un sí incondicional por el Reino y un no incondicional a todo lo que se opone al Reino.



La vocación de la Iglesia es evangelizar. Como consecuencia el formador tendrá siempre presente la dimensión misionera de la Iglesia no sólo, ni primeramente, para enseñarla, sino para vivirla y, por tanto, para estar abierto a todas las posibilidades de anuncio del evangelio, incluso fuera de su diócesis e incluso de su país.

La Iglesia cumple su misión siguiendo un proceso (cfr. EN 20-24, DP 356-360). Como consecuencia, el formador deberá promover verdaderos procesos de evangelización en el Seminario y, en sus alumnos, verdaderos procesos de fe; para lo cual ha de conocer y saber emplear los instrumentos y medios adecuados.

La formación sacerdotal, como verdadera acción pastoral, deberá incluir estas dimensiones eclesiológicas. Por ello el formador deberá ser pastor en el Seminario conociendo, amando y viviendo esta Iglesia y ha de estar atento al querer de la Iglesia que se manifiesta en su enseñanza, pues nos es formador sino desde la Iglesia considerada integralmente.

1.4 Hombres (“en las circunstancias concretas que viven los hombres”; “Llevar a los hombres. ... animar y perfeccionar el mundo y el orden temporal”)

El destinatario de la acción salvadora de Jesucristo es todo el hombre y son todos los hombres, teniendo como meta última el Reino de Dios. Si estos son los destinatarios y esta es la meta última y decisiva para Jesús, lo deben ser también para la Iglesia en toda acción pastoral y, por tanto, también en la acción pastoral de la formación sacerdotal.

También desde este elemento indispensable de la pastoral se pueden extraer algunos elementos para la tarea pastoral de la formación sacerdotal.

Existe quien, para entender al hombre en su compleja y rica realidad, lo plantea en sus dimensiones binarias: dimensión corporal - espiritual; dimensión personal - social; dimensión inmanente - trascendente. El formador ha de conocer, aceptar y valorar, en sí



mismo y en los demás, especialmente en sus alumnos, la riqueza de esta realidad integral: lo corporal y a la vez lo espiritual, lo personal y lo social, lo immanente y lo trascendente.

Hay quienes optan por considerar al hombre desde sus dinamis- mos: la creatividad, la criticidad, la libertad, la solidaridad, la afectividad y la apertura a lo ilimitado. El formador ha de conocer, aceptar y valorar, en sí mismo y en los demás, especialmente en sus alumnos, estos dinamismos y desde este reconocimiento realizar la acción pastoral de la formación de los futuros pastores.

Finalmente hay quien prefiere considerar el ser y quehacer del hombre desde las relaciones que establece: consigo mismo, mediante el proceso de interiorización; con los demás, mediante el proceso de socialización; con la naturaleza, mediante el proceso de desarrollo; con Dios, mediante el proceso de trascendencia.

La formación sacerdotal, como toda acción pastoral, se ha de desarrollar desde esta capacidad relacional de los formadores y ha de servir a los seminaristas que viven también este complejo de relaciones para que asuman esta riqueza relacional de sí mismos y de los hombres a los cuales quieren servir al estilo de Jesucristo, Cabeza, Pastor y Esposo.

La formación sacerdotal, como acción pastoral, ha de considerar al hombre en su amplia y profunda complejidad ya que la existencia cristiana que trata de acompañar y formar hacia el ministerio ordenado, integra todas las dimensiones, los dinamismos y las relaciones.

Todas estas aproximaciones a la comprensión del hombre se han de considerar desde el ser histórico y contextual del hombre. La formación sacerdotal, como toda acción pastoral, no se ha de dar sino desde esta historicidad y desde un contexto determinado.

Según como entendamos y asumamos por una parte el proyecto de Jesús, la realidad de la Iglesia y el cometido de su misión en el mundo; y por otra, según como interpretemos el mundo y la sociedad actual, tendremos una u otra concepción de acción pastoral y por tanto una u otra formación sacerdotal y una u otra concepción del ser y quehacer del formador.



2. La formación sacerdotal en la pastoral y las pastorales

Reconocer que en la tarea formativa se cumplen los elementos indispensables de la pastoral puede dar lugar a recuperar la identidad pastoral del formador y el talante pastoral de su quehacer cotidiano en la vida del Seminario, de manera que asuma su ministerio en toda su riqueza pastoral. Queda pendiente ahora ubicar esta acción pastoral en el conjunto de la pastoral y entre la diversidad de pastorales específicas.

2.1 Pastoral y pastorales

Jesús no dejó un modelo rígido de acción. Lo que Jesús demandó y demanda hoy a sus discípulos son conocimientos, habilidades y, sobre todo, actitudes que impulsen acciones que prolonguen su praxis de liberación-salvación.

Al mismo tiempo, si bien Jesús no dejó un modelo único de acción, hemos de tener claro que para que la acción que desarrolla la Iglesia sea auténtica acción pastoral, ha de integrar los tres elementos esenciales y ha de asumir como finalidad absoluta el Reino de Dios. En este sentido podemos y debemos hablar de una sola y única pastoral de la Iglesia.

Sin negar esta única pastoral de la Iglesia, nos abrimos a las exigencias de una pluralidad de acciones pastorales y de una variedad de pastorales específicas.

Las diversas pastorales específicas pueden ser agrupadas según distintos criterios. Se pueden agrupar por la edad de los destinatarios: pastoral infantil, de adolescentes, juvenil, de ancianos, etc. Por el estado de vida de los destinatarios: pastoral matrimonial, familiar, de divorciados, etc. Por la vocación específica de los destinatarios: pastoral vocacional en general, pastoral presbiteral, laical, religiosa, etc. Por los sectores que conforman los destinatarios en la sociedad: pastoral universitaria, de obreros, de campesinos, de marginados, popular, rural, urbana, periférica, de migrantes, etc. Por la situación de los destinatarios: pastoral de enfermos, de encarcelados, etc. Por el origen

o ubicación geográfica de los destinatarios: indígenas, latinoamericanos, europeos, etc. Por la acción específica de la Iglesia: pastoral litúrgica, social, de la catequesis, etc. Por el ámbito eclesial en el que se realiza: pastoral parroquial, diocesana, etc.

Esta diversidad de pastorales específicas son concreciones de la única acción pastoral de la Iglesia y, por ello, se han de realizar en una pastoral de conjunto, denominación con lo cual se quiere destacar e impulsar la unidad en la pluralidad.

El P. Francisco Merlos concluye una de sus pequeñas pero valiosas publicaciones, *“La Pastoral en camino y el camino de la pastoral”*, diciendo: *“En rigor saldría sobrando agregar a la Pastoral el termino “de conjunto”, pues toda pastoral por el hecho de realizarse dentro de la Iglesia debería serlo. Porque en definitiva toda pastoral de la Iglesia o es de conjunto, pues expresa su misterio, o es pastoral a medias. Hemos tenido que agregarle a la Pastoral lo de conjunto, porque no es fácil hacerla con mentalidad eclesial siempre y en toda circunstancia”* (pág. 32).

En los años que siguieron al Concilio Vaticano II se desarrollaron muchas corrientes de pensamiento en la línea de una pastoral unitaria que tomaron diversos nombres: Pastoral Orgánica, Pastoral de Conjunto, Pastoral Integral, Pastoral Articulada, Pastoral Global. Aunque cada una de ellas presenta sus matices y subraya algunos aspectos, todas quieren responder a la preocupación de superar una situación en la que las pastorales diversificadas se consideren, y en base a esa consideración obren, independientes unas de otras, sin relación entre sí; llevadas al extremo, una se sienta superior o inferior a otra o entren en competencia. El problema de fondo de tal situación es, en definitiva, de mentalidad y visión acerca de la Iglesia que, como hoy tenemos más claro (aunque las acciones no siempre reflejan esta claridad doctrinal) es Misterio, Comunión y Misión.

La acción pastoral que desempeña el formador por su tarea formativa en el Seminario se ubica en la Pastoral Vocacional sacerdotal, en la etapa de la Formación inicial o institucional y ha de insertarse también en la pastoral orgánica o de conjunto.

En su sentido más amplio, la Pastoral Vocacional es la acción vital de toda la comunidad cristiana en favor de los hombres y mujeres para ayudarlos a descubrir y responder al llamado que Dios les hace dentro de una situación concreta.

En este sentido más amplio y profundo, la Pastoral Vocacional no es una pastoral de sector, sino una dimensión de toda la Pastoral, pues *“La vocación es el corazón palpitante de la pastoral unitaria”* (Documento conclusivo del Congreso Europeo de vocaciones 26). La Pastoral Vocacional, en este sentido, es un asunto vital de la Iglesia porque pertenece a la misma esencia de su ser y su quehacer.

La tarea de un centro nacional o diocesano, o de un equipo parroquial, de Pastoral Vocacional será hacer presente en toda la acción evangelizadora, desde el nivel que le corresponda, la dimensión vocacional, sensibilizando y concientizando para que en toda acción pastoral se atiendan los procesos evangelizadores y, por tanto, los procesos vocacionales.

Con mucha frecuencia se considera la Pastoral Vocacional no en su sentido amplio, sino como Pastoral de las Vocaciones Específicas. En este sentido la tarea de un centro nacional o diocesano, o de un equipo parroquial, de Pastoral Vocacional será sensibilizar y concientizar para que, a través de toda la acción evangelizadora de la Iglesia, según las diversas pastorales especializadas, se susciten, acompañen y se sostengan todas las vocaciones, ministerios y carismas que surjan en el seno de la comunidad.

La Pastoral Vocacional, finalmente, aunque se entienden sus dos sentidos anteriores, se asume en muchos lugares como Pastoral de las Vocaciones de especial consagración, y en muchos casos, como Pastoral de las vocaciones sacerdotales diocesanas.

124

Tanto la Pastoral de las Vocaciones específicas como la Pastoral de las vocaciones de especial consagración y la Pastoral de las vocaciones sacerdotales, tienen dos etapas: la Promoción y la Formación.

En la promoción de las vocaciones sacerdotales, la tarea de un centro nacional o diocesano, o de un equipo parroquial de Pastoral



Vocacional será suscitar, acompañar, ayudar a discernir y sostener durante la promoción a las vocaciones al ministerio ordenado.

Por medio de la tarea formativa en los seminarios se realiza la Pastoral de las vocaciones sacerdotales en la etapa de la formación. Esta acción pastoral ha de favorecer la animación y el acompañamiento de las vocaciones al ministerio ordenado hasta el momento mismo en que un candidato recibe el sacramento del orden, realidad que le inserta en el presbiterio con sus respectivos procesos de Pastoral Presbiteral en la cual se lleva a cabo la formación permanente.

En todo caso, la Pastoral Vocacional auténtica, aún asumiéndose en el sentido más restringido, sea en la etapa de la promoción o en el de la formación inicial y permanente, no puede ni debe prescindir de los sentidos más amplios, pues perdiendo su identidad y dinamismo desde el proceso evangelizador y desde la Pastoral de Conjunto, se reduce a una serie de acciones aisladas o estructuradas encaminadas a “pescar vocaciones” sin tomar en cuenta los procesos evangelizadores y vocacionales que son impulsados por el verdadero designio divino y encomendados a la Iglesia Misterio, Comunión y Misión.

2.2 La formación sacerdotal entre las pastorales

El sacerdocio ministerial nace por voluntad de Jesucristo, se confiere por medio de un sacramento y no por un acuerdo o delegación de los hombres y no tiene su fin en sí mismo, sino en el servicio al sacerdocio común; por ello es elemento constitutivo y dinamizador de la Iglesia, de su Misterio, de su Comunión y de su Misión.

El sacerdocio ministerial es elemento constitutivo y dinamizador de la Iglesia Misterio porque conserva y desarrolla la fe del pueblo; porque transmite e interpreta la Sagrada Escritura y la Tradición; porque celebra los sacramentos con los que se alimenta y vive.

El sacerdocio ministerial es elemento constitutivo y dinamizador de la Iglesia Comunión porque congrega a la familia de Dios; porque es en sí mismo signo de unidad y eslabón de unidad con la Iglesia local y la Iglesia universal; porque suscita y desarrolla la colegialidad y la corresponsabilidad.



El sacerdocio ministerial es elemento constitutivo dinamizador de la Iglesia Misión porque es vehículo de la transmisión del Espíritu que envía y capacita para la misión de la Iglesia; porque hace a la comunidad anunciadora y testigo del Evangelio en el mundo.

Por ello dice el Papa, en el número dos de “Pastores Dabo Vobis”, que la Iglesia considera la formación de los sacerdotes *“como una de las tareas de máxima importancia para el futuro de la evangelización de la humanidad”*. Anteriormente, en el número uno, Juan Pablo II establece que *“sin sacerdotes la Iglesia no podría vivir aquella obediencia fundamental que se sitúa en el centro mismo de su existencia y de su misión en la historia, esto es, la obediencia al mandato de Jesús: id pues y haced discípulos a todas las gentes (Mt 28, 19) y haced esto en conmemoración mía (Lc 22, 19; I Cor 11, 24) o sea el mandato de anunciar el Evangelio y de renovar cada día el sacrificio de su cuerpo”* (P.D.V. N° 1 y 2).

Con toda razón Mons. Felipe Arizmendi, en la LIII Asamblea Plenaria de la Conferencia del Episcopado Mexicano, exhortaba a los obispos con las siguientes palabras:

*“¿Qué importancia, consiguientemente, adquiere el desarrollo del ministerio pastoral en un Seminario!
¿Cómo no gozar ante la dignidad de todo formador humano, que, en cierto modo se presenta al aspirante al sacerdocio como visible representante de Cristo?”*
(PDV N°65).

No hay acción más pastoral en la Iglesia y en la vida de su presbiterio que ser pastor en un Seminario; es decir, que formar pastores; pues “del compromiso pastoral por la atención de las vocaciones y por la formación de los sacerdotes... depende el futuro de la Iglesia, su desarrollo y su misión universal de salvación” (PDV N° 4).

Hay que educar a nuestros presbíteros, para que aprecien el ministerio de los que desgastan su vida como pastores en un Seminario. No es una parroquia



donde se vive más plenamente la dimensión pastoral de nuestro sacerdocio. La pastoral por excelencia, la pastoral de las pastorales es el Seminario. Así nos lo enseña Jesús, el Pastor de los pastores, quien se dedica con especial predilección a la formación de sus apóstoles. Y esa acción de Jesús es la que los formadores continúan realizando hoy en la Iglesia. ¡Ojalá que el Señor les conceda gozar esta vocación y no sólo cumplir un encargo que se les hace!” (CEM, La Exhortación PDV Implicaciones y Perspectivas en México, pp. 85-86, 1992).

Dirección del autor: e-mail:devym@celam.org

